



ANAIS DE HISTÓRIA DE ALÉM-MAR

Vol. X (2009)

ISSN 0874-9671 (impresso/print)

ISSN 2795-4455 (electrónico/online)

Homepage: <https://revistas.rcaap.pt/aham>

«De Espanha, nem bom vento nem bom casamento». La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos Coronas Ibéricas en la Península y en América 1640-1808

Juan Marchena Fernandez 

Como Citar | How to Cite

Marchena Fernandez, Juan. 2009. «“De Espanha, nem bom vento nem bom casamento”. La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos Coronas Ibéricas en la Península y en América 1640-1808». *Anais de História de Além-Mar* X: 29-111.
<https://doi.org/10.57759/aham2009.37329>.

Editor | Publisher

CHAM – Centro de Humanidades | CHAM – Centre for the Humanities
Faculdade de Ciências Sociais e Humanas
Universidade NOVA de Lisboa | Universidade dos Açores
Av.ª de Berna, 26-C | 1069-061 Lisboa, Portugal
<http://www.cham.fcsh.unl.pt>

Copyright

© O(s) Autor(es), 2009. Esta é uma publicação de acesso aberto, distribuída nos termos da Licença Internacional Creative Commons Atribuição 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.pt>), que permite o uso, distribuição e reprodução sem restrições em qualquer meio, desde que o trabalho original seja devidamente citado.

© The Author(s), 2009. This is a work distributed under the terms of the Creative Commons Attribution 4.0 International License (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>), which permits unrestricted reuse, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited.



As afirmações proferidas e os direitos de utilização das imagens são da inteira responsabilidade do(s) autor(es).
The statements made and the rights to use the images are the sole responsibility of the author(s).

«DE ESPANHA, NEM BOM VENTO NEM BOM CASAMENTO». LA GUERRA COMO DETERMINANTE DE LAS DIFÍCILES RELACIONES ENTRE LAS DOS CORONAS IBÉRICAS EN LA PENÍNSULA Y EN AMÉRICA. 1640-1808

por

JUAN MARCHENA FERNANDEZ *

El peso de las historiografías¹

Analizar las relaciones entre las coronas portuguesa y española durante el Antiguo régimen desde la perspectiva de «lo militar» se ofrece como una tarea interesante para cualquier historiador preocupado por el tema, en cuanto constituye un sugestivo ejercicio de análisis político-social e institucional que permite visitar el periodo y sus circunstancias con otra mirada. Esta cuestión de las guerras entre Portugal y España, a pesar de su magnitud e intensidad entre 1640 y 1808, ha sido escasamente tratada en las respectivas historiografías a no ser por las de corte más nacionalista, o – como la denominó John Richard Green hace más de un siglo² – por la «historia de tambor y trompeta». Ciertamente, y desde ambos lados de la frontera, algunos autores han considerado a todos estos conflictos «nutrientes del ser» o «esencia» de los pueblos, e incluso «la raíz del espíritu» de los mismos, una «historia medular de la nación», resaltando más su carácter «vertebrador» de las «conciencias nacionales» – cuando no señalando su naturaleza «epifánica» del «alma» de las mismas –, antes que analizar unas relaciones definitivamente insertas en las lógicas y metodologías políticas características de la Europa del Antiguo régimen; máxime tratándose de dos enormes imperios coloniales en continua expansión, con una dilatada frontera común a ambos

* Director del Área de Historia de América Latina de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Director del Programa Oficial de Máster y Doctorado en Historia Latinoamericana en esa universidad.

¹ Agradezco la lectura crítica y los aportes realizados por los profesores Nuno Monteiro, Pedro Cardim, Ângela Domíngues, Alexandra Pelúcia y Justo Cuño.

² GREEN, J. R., *The Making of England* (1883), Londres, 2005.

lados del océano, y cuyos intereses tenían forzosamente que entrar en colisión en casi todos los ámbitos, desde el político-comercial al dinástico, o en lo institucional, lo estratégico, o en lo tocante a la preservación de los respectivos patrimonios reales³.

Colisiones que transitaron muchas veces del ámbito diplomático al estrictamente bélico, dado el complicado y cambiante juego de alianzas que caracterizó a la Europa de la Modernidad, y en el que ambas coronas no pudieron dejar de participar, imponiéndose la guerra como *ultima ratio regum* o «última razón de autoridad» entre dos imperios monárquicos que, además, atravesaron durante todo este largo periodo agudas y prolongadas «crisis de Estado»⁴.

En el caso portugués, la visión de estas guerras peninsulares como determinantes históricos en la conformación de «la nación» ha sido más difundida que en España, donde el estudio de las relaciones con Portugal ha suscitado mucho menos interés frente al mostrado ante la «cuestión francesa» o la «cuestión inglesa» o «flamenca». Pero, qué duda cabe, con mayor o menor intensidad, la huella de estas construcciones historiográficas en la edificación de ambos imaginarios colectivos «nacionales», portugués y español, ha sido y es todavía más que evidente.

Por parte portuguesa, un sector de la historiografía ha resaltado el hecho – por lo demás evidente – de que muchos de los conflictos surgidos entre las dos monarquías – y ocasionados por motivos diversos – deflagraron en sucesivas, continuas y obstinadas invasiones españolas al territorio lusitano, una «permanente y ruda intromisión en su entidad identitaria», su independencia y su vocación universalista; y resaltando también que, para repelerlas, debieron realizar «enormes sacrificios» – desde el rey hasta el último de sus súbditos – empleando en ello ingentes recursos que no pudieron ser utilizados en el progreso del reino, impidiéndole cumplir cabalmente su «destino histórico» de «Justo Imperio» (una apreciación no exenta de polémica, desde luego, por parte de otro gran sector de la historiografía portuguesa⁵);

³ Como afirman HERMANN, Ch. y MARCADÉ, J., *La Península Ibérique au XVII^e siècle*, Paris, 1989, pp. 278 y ss., resulta difícil separar en este periodo y en este tema de las relaciones hispano-portuguesas las políticas exteriores e interiores mantenidas por ambas monarquías.

⁴ HESPAÑHA, A. M., «Para uma teoria da história institucional do Antigo Regime», en *Poder e Instituições na Europa do Antigo Regime*, Lisboa, 1984.

⁵ MARIZ, P. de, «Portugal: un destino histórico», en *I Jornadas Académicas de Historia da Espanha e de Portugal*, Lisboa, 1990; BORGES DE MACEDO, J., *História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força. Estudo de Geopolítica*, citado por THEMUDO BARATA, M., «A União Ibérica e o mundo atlântico. 1580 e o processo político português», en VENTURA, Maria de Graça (coord.), *A União Ibérica e o Mundo Atlântico*, Lisboa 1977, p. 48; SILVÉRIO LIMA, L. F., «Os nomes do Imperio em Portugal: Reflexão historiográfica e aproximações para uma história do conceito», en DORÉ, A., SILVÉRIO LIMA, L. F. y SILVA, L. G., (eds.) *Facetas do Imperio na História. Conceitos e métodos*, São Paulo, 2008; HESPAÑHA, M. A., «A constituição do Imperio Português. Revisão de alguns enfiamentos correntes», en FRAGOSO, J., BICALHO, M. F. y GOUVÊA, M. F. (eds.), *O Antigo Regime nos trópicos. A dinâmica imperial portuguesa (S. XVI-XVIII)*, Rio de Janeiro, 2001; y NOVAIS, F. A., *Aproximações. Estudos de História e Historiografia*, São Paulo,

cuando no se usa el denominativo – para el periodo de la relación dinástica con Castilla – de «época de la cautividad babilónica», o se explicita la idea de Portugal como la Jerusalén que debía ser libertada permanentemente de los españoles⁶; en comunión, como cita Stradling, con la existencia en la época de una cultura oral de leyendas heroicas y profecías redentoras en las que se mezclaban el espíritu imperial y de cruzada con un catolicismo providencialista donde el sebastianismo tuvo un peso considerable⁷.

Por parte española, o desde una mirada española, un amplio grupo de historiadores ha insistido en situar estas guerras hispano-portuguesas entre las llamadas «rebeliones provinciales», en el contexto de la profunda crisis que atravesó la monarquía hispana a mediados del S. XVII⁸ – cuando no las ha identificado directamente como una de sus principales causas⁹ –; o se las ha estudiado como consecuencia del posicionamiento probritánico de la monarquía lusitana en la crisis por la sucesión al trono español de principios del S. XVIII. Otros autores, más críticos con el tratamiento que el tema ha recibido hasta ahora en España, han escrito sobre «las guerras olvidadas»¹⁰. Pero una comparación entre la producción historiográfica

2005. Como señala Nuno Monteiro, la crítica activa al nacionalismo tradicional portugués – con mención expresa al tema imperial – fue parte integrante de la formación de gran parte de los historiadores que iniciaron su aprendizaje en los años sesenta. MONTEIRO, N. G., «A circulação das elites no império dos Bragança (1640-1808): algumas notas», en *Tempo*, N. 29, 2009.

⁶ A partir de las obras de la época, como la de CALADO, Fray M., *Valeroso Lucideno e Triunpho da Liberdade*, Lisboa, 1648.

⁷ STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, Madrid, 1989, p. 266. Para conocer el impacto social y político de iglesia sobre la sociedad portuguesa del periodo, CARDIM, P., «Religião e ordem social. Em torno dos fundamentos católicos do sistema político do Antigo Regime», en *Revista de História das Ideias*, N.22, 2001.

⁸ La consideración de la guerra por la restauración de la monarquía portuguesa como una «rebelión provincial» en el contexto de la crisis del XVII, origina una nota, por ejemplo de R. A. Stradling: «El título de este capítulo –la rebelión provincial – que hace referencia al tema desde el punto de vista de Madrid, no implica que no reconozca a Cataluña y Portugal como naciones. Los conflictos de 1640-1652-1668 pueden ser considerados por cualquier historiador como guerras civiles o como guerras de independencia si así se prefiere, en vez de ver en ellos meras rebeliones. La mayoría de los estudios regionales actuales – que ahora son abundantes – reconocen y tratan ese problema, evitando así aplicar un enfoque excesivamente restringido o nacionalista». Stradling, R.A., *Felipe IV...* cit., nota 4, p. 255. Sobre el tema, ver los trabajos de VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal. 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*, Valladolid, 1998, y DORES COSTA, F., *A Guerra da Restauração, 1641-1668*, Lisboa, 2004, probablemente los mejores análisis del conflicto. Ver también THOMAS, W. y GROOF, B. de (eds.), *Rebelión y resistencia en el mundo Hispánico del S. XVII*, Lovaina, 1992; SCHAUB, J.-F., *Le Portugal au temps du comte-Duc d'Olivares, 1621-1640*, Madrid, 2001; y BOUZA ALVAREZ, F. J., *Portugal no Tempo dos Filipes. Política, cultura, representações, 1580-1668*, Lisboa, 2000.

⁹ FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Materia de España. Cultura política e identidad en la España Moderna*, Madrid, 2007; DARDÉ MORALES, C., *La idea de España en la historiografía del S. XX*, Santander, 1999.

¹⁰ VALLADARES, R., *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la restauración de Portugal, 1640-1668*, Salamanca, 1998; SOLANO Y PÉREZ LILA, F. de, «Los orígenes de los Reales Ejércitos. Reformismo y planificación», en *Historia social de las fuerzas armadas españolas*,

española (en número y profundidad) acerca de estas guerras y de las difíciles relaciones entre las dos coronas, frente a la dirigida a estudiar los conflictos de la monarquía hispánica con las demás potencias en otros escenarios europeos, muestra una muy fuerte inclinación hacia ésta segunda¹¹. Y resulta ser éste un detalle interesante, porque este tratamiento no se corresponde con la realidad histórica de unas relaciones que fueron tan intensas y profundas como difíciles y turbulentas, y en las que tan directamente resultaron implicadas ambas sociedades¹². Durante casi doscientos años, las guerras con Portugal marcaron la realidad peninsular más que ningún otro conflicto bélico, entre otras razones porque, a partir de 1640 y por primera vez en siglos, las secuelas de la guerra alcanzaron inusualmente al interior del reino castellano, y porque constituyeron el más grave quebradero de cabeza (en lo militar, pero también en lo político) de la monarquía española, dadas las infinitas repercusiones que tuvieron en todos los ámbitos. Pocos españoles saben (porque nadie les enseñó, ni aparece en los libros de historia, salvo en los muy especializados) que la primera vez que tropas extranjeras entraron en Madrid y obligaron a huir al rey fue en 1706, cuando los regimientos portugueses del marqués das Minas ocuparon la capital del reino. En cambio, la llamada tibiamente «guerra de las naranjas», sí es reconocida como un episodio reseñable.

Estas visiones dispares cuando no antagónicas proporcionadas por una buena parte de las «historiografías nacionales», han terminado por calar hondamente – era el propósito – en el imaginario colectivo y recíproco de ambas sociedades, reviviendo o provocando una doble reacción: por parte portuguesa, recelo, disgusto e inquina frente al invasor español, aborreciendo los malos vientos que puedan soplar desde el este peninsular, pero a la vez acrecentando el «orgullo nacional» como pueblo indómito que supo y quiso mantenerse independiente frente a los embates de un todopoderoso imperio español que no pudo fagocitarlos por más que lo intentó¹³. Por parte española,

Vol. I, Madrid, 1986. Ver también CORVISIER, A., *La guerre. Essais historiques*, París, 1995. Sobre el tratamiento reciente de estos conflictos, ESPINO LÓPEZ, A., «La historiografía hispana sobre la guerra en la época de los Austrias. Un balance: 1991-2000», en *Manuscripts*, N. 21, 2003.

¹¹ GARCÍA HERNÁN, D., «Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el ejército en la España del Antiguo régimen», en *Revista de Historia Militar*, N.45, 2002; y en el mismo número y revista, MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P., «La investigación en la historia militar moderna: realidades y perspectivas».

¹² Un caso bien ilustrativo, como veremos, es la falta de estudios – salvo escasas excepciones – sobre la intervención de Portugal en la Guerra de Sucesión española.

¹³ Un tema comentando en QUEIROZ VELLOSO, J. M., *A perda da Independência. O reinado do Cardeal D. Henrique*, Lisboa, 1946; MAGALHÃES GODINHO, V., *Ensaio sobre História de Portugal*, Lisboa, 1978. Ver también OLIVEIRA, A. de, *Poder e oposição política em Portugal no período filipino (1580-1640)*, Lisboa, 1991; BOUZA ÁLVAREZ, F., «A retórica da imagem real. Portugal e a memória figurada da Filipe II», en *Penélope. Fazer e desfazer a História*, N.4, 1990; MATTOSO, J., «No alvorecer da modernidade, 1480-1620», en *História de Portugal*, Vol. III, Lisboa, 1993; SERRÃO, J. V., «Governo dos reis Espanhois, 1580-1640», en *História de Portugal*, Vol. IV, Lisboa, 1979; HESPAÑA, A. M. (coord.), «O Antigo Regime. 1620-1807», en *História de Portugal* (dir. José

el tratamiento historiográfico tradicional ha dejado inserto en lo colectivo el desdén hacia el vecino, que apenas cuenta y al que se le da la espalda, partiendo del hecho de que como no se pudo con él se le olvida, se le ignora y se le arrincona. Así, la historia portuguesa en general, y más en concreto la historia de estas difíciles relaciones entre las dos monarquías ibéricas en la Edad Moderna, a partir fundamentalmente de las guerras mantenidas entre ellas, es un tema velado con frecuencia en España. Una historia de derrotas imperiales que no se ha querido conocer pues ha primado más – por acción y omisión de la historiografía – la imagen de autoridad y prepotencia – aunque falsa, por su difícil ejecución y concreción – ejercida sobre el vecino.

Entre los paisanos de ambos lados de «la raya», este antagonismo de una parte, y esta ignorancia por la otra, es más fuerte aún: no se olvidan tan fácilmente los desastres de estos casi dos siglos de guerras cuyas consecuencias ellos sufrieron más que nadie¹⁴. Cientos de fortificaciones, castillos, murallas, baluartes, baterías, levantadas en estos años, algunas de ellas monumentales, rodean, defienden y protegen las ciudades y pueblos portugueses a todo lo largo de la frontera¹⁵, y además las han determinado en su desarrollo¹⁶; por contraste, y excepto en muy pocos casos, las ciudades y pueblos de la parte española apenas si conservan defensa alguna, a no ser los relictos de la medievalidad señorial. Ello indica claramente quién debía guardarse de quién, y en qué grado de alerta y atención debía mantenerse perennemente este aparato defensivo por parte portuguesa ante la siempre previsible invasión española¹⁷. En Portugal, las batallas de Montijo, de las

Mattoso), Vol. IV, Lisboa, 1993; CUNHA, M. S. da, *A Casa de Bragança, 1560-1640. Práticas senhoriais e redes clientelares*, Lisboa, 2000; SERRÃO, J. V., «A Restauração e a Monarquia Absoluta», en *História de Portugal*, Vol. V, Lisboa, 1980; OLIVEIRA, A. de, «A Restauração», en MEDINA, J. (dir.), *História de Portugal dos tempos pré-históricos aos nossos dias*, Vol. VII, Lisboa, 1993; FRANÇA, E. O., *Portugal na época da Restauração*, São Paulo, 1997. Un excelente trabajo de reflexión y compilación sobre el tema, CARDIM, P., «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica», en ÁLVAREZ OSORIO, A. y GARCÍA GARCÍA, B. (eds.), *La Monarquía de las Naciones. Patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid, 2004.

¹⁴ ELLIOT, J., «Self Perception and Decline in Early Seventeenth Century in Spain», en *Past and Present*, N.74, 1977.

¹⁵ MORGADO, A., «A defesa da fronteira terrestre», en MOREIRA, R. (dir.), *História das fortificações portuguesas no mundo*, Lisboa, 1989.

¹⁶ Como se señala en DE LA CROIX, H., *Military Considerations in City Planning: Fortifications*, Nueva York, 1972. Sobre el tema de la determinación del espacio urbano y la cotidianidad de las ciudades por las fortificaciones, DUFFY, Ch., *Fire and Stone. The Science of Fortress Warfare, 1660-1860*, Londres, 1975; MARCHENA, F. J., «El poder de las piedras del rey. El impacto de los modelos europeos de fortificación en la ciudad americana», en *Barroco Iberoamericano. Territorio, arte, espacio y sociedad*, Sevilla, 2001, Vol. II.; e ID. y GÓMEZ PÉREZ, C., *La vida de guarnición en las ciudades americanas de la Ilustración*, Madrid, 1992.

¹⁷ En el Archivo de la Torre do Tombo existe un importante fondo documental con peticiones de cortes enviadas por las poblaciones situadas junto a la frontera. Un análisis pormenorizado de esta documentación arrojaría, con certeza, muchas luces sobre la vida cotidiana en estas localidades en el periodo, y cómo la guerra determinó sus realidades a lo largo de tantos años.

líneas de Elvas, de Ameixial, de Castel Rodrigo o de Montes Claros, son hitos en su historia oficial; en España son simplemente desconocidas.

Pero, por otra parte, debe señalarse que en los últimos años estamos asistiendo al rápido y exitoso –desde luego editorialmente– desarrollo de una nueva línea historiográfica que ha venido en denominarse «The Military Revolution». Línea o perspectiva desde la que se trata de analizar y explicar el papel de las guerras en la construcción y desarrollo de la Europa Moderna, y el conjunto de transformaciones que estos conflictos ocasionaron en la región durante los siglos XVI al XVIII. El viejo asunto del estudio – más o menos académico – de la guerra y de los aparatos militares que las soportaron, en una Europa donde los conflictos bélicos fueron parte medular de sus definiciones, ha cobrado un nuevo auge y ha venido a constituir un flamante tópico historiográfico, cada vez más inserto en los análisis sociales, económicos y políticos. Un tema y un término que han suscitado interesantes debates¹⁸. El estudio de los ejércitos de la modernidad, su composición, estructura, financiación, tecnologías; el análisis de los militares, profesionales o no, en el marco de las mutantes y heterogéneas sociedades, explicando sus roles económicos, sociales o familiares, y desde luego sus actuaciones en el terreno de lo político-administrativo; las repercusiones de las maniobras y evoluciones de estos ejércitos por los distintos escenarios de las guerras – todo el mapa de Europa en realidad, dada la internacionalización permanente de las mismas –, los saqueos, destrucciones, pérdidas materiales y humanas; las movilizaciones, las levas, sus consecuencias demográficas, sus costos y repercusiones económicas, incluso sus impactos ambientales... todo ello ha sido objeto de numerosos trabajos que sin duda han servido para obtener un mejor conocimiento de la época¹⁹.

¹⁸ Comenzando por el clásico: ROBERTS, M., *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956; y, entre otros, DUFFY, Ch. M., *The Military Revolution and the State, 1500-1800*, Exeter, 1980; HALE, J. R., *Renaissance War Studies*, Londres, 1983; PARKER, G., *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, 1990; CORNETTE, J., «La Révolution Militaire et l'État Moderne», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, N.41, 1990; BLACK, J., *A Military Revolution? Military Change and European Society. 1550-1800*, Londres, 1991; DOWNING, B., *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Cambridge, 1992; ROGERS, C. J. (ed.), *The Military Revolution Debate: Transformation of Early Modern Europe*, Boulder, 1995; ELTIS, D., *The Military Revolution in Sixteenth Century Europe*, Londres, 1995; BÉRENGUER, J. (ed.), *La révolution militaire en Europe (XV^e-XVIII^e siècle)*, París, 1998. Para el caso portugués, NEWITT, M., «Plunder and the Rewards of Office in the Portuguese Empire», en DUFFY, Ch. M., *The Military Revolution...* cit.; CORVISIER, A., «Aspect divers de l'histoire militaire», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, N.20, 1973. Para España, véanse los trabajos de ANDUJAR CASTILLO, F., en especial, *Ejércitos y militares en la Europa Moderna*, Madrid, 1999; y MARTÍNEZ RUIZ, E., «La eclosión de la historia militar», en *Studia Histórica, Historia Moderna*, N.25, 2003.

¹⁹ CIPOLLA, C. M., *Guns, Sails and Empire: Technological Innovations and the Early Phases of European Expansion, 1400-1700*, Nueva York, 1965; LEÓNARD, E., *L'Armée et ses problèmes en France au XVIII^e Siècle*, París, 1958; CORVISIER, A., *Armies and Societies in Europe, 1494-1789*, Bloomington, 1979; CHILDS, J., *Armies and Warfare in Europe, 1648-1789*, Manchester, 1982; LEVI, J. S., *War in the Modern Great Power System, 1495-1975*, Lexington, 1983; CORVISIER, A.,

Pero todavía esta mirada, o esta perspectiva de análisis, no ha alcanzado significativamente al estudio de las guerras sostenidas entre las dos coronas ibéricas durante el periodo. Y ello a pesar de que resulta incuestionable el hecho de que la restauración de la monarquía portuguesa y su independencia de la española sólo fue alcanzada tras un largo conflicto bélico mantenido entre España y Portugal durante casi treinta años. Una guerra que comenzó en 1640 y no finalizó hasta 1668, empeñado como estuvo el rey español Felipe IV, «el Rey Planeta», en no reconocer ni a Don João IV ni a la monarquía lusitana. Un conflicto que siguió manifestándose durante muchas décadas adelante (casi ciento cincuenta años más) con sucesivas y sangrientas batallas, un sin número de asaltos a ciudades y villas, movilizaciones constantes de grandes masas de población, más un crecido – y siempre exorbitante – gasto militar, oyéndose de seguido el estrépito de los ejércitos en campaña a lo largo y ancho de la frontera común, no sólo en la península sino también en América. Y un conflicto enquistado desde antiguo (como mínimo desde que los tercios del duque de Alba invadieron Portugal en 1580) que adquirió distinta naturaleza en función de cómo se desarrollaron los acontecimientos en Europa, al menos hasta la crisis final del Antiguo régimen, ya avanzado el S. XIX.

Por lo tanto, la guerra – las guerras – entre 1640 y 1808, fueron una importante manifestación política, social y económica – con su reflejo en la esfera de las mentalidades colectivas – del estado real de las cosas al interior de ambas monarquías, cuyos avatares y consecuencias motivaron recíprocos y cambiantes posicionamientos en las relaciones que mantuvieron entre sí. Y no sólo de los monarcas y las casas reales, o de sus entornos más directos de secretarios, ministros o consejeros, sino que estos enfrentamientos bélicos modificaron también las posiciones y actitudes de los respectivos estamentos nobiliarios, cuyo papel bifronte o ambiguo en este tema aún merecería estudios más profundos; u originaron el impreciso patrón de comportamiento

Les hommes, la guerre et la mort, Paris, 1985; DUFFY, Ch. M., *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, 1987; ANDERSON, M. S., *War and Society in Europe of the Old Regime*, New York, 1988; TILLY, Ch., *Coercion, Capital and European States*, Cambridge, 1990; BÉLY, L. (coord.), *Guerre et paix dans l'Europe du XVII^e siècle*, Paris, 1991; BLACK, J., *European Warfare, 1660-1815*, New Haven, 1994; STONE, L. (ed.), *An Imperial State at War. Britain from 1689 to 1815*, Londres, 1994; WILSON, P. H., *German Armies. War and German Politics, 1648-1806*, Londres, 1998; CHAGNIOT, P., *Guerre et société dans l'époque moderne*, París, 2001; PARKER, G., *Success is Never Final. Imperialism, War and Faith in Early Modern Europe*, Londres, 2001; ARCHER, Ch., FERRIS, J. R., HERWIG, H. H. y TRAVERS, T. E., *World History of Warfare*, Lincoln, 2002; BLACK, J., *European Warfare, 1494-1660*, Londres, 2002; BOIS, J. P., *Les guerres en Europe, 1494-1792*, París, 2003; HOCHEDLINGER, M., *Austria's Wars of Emergence. War, State and Society in the Habsburg Monarchy, 1683-1797*, Londres, 2003; KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes potencias. Cambios económicos y conflictos militares desde 1500 a 2000*, Barcelona, 2004; DRÉVILLON, H., *L'impôt du sang. Le métier des armes sous Louis XIV*, París, 2005. Una excelente revisión historiográfica en MAFFI, D., «Ejército y sociedad civil en la Europa de la Edad Moderna. Nuevas perspectivas historiográficas», en GARCÍA HERNÁN, E. y RECIO MORALES, O. (coord.), *Extranjeros en el Ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*, Madrid, 2007.

de ambas burguesías comerciales urbanas, temerosas de que las exigencias defensivas de las monarquías no solo fueran excesivas sino infinitas; o modificaron el siempre vacilante papel de los grupos de financistas, ante los riesgos de impagos o embargos de bienes que a algunos condujeron a la ruina; o influyeron decisivamente sobre ambos cleros, situados siempre a caballo entre el pragmatismo de los unos y el fanatismo de los más, y utilizándolas para preservar, desde sus llamadas al sagrado combate, sus encastilladas esferas de poder, defendiendo idearios y concepciones del mundo tanto espiritual como material de notable impacto en el cuerpo social; guerras que también provocaron el rechazo o el apoyo de amplios sectores de población en las dos monarquías, agotados por las gabelas y las levadas para las campañas, protestando violentamente contra ellas, pero a la vez también sintiéndose impulsados a mantenerlas al oír la voz de trueno de los púlpitos o las sagradas invocaciones realizadas por una u otra corona a defender el honor del rey y la gloria del reino.

Súmese a lo anterior el hecho de que las distintas ubicaciones de ambas monarquías en el juego de alianzas y/o divorcios políticos (dinásticos muchos de ellos) sucedidos entre todas las potencias europeas a lo largo del periodo, en una diplomacia basada más en la guerra que en la paz, fueron tan mutantes y tan rápidas a veces que las motivaciones que las sustentaban nunca llegaron a explicarse al interior de los reinos respectivos, por lo que, más allá de la corte y los círculos de poder, entre la población común sólo se manifestaron sus consecuencias; es decir, la «necesaria guerra» contra el enemigo, dando pie a la construcción de imaginarios populares de mutuo recelo, en los cuales, por ejemplo, cundió fervorosamente entre los españoles la certeza de la «traición» portuguesa por sus continuas alianzas con Inglaterra y Holanda, «enemigas acérrimas de España», traicionando también a una fe y a una religión católica a las que los lusitanos habían jurado defender; o, entre los portugueses, de que estas alianzas, aún contra natura, eran su única posibilidad de sobrevivir frente a la permanente agresión española en su inicuo propósito por absorberlos²⁰.

La propia imagen de los monarcas (tanto del español como del portugués) cambió en estas décadas: de ser representados como estadistas, príncipes-sabios o grandes creyentes, la figuración de las nuevas monarquías se basó ahora en la exaltación de sus valores militares, el rey héroe-guerrero dirigiendo la guerra, disponiendo el orden de batalla. Los ejércitos vinieron a ser el principal instrumento de la voluntad del monarca, un dispositivo que en sus manos debía ser ante todo útil y eficaz. Tras la muerte del restaurador Don João, el nuevo rey de Portugal, Alfonso VI, pasó a ser denominado

²⁰ Esta sempiterna presión de la monarquía española sobre Portugal a lo largo de la frontera con «Castilla» – hasta quedar firmemente asentada en la conciencia colectiva portuguesa – fue puesta de manifiesto en el hecho de que los portugueses, tanto en la península, en América o en Asia, siempre que contactaban con los españoles les llamaban «castellanos», aún cuando se trataran de personas o colectivos de procedencia vizcaina, catalana o incluso americana.

«o filho da guerra» y «o Vitorioso»²¹. Por su parte, Felipe IV fue retratado por Velázquez como tal «Rey Planeta» manteniendo su «guerra con toda la tierra»: un gran general caracoleando con su caballo en el combate, la vera imagen de la fuerza y la autoridad. Además, las movilizaciones necesarias para llevar adelante todas estas campañas, la construcción de las maquinarias bélicas que debían sustentarlas, el empleo de técnicas, técnicos y tecnologías para alcanzar el éxito sobre el enemigo (o disuadirlo de emprender acciones ofensivas), y los gastos que todo ello acarreó, involucrando a la totalidad de los súbditos de ambos reinos²², dejaron una huella indeleble en lo social y en la identidad colectiva común, en la medida que la idea de la guerra por la «salvaguarda del reino» o «defensa de la nación» para unos, y de la Monarquía Universal, del «legado imperial» o de la «defensa de la fe» frente al protestantismo y la herejía para otros, terminaron por fraguar poderosamente el sentir colectivo y recíproco de ambas sociedades.

Más que en Portugal, y como ya comentamos, este asunto de las guerras europeas aparece señalado por la historiografía sobre España como un tema trascendental a la hora de analizar la monarquía hispánica del periodo: la presencia masiva y ubicua de las tropas del rey en el bien surtido inventario de conflictos repartidos por toda Europa en los que el monarca quiso involucrarse, vino a constituir la columna vertebral de sus actuaciones políticas e ideológicas por el continente; pero – anotan la mayoría de los autores – el enorme peso que alcanzó a tener la máquina militar imperial en el contexto del estado monárquico español, conllevó el que a medio y a largo plazo éste no pudiera desarrollarse como un Estado Moderno, resultando más enérgico que eficaz, vigoroso más que efectivo, crecido más que poderoso; y eso que contaba con los fabulosos recursos aportados por la fiscalidad del mundo americano y del comercio trasatlántico. La presencia permanente de las tropas del rey en este enorme espacio y su participación en la práctica totalidad de las guerras de la Edad Moderna, como han señalado los especialistas, por su altísimo coste económico y demográfico y por el desgaste político tanto interno como externo que ocasionaron, constituyeron la raíz y el detonante (aunque de efectos muy prolongados en el tiempo) de la crisis de la monarquía española²³. Pero estos estudios rara vez, o muy de pasada,

²¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI*, Lisboa, 2008, pp. 51 y 59.

²² Amalric, J-P., «Guerres et paix, nouvelles équipes et nouveaux usages», en Bennassar, B., (ed.) *Histoire des Espagnols (VI^e-XX^e siècle)*, París, 1992.

²³ Entre otros muchos trabajos, THOMPSON, I. A. A., *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Madrid, 1981; STRADLING, R. A., *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720*, Madrid, 1992; STRAUB, E., *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa Zwischen 1617-1635*, Paderborn, 1980; KOENIGSBERGER, H. G., *The Practice of Empire*, Nueva York, 1969; PARKER, G., *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, 1988; ELLIOT, J. H., *El Conde Duque de Olivares. Un político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990; ISRAEL, J. I., *Conflicts of Empires. Spain, the Low Countries and the Struggle for World Supremacy, 1585-1713*, Londres, 1997; STORRS, Ch., *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford, 2006; y KAMEN, H., *Imperio. La forja de España como*

incluyen el análisis de las guerras con Portugal²⁴. En este país, en cambio, las guerras del periodo se han estudiado – casi siempre – a partir de la idea de la defensa de lo propio frente a España, primando, antes que lo externo, las miradas interiores, el papel en las mismas de los monarcas y de los diversos miembros de la familia Bragança, de sus ministros y secretarios, de la alta y baja nobleza, del clero, del aparato administrativo o de las burguesías urbanas, explicando en cada caso su papel protagónico en la conformación y desarrollo – y también en las crisis – de la monarquía y del reino. No obstante, y con el aumento logrado en los últimos años de los estudios sobre el Portugal de Alem-Mar²⁵, se ha ido incorporado a este tema de las guerras el análisis del conflicto con Holanda en el Brasil²⁶ colonial, el análisis de sus «perigos interiores», del impacto de la Restauración monárquica en las colonias de África y Oriente, o el examen de los conflictos surgidos con España por la expansión llevada a cabo desde el Brasil durante el S.XVIII. A pesar de todo ello y poco a poco, el estudio de las guerras hispano-portuguesas del periodo, desde esta nueva óptica referida más arriba, va siendo objeto de atención de los investigadores a ambos lados de la frontera²⁷. En este sen-

potencia mundial, Madrid, 2003. Para el impacto de Portugal en la crisis, VALLADARES, R., *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, Málaga 1994; ID., «Portugal y el fin de la hegemonía hispánica», en *Hispania*, N.61, 1996; ID., *Portugal desde Italia. Módena y la crisis de la monarquía hispánica (1629-1659)*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», CXCV, 1998; Alcalá-Zamora y Queipo de LLANO, J., *Razón y crisis de la política exterior de España en el reinado de Felipe IV*, Madrid, 1977; GIL PUJOL, X., «Felipe IV y la crisis de la Monarquía Hispánica. Pérdida de hegemonía y conservación. 1643-1665», en FLORISTÁN, A. (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona, 2004. Sobre las repercusiones en América, GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, J., *América Latina, de los orígenes a la independencia*, Vol. I, Barcelona, 2005; y SERRANO MANGAS, F., *Esplendor y quiebra de la Unión Ibérica en las Indias de Castilla, 1640-1668*, Badajoz, 1994.

²⁴ Resulta muy interesante el análisis que realiza al respecto MAFFI, D., «Il potere delle Armi. La monarchia spagnola e i suoi eserciti (1635-1700)», en *Rivista Storica Italiana*, N.118, 2006.

²⁵ En este sentido resultan de un gran interés las reflexiones que realiza Nuno Gonçalo Monteiro acerca de las influencias reciprocas y recientes de las historiografías portuguesa y brasileña. MONTEIRO, N. G., «A circulação das elites no imperio dos Bragança...» cit.

²⁶ Una visión de conjunto en HERRERO SÁNCHEZ, M., «La presencia holandesa en Brasil y la posición de las potencias ibéricas tras el levantamiento de Portugal», en SANTOS PÉREZ, J. M. y CABRAL DE SOUZA, G. F., *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el S. XVII*, Salamanca, 2006.

²⁷ Entre otros, THEMUDO BARATA, M. y TEIXEIRA, N. S. (dirs.), *Nova História Militar de Portugal*, Lisboa, 2004; COSTA, F. D., *A Guerra da Restauração. 1640-1668*, Lisboa, 2004; VV.AA., *XV Colóquio de História Militar: Portugal militar dos séculos XVII e XVIII até às vésperas das invasões francesas*, Lisboa, 2005; CALLIXTO, C., «A fortificação barroca. As fortificações marítimas do tempo da Restauração», en MOREIRA, R. (dir.), *História das fortificações portuguesas no mundo*, Lisboa, 1989; CORTÉS CORTÉS, F., *Guerra e pressão militar nas terras de fronteira*, Lisboa, 1990; ID., *El Real Ejército de Extremadura en la guerra de Restauración de Portugal, 1640-1668*, Cáceres, 1985; ID., *Alojamientos de soldados en la Extremadura del S. XVII*, Mérida, 1996; WHITE, L., «Actitudes civiles hacia la guerra en Extremadura, 1640-1668», en *Revista de Estudios Extremeños*, N.44, 1987; ID., «Los tercios en España: el combate», en *Studia Histórica. Historia Moderna*, N.18, 1998; ID., «Guerra y revolución en la Iberia del S. XVII», en *Manuscripts*, N.21, 2003; y especialmente, de la misma autora, «Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la monarquía hispánica, 1640-1668», en *Studia Histórica, Historia Moderna*, N. 25,

tido, observarlas desde la perspectiva de la historia de los conflictos bélicos y de la participación en los mismos de ambas sociedades y de ambos aparatos políticos y administrativos, cobra una novedosa trascendencia. Sobre todo porque salen a la luz la naturaleza e intensidad de todas estas guerras, que no por «olvidadas» u «ocultas» dejan de ser importantes y reveladoras²⁸.

El primer ciclo de guerras: 1640-1700

Que el tema de estas guerras no sea objeto preferente de estudio no quiere decir que no fueran tan trascendentales como dramáticas para el desarrollo político de ambas monarquías²⁹. Desde los inicios de la llamada en Portugal «Restauración de la Monarquía»³⁰ y en España «Sublevación» o «Rebelión» de Portugal³¹, los enfrentamientos bélicos fueron continuos y muy violentos³². La cuestión de Portugal fue un asunto clavado en el alma de Felipe IV desde 1640, y alentada por confesores y asesores espirituales³³; tan

2003; THOMPSON, I. A. A., «Milicia, sociedad y estado en la España Moderna», en VACA LORENZO, A. (ed.), *La guerra en la historia*, Salamanca, 1999; STRADLING, R. A., «Spain's Military Failure and the Supply of Horses, 1600-1660», en *History*, N.69, 1984; CONTRERAS GAY, J., «La reorganización militar en la época de la decadencia española (1640-1700)», en *Millars*, N.26, 2003; el número monográfico de la *Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, N.22, 2004, «Ejércitos en la Edad Moderna»; y GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid, 2006, especialmente el Volumen II, «Ejército, economía, sociedad y cultura». Para las repercusiones de la guerra en el Brasil portugués, SILVA, L. G., «Cooperar e dividir: Mobilização de forças militares no império português (S. XVI e XVII)», en DORÉ, A., SILVERIO LIMA, L. F. y SILVA, L. G. (eds.), *Facetas do Império na História...* cit.; SOUZA BARROS, E. de, *Negócios de tanta importância. O Conselho Ultramarino e a disputa pela condução da guerra no Atlântico e no Índico (1643-1661)*, Lisboa, 2008.

²⁸ BLACK, J., *Rethinking the Military History*, Londres, 2004.

²⁹ HESPANHA, A. M., *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal. Siglo XVII)*, Madrid, 1989.

³⁰ Sobre este tema resulta fundamental la consulta de DORES COSTA, F., *A Guerra da Restauração...* cit.

³¹ Id., VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal...* cit.

³² BEIRÃO, C., «Vinte e oito anos de guerra. Os auxílios externos e a acção diplomática. A política de Castelo Melhor. A paz de 1668», en *IV Congresso da História do Mundo Português. Monarquia Dualista e Restauração*, Vol. VII, Lisboa, 1940; SELVAGEM, C., *Portugal Militar. Compendio de História Militar e Naval de Portugal*, Lisboa, 1931. Y el clásico compendio de SEPULVEDA, C. Ayres de Magalhães, *História Orgânica e Política do Exército Português. Vol. 1661-1668*, Lisboa, 1902-1912.

³³ La continua presencia de sor María de Ágreda y sus consejos morales en el ánimo de Felipe IV, muy especialmente en todo lo relacionado por Portugal y tras la salida de Olivares, tuvo, según algunos autores, una gran repercusión en los acontecimientos (STRADLING, R. A., *Felipe IV...* cit., pp. 381 y ss.). Para Felipe IV, la guerra con Portugal era un ejemplo de cómo se ligaba la integridad de la monarquía con la voluntad divina: «Estamos haciendo todo lo humanamente posible para defendernos, pero al mismo tiempo tenemos que convencer a Dios de que somos dignos de su favor...». Para ello, Felipe IV obligó a que en todas las iglesias del reino se exhortara a rezar, «ya que es por medios espirituales más que materiales como se devolverá la integridad a esta monarquía y se la guardará de los enemigos y los rebeldes» (Id., p. 384).

importante que en la corte española tardaron tiempo en reaccionar cuando llegaron noticias de lo que estaba sucediendo en Lisboa y otras ciudades portuguesas³⁴, aunque para todos quedaba claro que la reacción española para someterlas a su autoridad se produciría más temprano que tarde, y que la guerra era inevitable. El embajador inglés en Madrid, sir Arthur Hopton, informaba a Londres ese mismo año: «Todo Portugal se ha sublevado y no se puede recuperar salvo conquistándolo. Lo que en este momento no parece que estén dispuestos a hacer aquí, pues no se advierten preparativos generales para llevarlo a cabo»³⁵. Efectivamente, por más prioritaria que le pareciera al rey español la campaña para sofocar «la sublevación», ésta no pudo iniciarse porque Felipe IV no contaba con las tropas suficientes, y porque Olivares todavía pensaba en la posibilidad de llegar a un arreglo político. Pero cuando el monarca despidió al conde duque en 1643³⁶ y pudo reunir algunas unidades, la invasión de Portugal se puso en marcha: según su propio designio, era un cuestión de prestigio y de credibilidad personal como rey y como creyente³⁷. Tal cual sucedería en adelante – hasta transformarse en todo un tópico militar, repetido por más de ciento cincuenta años – la guerra comenzó con un ataque contra la plaza fuerte de Olivença. No se inició bien la campaña para los españoles, ya que la ciudad resistió este primer embate, clavando ante sus muros a los mal organizados sitiadores; además, las tropas portuguesas se adentraron por el sur de Galicia y provocaron graves daños. Aprovechando las indecisiones de Madrid en esta primera ofensiva, el maestre de campo portugués Matías de Albuquerque cruzó la frontera en 1644 alcanzado la ciudad de Montijo, donde el marqués

³⁴ Sobre enfrentamientos entre la población portuguesa – especialmente en Setúbal y Évora – y las escasas tropas españolas que permanecían en Portugal, ver OLIVEIRA, A. de, *Movimentos sociais e poder em Portugal no século XVII*, Coimbra, 2002; SERRÃO, J. V., «Governo dos reis Espanhois, 1580-1640», cit. también en STRADLING, R. A., *Felipe IV... cit.*, pp. 265 y 282.

³⁵ Citado por STRADLING, R. A., *Felipe IV... cit.*, p. 269.

³⁶ ELLIOT, J. H., «El programa de Olivares y los movimientos de 1640», en TOMÁS Y VALIENTE, F. (coord.), *Historia de España. Menéndez Pidal*, Vol. XXV, Madrid, 1972. Mientras tanto en América, las noticias de la guerra encontraron a la mayoría de las autoridades desprevenidas. En Cartagena, por ejemplo, se hallaba recalada una armada portuguesa al mando del conde de Castel Melhor procedente de las costas de Brasil, corriéndose la voz por la ciudad de que los lusitanos intentarían tomar la plaza, en cuanto por sus calles se oyeron gritos de «Viva el rey don Juan». El conde fue retenido por el gobernador de Cartagena y finalmente rescatado por unos corsarios enviados en su busca, dando origen a un episodio que más parece propio de una novela de aventuras. GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, J., *América Latina, de los orígenes a la independencia...* cit., Vol. I, pp. 377 y ss. Así, las respuestas en las ciudades americanas a la sublevación de Portugal fueron contradictorias, entre otras cosas porque buena parte de su elite comercial era portuguesa y temía – como sucedió – a las represalias que Felipe IV tomaría contra ellos. Una situación compleja que también se vivió en algunas ciudades de Brasil, donde se produjeron intentos de mantener la unión con la corona española, como en São Paulo (1641) y Río de Janeiro (1647) dirigido éste último por Salvador Correia de Sá. VALLADARES, R., «El Brasil y las Indias españolas durante la sublevación de Portugal», en *Cuadernos de Historia Moderna*, N.14, 1993.

³⁷ JOVER ZAMORA, J. M., «Tres actitudes ante el Portugal restaurado», en *Hispania*, N.38, 1950.

de Torrecusa se le enfrentó con resultado indeciso ya que ambos ejércitos acabaron destrozándose entre sí, sin mayores resultados por parte española sino lograr que Albuquerque retrocediera al otro lado de la línea fronteriza, pero mostrando todas las debilidades y el mal estado de las tropas castellanas. Tropas a las que en 1648 se les ordenó insistir otra vez en el ataque a Olivença, siendo de nuevo incapaces de tomarla.

Como pudo comprobarse, y en contra de lo que se supuso inicialmente – que esta guerra sería rápida, y un calco de la campaña del Duque de Alba en 1580 – los tercios de Felipe IV no consiguieron doblegar al ejército portugués de João IV³⁸. Los estrategas del monarca español le comunicaron que eran necesarios muchos más esfuerzos en hombres y material si quería proseguir con éxito la campaña de invasión. Sin embargo, las guerras de la monarquía española en otros espacios europeos (Francia, Italia y Flandes especialmente) más la sublevación de Cataluña, la conjura del duque de Medina Sidonia (hermano de la reina portuguesa) en Andalucía, el rosario de motines anti-fiscales que se esparcieron por toda la geografía del reino tras varios años de pésimas cosechas, la extensión de la peste bubónica por la mayor parte del territorio levantino y andaluz, causando una enorme mortandad en algunas ciudades³⁹, a lo que se sumaron las reticencias de la nobleza española a costear e incluso a participar en una nueva guerra⁴⁰ (y menos en la del país vecino, a la que llamaban irónicamente «la guerrilla de Portugal»⁴¹)... todo ello obligó al monarca español a no conceder lo que pedían sus maestros de campo, que mientras tanto aguardaban en la frontera; a dispersar sus no muy crecidas tropas por múltiples escenarios europeos y españoles, intentado además no incrementar los ya disparatados gastos militares; y a mantener por tanto con Portugal un *statu quo* (una «tregua tácita») que estabilizó la situación si acaso por algunos pocos años. No consiguió más: la guerra con

³⁸ Ejército que, aunque organizado de manera bastante apresurada, haciendo volver a Portugal a algunos de los más importantes oficiales que hasta entonces habían combatido a las órdenes de Felipe IV, especialmente en Flandes, pudo defender el territorio a cabalidad. Durante estos años, además, la producción de trabajos técnicos y teóricos sobre el arte de la guerra en Portugal fue más que importante. Ver al respecto BEBIANO, R., «Literatura Militar da Restauração», en *Penélope, Fazer e desfazer a História*, N.9-10, 1993. En estos años fue creado en Lisboa el Conselho de Guerra, cuyas series de consultas son magníficamente analizadas en DORES COSTA, F., «O Conselho de Guerra como lugar de poder: a delimitação da sua autoridade», en *Análise Social*, N.191, Lisboa, 2009.

³⁹ Causando una aguda crisis demográfica en algunas zonas que obligó a modificar los métodos de reclutamiento: del sistema tradicional de «comisión» (enganchadores) se pasó a la creación de una milicia territorial, los llamados Tercios Provinciales, obligando además a la nobleza a participar en el ejército o en su financiación mediante el impuesto de «lanzas». QUATREFAGES, R., «Le système militaire des Habsburg», en HERMANN, Ch. (coord.), *Le premier âge de l'état en Espagne (1450-1700)*, París, 1989, pp. 375 y ss.

⁴⁰ GARCÍA HERNÁN, E., «La nobleza castellana y el servicio militar: permanencias y cambios en los siglos XVI y XVII a partir de los conflictos con Portugal», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica...* cit., Vol. II, Madrid, 2006, pp. 97 y ss.

⁴¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI*, cit., p. 182.

Portugal era una guerra impopular a la que nadie, salvo el rey, quería mirar de frente⁴².

Pero en esos pocos años cambió la situación en el reino portugués: a la muerte de João IV en 1656 le sucedió su hijo Alfonso VI⁴³ (bajo la tutela de su madre), inaugurando un periodo de inestabilidad caracterizado por los conflictos en el seno de la aristocracia lusitana⁴⁴. Conflictos tanto entre sí como contra la política de la reina madre primero, y contra la del propio rey después, que crecieron y se enmarañaron sobremanera incluyendo la huida a España de varios de los principales miembros de la nobleza⁴⁵. Fue entonces, en 1656, cuando Felipe IV, aprovechando esta coyuntura y sintiéndose más fortalecido con nuevas tropas, decidió proseguir la guerra reanudando las hostilidades en la frontera: las tropas españolas al mando del maestre de campo Francisco de Tutavila, duque de San Germán, y compuestas por más de 19.000 soldados y un importante tren de artillería, atacaron y sitiaron de nuevo y una vez más la plaza de Olivença, que se hallaba al mando del maestre de campo Manuel de Saldanha. En su auxilio acudió el conde de São Lorenço, Joane Mendes de Vasconcelos, con casi 15.000 soldados de infantería y caballería, los que, ante la imposibilidad de obligar a los españoles a levantar el sitio, acometieron contra Badajoz, debiendo retirarse también tras un combate muy sangriento contra sus baluartes. Las tropas portuguesas atacaron igualmente sin éxito la plaza de Valencia de Alcántara. Tutavila, en un esfuerzo supremo, consiguió al fin entrar en Olivença, una victoria que fue celebrada en Madrid como si con ella fuera a finalizar la guerra, mientras por el norte, los españoles al mando del marqués de Viana sitiaron y ocuparon el castillo de Monção.

Pero la guerra no iba a terminar aquí: al año siguiente São Lorenço, mejor pertrechado, pudo atacar Badajoz, aunque tuvo que replegarse a Elvas ante la llegada del mismísimo valido real español, Luis de Haro, con

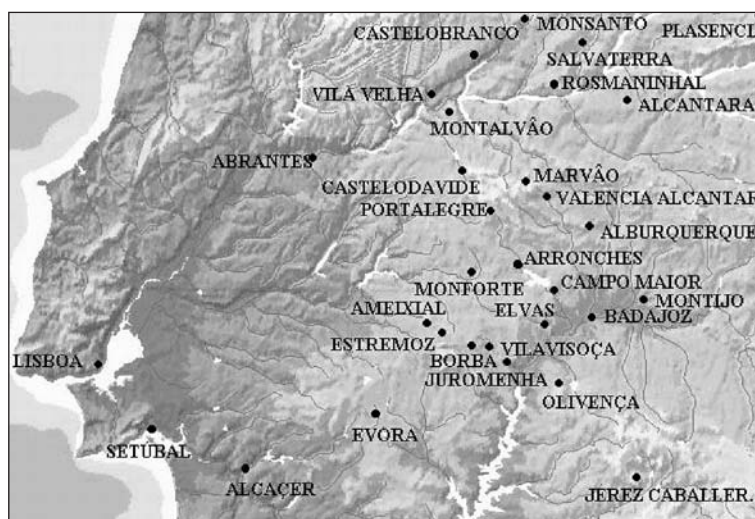
⁴² Por la mucha documentación e información que contiene sobre estos primeros años de la guerra, véase un clásico, ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *De la conquista y pérdida de Portugal*, Madrid, 1885.

⁴³ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso VI...* cit.

⁴⁴ Una inestabilidad que, como ha señalado Bernardo Ares, venía de años anteriores, puesto que entre 1640 y 1668, los años de la guerra, se sucedieron cuatro revueltas palaciegas: en 1641 y 1647 contra Juan IV, y en 1662 y 1667 contra Alfonso VI. BERNARDO ARES, J. M. de, «El iberismo como alternativa político-dinástica al francesismo y al austracismo (1665-1725)», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 21 y 22; y CARDIM, P., «Memoria comunitaria y dinámica constitucional en Portugal, 1640-1750», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de la nación en la España del S.XVIII*, Madrid, 2001, pp. 117 y ss.

⁴⁵ Id., pp. 107 y 108; y 172 y ss. A lo que se unía la existencia de un partido hispanista entre la nobleza portuguesa (Sousa, Távora, Valdereis...). Ver BERNARDO ARES, J. M., «El iberismo como alternativa...» cit., p. 14. Por otra parte, y como afirma Pedro Cardim, la corona portuguesa era en estos años – y en buena medida la española también – un entramado de intereses que se manifestaban a través de diferentes órganos y corporaciones poco homogéneas y enfrentadas entre sí. CARDIM, P., «A Casa Real e os órgãos centrais do governo de Portugal da segunda metade de Seiscentos», en *Tempo*, N.13, 2002.

nuevos refuerzos, y por haber hecho estragos la peste entre sus filas⁴⁶. Haro avanzó desde Badajoz dispuesto a continuar en firme hasta Lisboa, pero no llegó muy lejos: en enero de 1659 las tropas portuguesas mandadas ahora por el conde de Cantanhede (el futuro marqués de Marialva, Antonio Luis de Meneses⁴⁷) batieron completamente en las afueras de Elvas a los tercios de Haro, causándoles un sinnúmero de bajas⁴⁸ y obligándolos a retroceder hasta la frontera de Extremadura, que otra vez quedó estabilizada por la imposibilidad española de atravesarla. Para Portugal fue la primera gran victoria (conocida como Batalha das Linhas de Elvas) pues la ofensiva castellana quedó detenida, sus tercios derrotados y el mismo valido real puesto en fuga.



La paz de los Pirineos firmada entre Francia y España en 1659 no impidió que Luis XIV siguiera apoyando a Portugal contra Felipe IV, enviándole un cuerpo de ejército al mando del conde de Schomberg en 1660⁴⁹. Además,

⁴⁶ ANDERSEN, M. J., «A campanha de Elvas. Cartas inéditas da rainha D. Luisa de Guzmán», en *IV Congresso da História do Mundo Português. Monarquia Dualista e Restauração*, Vol. VII, Lisboa, 1940. Sobre los problemas existentes en el ejército portugués, PIMENTA, B., «O problema dos comandos na Guerra da Restauração», en *Revista de Guimarães*, N.1, 1940.

⁴⁷ Esta campaña y las del resto de la guerra pueden seguirse a través del testimonio del propio Meneses: MENESES, Luis, Conde de Ericeira, *História de Portugal Restaurado* (ed. de 1679 y 1698), Porto, 1945. Otro documento de la época, BACELAR, António Barbosa, *Relaçam da vitoria que alcançaram as armas do muy alto señor e poderoso rey D. Afonso VI, em 14 de janeiro de 1659*, Lisboa, 1659.

⁴⁸ CRUZ, A., *O cerco e batalha das Linhas de Elvas*, Coimbra, 1938. VALLADARES, R., *La rebelión...*, pp. 162 y ss.

⁴⁹ SEPULVEDA, C. Ayres de Magalhães, *Um capítulo da Guerra da Restauração. 1660-1669. O conde de Schomberg em Portugal*, Lisboa, 1897.

el matrimonio de Catalina de Bragança⁵⁰ – hermana de Alfonso VI – con el rey Carlos II de Inglaterra, selló una nueva alianza entre ambas coronas⁵¹, y la tregua firmada con Holanda en 1641 permitió a Lisboa recibir pertrechos de guerra y otros materiales necesarios para la defensa desde el norte de Europa⁵². Estas ayudas exteriores fueron muy importantes para el sostenimiento de la guerra, cuyos elevadísimos costos para la población portuguesa – en tributos y en hombres para el combate – había originado violentas protestas en Lisboa y Porto⁵³. Inglaterra envió una expedición militar de apoyo al monarca portugués compuesta por más de 5.000 soldados veteranos⁵⁴, que aliviaron la presión sobre la frontera, e incluso corrió el rumor de que el rey de Marruecos también había ofrecido a Portugal una importante ayuda militar a cambio de que se le dejase atacar Andalucía desde el Algarve para «recuperar sus antiguas posesiones en España»⁵⁵.

En 1660 Felipe IV ordenó empecinadamente un nuevo ataque contra Portugal, a pesar de que no tenía caudales suficientes para pagar y abastecer convenientemente a las tropas, que éstos caudales eran prestados por los asentistas a un elevado interés⁵⁶, y que la guerra era más impopular que nunca en toda Castilla, porque, firmada la paz con Francia, la continuación de las operaciones contra Portugal obligaba a conservar en campaña a un alto número de soldados, lo que exigía mantener una tributación disparatada contra la que muchas villas y ciudades acabaron también rebelándose

⁵⁰ ALMEIDA TRONI, J., *Catarina de Bragança, 1638-1705*, Lisboa 2008.

⁵¹ PRESTAGE, E., *As relações diplomáticas de Portugal com a França, Inglaterra e Holanda de 1640 a 1668*, Coimbra, 1928; BELCHER, G. L., «Spain and the Anglo-Portuguese Alliance of 1661», en *Journal of British Studies*, N.15, 1975; AMES, Glenn J., «Priorities in the Reino, c.1640-1683» y «Foreign Polity diplomatic Relations with the Reis Vicinhos and European rivals, 1640-1683», en AMES, Glenn J., *Renascent Empire? The House of Bragança and the Quest for Stability in Portuguese Monsoon Asia, ca.1640-1683*, Amsterdam, 2000.

⁵² Considerando, además, que esta nueva aproximación portuguesa a Holanda e Inglaterra significaba la recuperación de sus tradicionales ligaciones políticas y diplomáticas, interrumpidas durante el periodo de la union ibérica. ANTUNES, C., *Globalization in the Early Modern Period. The Economics Relationship Between Amsterdam and Lisbon, 1640-1705*, Amsterdam, 2004.

⁵³ Para acallar las revueltas de Porto tuvieron que ser movilizadas numerosas tropas desde Minho, y en Lisboa se acuarteló a la guarnición. ALVES, J., «Para a história dos impostos em Portugal. S. XVII», en *Nova História*, Ns. 3 y 4, 1985. Estas revueltas antifiscales, debidas a las presiones de la guerra, se corresponden con las que estallaron en España en varias localidades castellanas, en el País Vasco y especialmente en Andalucía (Córdoba y Sevilla en 1647 y de nuevo Sevilla 1652). Años, además en que, por las malas cosechas, la carestía de los productos y la extensión de la peste bubónica, fueron de «verdadera hambre» en la mayor parte de la península ibérica. GELABERT, J. E., *Castilla convulsa, 1621-1652*, Madrid, 2001.

⁵⁴ CHILDS, J., «The English Brigade in Portugal, 1662-1669», en *Journal of the Society for Army Historical Research*, N.53, 1975.

⁵⁵ VALLADARES, R., *La rebelión...* cit., p. 186.

⁵⁶ SÁNCHEZ BELÉN, J. A., «El impacto de la Independencia de Portugal en la hacienda castellana», en *Primeiras Jornadas de História Moderna*, Lisboa, 1986; RUÍZ MARTÍN, F., *Las finanzas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV*, Madrid, 1990. Sobre los financistas portugueses, BOYAJIAN, J. C., *Portuguese Bankers at the Court of Spain, 1626-1650*, New Brunswick, 1983.

violentamente⁵⁷. A pesar de todo, en 1661 el rey español preparó un numeroso ejército que debía invadir Portugal por Extremadura, Castilla y Galicia al mando de Juan José de Austria (hijo bastardo del monarca y hasta entonces gobernador de Flandes, ahora nombrado «Capitán General para la Conquista de Portugal»⁵⁸) con la ayuda del duque de Osuna y del marqués de Viana, y contando con un número importante de tercios traídos desde Europa y reclutados en Castilla por sucesivas levadas que generaron nuevas protestas, dada, además, la inexperiencia castellana durante siglos en mantener una guerra en su propio suelo. En 1661 los tercios españoles entraron en Portugal por Veiros y Monforte, y más al sur, tomando Portalegre, Castelo de Vide y Arronches, aunque suspendieron la ofensiva por el extremado calor de agosto; una ofensiva que solo pudieron reiniciar al año siguiente, cuando Juan José de Austria, al mando de 12.000 infantes, 6.000 soldados de caballería y un estruendoso tren de artillería de sitio, avanzó desde Badajoz tomando la plaza de Juromenha, de escaso valor para un esfuerzo tan considerable⁵⁹. Por Galicia también progresaron las tropas españolas, pero se retiraron cuando llegó el invierno. Un intento de establecer una tregua entre ambas coronas fracasó por el empeño del rey español en continuar el avance hacia Lisboa⁶⁰.

En 1663 aún sumó Felipe IV más esfuerzos a la guerra y el ejército invasor todavía fue ampliado. Juan José de Austria pudo así avanzar sobre Évora, que fue tomada al asalto casi sin combatir. En su progreso hacia el oeste, la vanguardia del ejército español conquistó Alcácer do Sal, a las puertas de Setúbal y por tanto de Lisboa, y el temor se extendió por la capital portuguesa, a pesar de que era conocido que las tropas castellanas no podían avanzar mucho más allá de Évora por hallarse sin suministros. Parte del pueblo lisboeta, en lo que algunos autores han llamado «el santo montín», se arrojó entonces a la calle dando vivas al rey Alfonso y muera contra la «nobleza traidora que entregaba el reino a España», y aprestándose a defender la capital⁶¹. Algunos eclesiásticos sacaron a la calle diversas reliquias, y se hicieron rogativas para que la providencia salvara a Portugal; incluso fue descubierto el cuerpo incorrupto del arzobispo Don Lorenço, que había estado presente en la emblemática batalla de Aljubarrota⁶². Entonces se pro-

⁵⁷ WHITE, L. G., «Actitudes...» cit. Los disturbios se sucedieron ahora por toda la frontera con Portugal, desde Galicia a Andalucía.

⁵⁸ CASTILLA SOTO, J., *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid, 1992; y RUIZ RODRÍGUEZ, I., *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un Imperio*, Madrid, 2005.

⁵⁹ Un valioso testimonio de la época, Jerónimo de Mascarenhas, *Campañas de Portugal por la parte de Extremadura el año 1662, ejecutada por el serenísimo señor Don Juan de Austria*, Madrid, 1663.

⁶⁰ La propuesta no pasó de ahí. Juan José de Austria solicitó a cambio de la tregua las plazas de Elvas, Juromenha y Campo Mayor. Los portugueses, obviamente, la rechazaron. VALLADARES, R., *La rebelión de Portugal...* cit., p. 201.

⁶¹ BRAZÃO, E. (ed.), *Afonso VI*, Porto, 1940, pp. 130 y ss.

⁶² Id., p. 133.

dujo la reacción: las tropas anglo-portuguesas al mando del conde de Vila Flor y las francesas de Schomberg, atacaron a Juan José de Austria vencíéndole completamente en Ameixial (Estremoz) causándole terribles bajas, retomando el marqués de Marialva la ciudad de Évora y obligando a los españoles a retirarse a Badajoz. Por el norte, el conde de São João y el de Castel Melhor partieron desde Chaves y atacaron, con tropas de Minho, Trás-os-Montes y Beira, muchas poblaciones del lado gallego de la frontera, entre ellas Salvaterra⁶³, recuperando las fortalezas de Gaião y Lindoso⁶⁴. Eran consecuencia de Ameixial y de la euforia que la victoria causó en todo Portugal. Un nuevo triunfo lusitano y una nueva afrenta para el orgullo militar de Felipe IV⁶⁵. En el invierno de 1663 la situación de la guerra volvía a su antiguo y empozado estado.



En 1664 el avance portugués continuó bajo el mando – más político que militar – del conde de Castel Melhor, y Valencia de Alcántara fue conquistada en mayo sin mucho esfuerzo. Para contrarrestar esta ofensiva, el duque de Osuna llevó a cabo una nueva invasión desde Castilla con un importante cuerpo de ejército, pero resultó completamente vencido en Castelo Rodrigo y Almeida, de donde debió huir, según la leyenda extendida por todo el reino portugués, vestido de fraile, perdiendo sus bienes personales e incluso parte de su archivo familiar⁶⁶. Todavía en 1665 Felipe IV ordenaba un nuevo ataque, en un intento por mejorar su situación en la frontera – cada vez más complicada –, casi convencido ya de que no podría conquistar Portugal y tendría que establecer la paz. La expedición fue puesta

⁶³ Ver al respecto, *Segunda entrada que fez o Conde de Castel Melhor na villa de Salvaterra, en Gallizia, chamada hoje Salvaterra de Portugal*, Lisboa, 1643.

⁶⁴ Matos, G. de M., «Os terços de Entre-Douro e Minho», *Revista de Guimarães*, 1940.

⁶⁵ WHITE, L., «Estrategia geográfica y fracaso en la reconquista de Portugal por la monarquía hispánica, 1640-1668» cit., pp. 59-91.

⁶⁶ CARVALHO, J. V. de, *Almeida: subsídios para a sua história*, Almeida, 1988.

al mando del Marqués de Caracena, Luis de Benavides Carrillo, al que hizo venir desde Italia con todo su prestigio auestas. Intentó penetrar desde Badajoz hacia Vila Viçosa, sede de la casa de Bragança, a la que sitió. Pero sobre él pudo concentrar todas sus tropas el marqués de Marialva auxiliado por Schomberg, y en Montes Claros aplastó a las tropas de Caracena en la batalla más sangrienta de todo el conflicto, con más de 4.000 muertos y 6.000 prisioneros entre los españoles. Los restos del ejército de Felipe IV se encerraron en Badajoz donde aún estuvieron en riesgo de ser atacados. Era el fin de la guerra por parte de España.

Además, las circunstancias políticas cambiaron de nuevo bruscamente, y las dos monarquías entraron casi en parálisis: Felipe IV murió en 1665, removiéndose y reemplazándose buena parte de la corte con nuevos ministros y nuevos validos durante el reinado de Carlos II, un periodo bien turbulento con continuos enfrentamientos entre clanes nobiliarios⁶⁷. En Portugal, Alfonso VI tuvo que hacer frente a una gran sublevación en el reino (1667) que le llevó al retiro en las islas Azores⁶⁸. Su hasta entonces esposa, María Isabel de Saboya, consiguió la anulación de su matrimonio, casando con su cuñado Pedro II, que sucedió a su hermano Alfonso en el trono. Ese mismo año se reanudaron las hostilidades entre Francia y España, y los ministros españoles buscaron – con la intermediación de Inglaterra – acabar cuanto antes con la impopular e inútil guerra de Portugal, firmándose un tratado que era ratificado en Madrid en 1668 por el que se reconocía la independencia de Portugal y se restablecían todas las plazas de la frontera a su antiguo estado; una paz que en Castilla fue celebrada con el mayor júbilo. Júbilo que no impidió que se mantuviera con más fuerza que nunca la idea de que portugueses y judíos (un binomio que en la España de la época parecía difícil de separar) eran los culpables del estado de postración de la monarquía⁶⁹, ni que en las colonias americanas se desatara una feroz persecución de portugueses⁷⁰.

⁶⁷ Especialmente durante la regencia de María Luisa de Borbón, nieta de Luis XIV. BASSENNE, M., *La vie tragique d'une reine d'Espagne, Marie-Louise de Bourbon-Orleans*, París, 1939.

⁶⁸ DÓRIA, A. A., *A deposição de D. Afonso VI, 1666-1668*, Braga, 1947; BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *D. Afonso...* cit., pp. 233 y ss.

⁶⁹ En los *Avisos históricos* de Pellicer, una especie de diario de lo que acontecía en Madrid a mediados del S. XVII, son continuas las referencias a la «maldad y felonía» portuguesas, acusándolos de todo lo malo que sucediera en el reino, desde un robo, un asesinato, una traición o un acto contra la fe. J. de PELLICER Y SALAS, *Avisos históricos que comprenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra monarquía desde 3 de enero de 1640 a 15 de octubre de 1645* (ed. de TIerno GALVÁN, E.), Madrid, 1965.

⁷⁰ Véase al respecto GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA, F. J., *América Latina de los orígenes a la independencia*, cit., Vol. I, pp. 347-382; STUDNICKI-GIZBERT, D., *A Nation Upon the Ocean Sea. Portugal's Atlantic Diaspora and the Crisis of the Spanish Empire, 1492-1640*, Nueva York, 2007; VALLADARES, R., «Poliarquía de mercaderes. Castilla y la presencia comercial portuguesa en la América española, 1595-1645», en ENCISO, L. M. (ed.), *La burguesía española en la Edad Moderna*, Vol. 2, Valladolid, 1992; REPARAZ, G., *Os portugueses no vice-reinado do Peru, S. XVI e XVII*, Lisboa, 1976; y MATEUS VENTURA, M. da G. A., *Portugueses no Peru ao tempo da União Ibérica. Mobilidade, cumplicidades e vivências*, Lisboa, 2005.

Como repercusión tardía de este conflicto, en 1678 Pedro II de Portugal ordenó al gobernador de Río de Janeiro, Manuel Lobo, que ocupase una posición lo más adentro posible del estuario del Río de la Plata a fin de establecer una colonia portuguesa⁷¹, siguiendo la línea de expansión brasileña hacia el sur que habían iniciado los bandeirantes paulistas⁷²; una política ahora apoyada por Inglaterra, que veía en este establecimiento un excelente punto de entrada de sus productos al interior americano y, especialmente, un bastión muy próximo a las fuentes de los metales del Alto Perú⁷³. Además, muchos de los comerciantes portugueses expulsados de las colonias españolas presionaron para que se abriera esta nueva ruta hacia el núcleo central de las riquezas americanas, a los que se unió buena parte del comercio carioca⁷⁴. Se fundó así Colonia del Sacramento en 1680 con 800 soldados y colonos de Río de Janeiro, quienes al mando del capitán Galvão fortificaron la posición y comenzaron enseguida sus actividades mercantiles y productivas, basadas fundamentalmente en un activo contrabando realizado con las colonias españolas más cercanas, en especial Buenos Aires y las minas de plata del Alto Perú. El gobernador de Buenos Aires, José de Garro, organizó inmediatamente una expedición para expulsar a los portugueses e impedir la consolidación de la colonia, al mando del maestro de campo de campo Antonio de Vera Mújica, con tropas de Buenos Aires y más de 3000 indígenas de las misiones jesuíticas y de la reducción de Quilmes. Vera atacó Sacramento destruyéndola por entero, aunque en 1681, por un tratado provisional firmado entre las dos coronas, se vio obligado a devolverla a Portugal⁷⁵.

⁷¹ Siguiendo el proyecto que unos años antes habían realizado dos ingenieros franceses al servicio del rey de Portugal, Bartolomé y Pedro Massiac, sobre ocupación del Río de la Plata. GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación. Influencia en España y América*, Madrid, 1991, pp. 39 y ss.

⁷² MONTEIRO, J., *Negros da terra: índios e bandeirantes nas origens de São Paulo*, São Paulo, 1994; y el clásico trabajo sobre Raposo Tavares de Jaime Cortesão, donde se explicita la importancia de estas entradas hacia el occidente brasileño, realizadas a partir de 1647, a la hora de establecer los dominios portugueses en el futuro. Fue conocida también como «bandeira dos limites». CORTESÃO, J., *Raposo Tavares e a formação territorial do Brasil*, Río de Janeiro, 1958.

⁷³ CANESSA DE SANGUINETTI, M. J., «El valor del espacio rioplatense en las fronteras de los imperios», en ARTEAGA, J. J. (coord.), *Uruguay, defensas y comunicaciones en el periodo hispano*, Madrid, 1989.

⁷⁴ Para conocer los antecedentes de este tráfico comercial en la región, ver CANABRAVA, A., *O comércio português no Rio da Prata (1580-1640)*, São Paulo, 1944. Sobre las actuaciones de los grupos de comerciantes porteños durante la guerra, TRUJILLO, O. J., «Facciones, parentesco y poder: la elite de Buenos Aires y la rebelión de Portugal de 1640», en YUN-CASALILLA, B. (coord.), *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 2007.

⁷⁵ Por este tratado de alto el fuego, Portugal exigió la destitución de Garro, acusándolo de haber atacado Sacramento sin declaración de guerra, lo que fue ejecutado por Madrid, aunque luego secretamente se le recompensó nombrándole capitán general de Chile (ver BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., «Por la Colonia del Sacramento en América a las colonias del Golfo de Guinea», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, p. 20). Los portugueses volvieron a ocupar y fortificar Colonia en 1683, siguiendo instrucciones del gober-

Desde entonces, Colonia del Sacramento figuró persistentemente en la agenda de discusiones entre las dos coronas, y allí permanecería por casi un siglo⁷⁶.

Un segundo ciclo: Portugal y el borbonismo español

Este problema de Sacramento volvió a plantearse veinte años después, tras la muerte de Carlos II de España. Por el tratado de Lisboa de 1701 se establecía una mutua alianza entre el nuevo monarca borbón, Felipe V, y Pedro II de Portugal. Portugal aceptaba el testamento de Carlos II, fijándose un periodo de veinte años durante los cuales procurarían mantener una intensa colaboración entre las dos monarquías; a cambio España renunciaría a Colonia de Sacramento. Pero el tratado fue efímero porque de nuevo la política internacional europea, en este caso la guerra de Inglaterra y Holanda contra Francia, trastocó la posición portuguesa en este complicado tablero de coaliciones⁷⁷. Dos años después de firmarse el tratado de Lisboa, el rey portugués se unió a la Gran Alianza – tras meses de vacilaciones – mediante el acuerdo – que pretendió ser secreto – establecido en 1703 con el embajador británico en Lisboa sir John Methuen⁷⁸: Pedro II apoyaría tanto política como militarmente al archiduque Carlos, el pretendiente Habsburgo al trono español, enfrentado a Felipe V, el candidato de Luis XIV, y recibiría a cambio –aunque estando sujeto a posteriores discusiones – importantes donaciones territoriales en Extremadura y Galicia (Badajoz, Alcántara, Alburquerque, Valencia de Alcántara, Bayona, Vigo, Tuy y La Guardia) y en América la región amazónica española y toda la costa norte del Río de la Plata⁷⁹. El acuerdo conllevaba la guerra entre Felipe V y el rey portugués, al

nador de Río, Duarte Teixeira (KÜHN, Fabio, «Uma fronteira do Império: O sul da América portuguesa na primeira metade do século XVIII», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, p. 105). Un nuevo gobernador portugués enviado a Colonia, Francisco Naper de Lancastre, reforzó aún más la posición a partir de 1690, expandiendo sus actuaciones por las bocas del río Negro y del Uruguay, y pactando alianzas con los indígenas charrúas y guenoas que los defendían de los guaraníes españoles. ESPONERA Cerdán, A., «Enfrentamientos en el Río de la Plata por la penetración portuguesa a fines del S. XVII», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, p. 51.

⁷⁶ BERMEJO DE LA RICA, A., *La colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia*, Madrid, 1920; TORTEROLO, L. M., «La Colonia del sacramento», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, N.4, 1920; MONTEIRO, J. da C. R., *A Colônia do Sacramento, 1680-1777*, Portoalegre, 1937; VALLADARES, R., «Brasil: de la Unión de Coronas a la crisis de Sacramento. 1580-1680», en SANTOS PÉREZ, J. M. (ed.), *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*, Salamanca, 2000; PRADO, F. P., *Colônia do Sacramento: o extremo sul da América Portuguesa*, Portoalegre, 2002.

⁷⁷ MONTEIRO, N., «Don Pedro II regente e rei (1668-1706). A consolidação da dinastia de Bragança», en HESPAÑA, A. M. (coord.), *História de Portugal*, Vol. IV, Lisboa, 1998; GARCÍA CÁRCCEL, R., «Fin de siglo, fin de dinastía. Algunas reflexiones», en *Estudis*, N.31, 2005.

⁷⁸ BRAZÃO, E., *História diplomática de Portugal*, Vol. I, 1640-1815, Lisboa, 1932.

⁷⁹ LYNCH, J., *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, 1989, p. 26.

que el primero acusó de traidor y de ser de poco fiar por incumplir el tratado de 1701, además de anticristiano por unirse a los herejes. Por su parte, Pedro II, que se consideraba medio español, preparó un texto justificativo de su postura – que intentó distribuir por toda España «y a los ojos del mundo» – titulado *Justificación de Portugal en la resolución de ayudar a la ínclita nación española a sacudir el yugo francés y poner en el trono real de su monarquía al Rey Católico Carlos III* (impreso en Lisboa en 1704)⁸⁰. Ni los insultos de Felipe V ni la propaganda de Pedro II consiguieron evitar que las hostilidades volvieran a la frontera.

En 1704 el archiduque Carlos desembarcó en Lisboa – donde fue recibido con todo el boato de su corte – con una importante armada aliada anglo-holandesa al mando del almirante George Rooke, a fin no solo de comenzar la guerra por la frontera portuguesa sino de tomar la ciudad de Cádiz⁸¹ y hacerse con el nudo del comercio americano, para luego, costearo el Mediterráneo, desembarcar en el levante peninsular e iniciar un segundo frente antiborbónico. Una de las primeras acciones aliadas fue la toma de Gibraltar ese mismo año, que no pudo ser reconquistada por los españoles en adelante, y desde la que los británicos pensaban lanzarse a la conquista de Andalucía⁸². A la vez, el archiduque Carlos y el rey portugués se pusieron en marcha con sus ejércitos en dirección a Madrid, y así Portugal fue desde 1704 el flanco más vulnerable para los borbones durante toda la Guerra de Sucesión⁸³. El propio Felipe V tuvo que salir a su encuentro iniciando la campaña contra

⁸⁰ Citado y analizado por CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», en GARCIA, F. (ed.), *Almansa, encrucijada de Europa. La Guerra de Sucesión y el III Centenario de la Batalla de Almansa*, Madrid, 2010, p. 222 y ss.

⁸¹ En un intento de repetir con más éxito el sitio al que sometió a la ciudad en 1702, o resarcirse de su fracaso contra Vigo, acometido también ese mismo año.

⁸² La guerra de sucesión desde la perspectiva británica puede seguirse, igualmente con mucha información documental, a través de dos clásicos: MAHON, L., *History of the War of Successions in Spain*, Londres, 1836; y PARNELL, A., *The War of the Successions in Spain During the Reign of Queen Anne, 1702-1711*, Londres, 1905.

⁸³ Los dos trabajos básicos sobre el tema, con especial referencia a la guerra con Portugal, son los de FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War, 1702-1713*, Londres, 1975; y KAMEN, H., *The War of Succession in Spain*, Londres, 1969. Para Portugal, DORES COSTA, F., «A participação portuguesa na Guerra da Sucessão de Espanha: aspectos militares», y MONTEIRO, N. G., «Portugal, a Guerra de Sucessão de Espanha e Methuen: algumas considerações gerais», ambos en VV.AA., *O tratado de Methuen (1703)*, Lisboa, 2003; CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...» cit.; BEBIANO, R., «Organização, teoria e prática da guerra», en *Nova História de Portugal*, Vol. VII, FREITAS DE MENESES, A. (coord.), *Portugal, da paz da Restauração ao ouro do Brasil*, Lisboa, 2001; PERES, D., *A diplomacia portuguesa e a sucessão de Espanha, 1700-1704*, Barcelos, 1931; MATEU Y LLOPIS, F., «Las relaciones político-económicas entre Portugal y España durante la guerra de Sucesión», en *Anales para el progreso de las Ciencias*, N.IX, Madrid, 1944; PETRIE, Ch., *Algunos aspectos diplomáticos y militares de la Guerra de Sucesión española*, Madrid, 1955; GONZÁLEZ DÍAZ, A. M., «La Guerra de Sucesión en la frontera con Portugal. Ayamonte, 1701-1704», y MARTÍN RODRIGO, R., «La Guerra de Sucesión en la frontera luso-salmantina», ambos en *La Guerra de Sucesión en España y América. Actas de las X Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 2001; FRANCIS, A. D., «Portugal and the Grand Alliance» en *Bulletin of the Institute of Historical Research*, N. 38, 1965; y el clásico trabajo de PRESTAGE,

Portugal, aunque las tropas que consiguió reunir eran exiguas, mal equipadas y peor mandadas – menos de 30.000 soldados de infantería y 10.000 de caballería para cubrir todo el frente –, debiendo solicitar un fuerte apoyo de Francia. Un apoyo que recibió de los generales enviados por Luis XIV, el marqués de Puységur y luego el duque de Berwick, a los que se unieron los técnicos franceses en finanzas y ejército Michel-Jean Amelot y Jean Orry. Ellos fueron los que durante varios años prácticamente dirigieron la guerra, a costa de controlar y desviar hacia las arcas francesas los metales americanos, el recurso vital para el sostenimiento de las operaciones⁸⁴. Además recibió la ayuda de varios ingenieros franceses llegados de Flandes, al mando de Jorge Próspero de Verboom, trasladados de inmediato a la frontera para organizar los trenes de sitio a las plazas fuertes portuguesas⁸⁵.

No obstante las dificultades en conseguir tropas bien preparadas y pertrechadas, los borbónicos organizaron una ofensiva en toda regla: Felipe V y el conde de Aguilar, uno de sus principales valedores entre una nobleza española escasamente convencida de apoyarlo, avanzó hacia Portugal instalando su cuartel general en Plasencia. Desde allí atacó y tomó Salvaterra do Extremo, Idanha-a-Nova, Rosmaninhal, Segura y Penha Garcia, penetrando hasta la fortaleza de Monsanto, que fue destruida y saqueada después de un duro asedio. Más al norte, otro de sus generales, el milanés Francisco Ronquillo, cruzó la frontera desde Ciudad Rodrigo y atacó Almeida, mientras el príncipe de Tilly la rebasaba por Alburquerque y Valencia de Alcántara, cayendo en su poder Marvão, Castelo da Vide, Montalvão y Portalegre hasta alcanzar Arronches. Aún más al norte, el duque de Híjar invadió la región de Minho. Por último, el marqués de Villadarias, Francisco Castillo Fajardo, cruzó el Guadiana por Ayamonte y atacó Villa Real de Santo Antonio y Castro Marím⁸⁶.

E., *Portugal and the War of Spanish Successions*, Cambridge, 1938. Igualmente, por su enorme interés, las memorias reeditadas por VASCONCELOS DE SALDAÑA, A. y RADULET, C., del conde de Povolide, Tristão da Cunha de Ataíde, *Memórias Históricas*, Lisboa, 1989.

⁸⁴ THOMSOM, M. A., «Louis XIV and the Origins of the War of the Spanish Succession», en *Transactions of the Royal Historical Society*, N.4, 1954. Mucha documentación al respecto en varios clásicos, ofrecida desde la perspectiva francesa: DUVIVIER, M., *Observations sur la guerre de Succession d'Espagne*, Paris, 1830; MIGNET, Ch., *Négociations relatives a la Succession D'Espagne sous Louis XIV*, Paris, 1893; y BAUDRILLART, A., *Philippe V et la cour de France*, Paris, 1890-1900.

⁸⁵ GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación...* cit., p. 75.

⁸⁶ Como fuente imprescindible para las acciones españolas en Portugal, BACALLAR Y SANNA, V., marqués de San Felipe, *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V el animoso*, ed. SECO SERRANO, C., BAE, 99, Madrid, 1957; en el mismo volumen, CAMPO-RASO, J. del, *Memorias políticas y militares para servir de continuación a los comentarios del marqués de San Felipe*; MOLAS RIBALTA, P. (ed.), *Memorias del Mariscal de Berwick, Duque y Par de Francia, y Generalísimo de las Armas de Su Majestad* (Aviñón, 1737), Alicante, 2007; BELANDO, N. J., *Historia civil de España, sucesos de la guerra y tratados de paz desde el año 1700 hasta el de 1733*, Madrid, 1740-44. Otro trabajo con una gran cantidad de documentación de la época, COXE, W., *Memoirs of the King of Spain of the House of Bourbon*, Londres, 1815 (edición en España, COXE, W., *España bajo el reinado de la Casa de Borbón. Desde 1700 en que subió al trono Felipe V hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, Madrid, 1846).

Desde Monsanto, Felipe V continuó hasta Castelo Branco cruzando el Tajo por Villa-Velha⁸⁷ acercándose a Abrantes, pero el verano y la presión de las tropas aliadas desde el norte al mando del general holandés Nicolás de Faggel, hicieron retroceder a los borbónicos.



⁸⁷ Este cruce del Tajo por Villa Velha mediante un puente de barcas realizado por los ingenieros militares, aparece representado en un pormenorizado grabado de la época firmado por Felipe Pallota. Pueden apreciarse en él todos los detalles de lo que era un ejército en campaña, desde las unidades formadas, el transporte de la artillería, la forma de vivaquear, o la estructura de los campamentos con las tiendas de lona. Publicado en *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército iniciado al celebrar en 1903 el primer centenario de la creación de su academia y de su tropas. Por una comisión redactora*, Vol. I, Madrid, 1911. Pedro Cardim señala que existen otros grabados similares de Pallota en el Archivo Histórico Militar de Lisboa, 10/C2/GR1,2,3 y 4. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...», cit., p. 231. De la misma fecha, aunque de autor desconocido, es el otro grabado incorporado al Vol. I del ya citado *Estudio histórico del Cuerpo de Ingenieros..* sobre la toma de Portalegre en la misma campaña.

Los aliados recuperaron Monsanto y Salvaterra, y contraatacaron sobre Ciudad Rodrigo tomando Fuenteguinaldo, lo que obligó al ejército franco-español a abandonar parte de sus conquistas en el Alentejo y retroceder hasta Alcántara, quedando Berwick defendiendo la frontera⁸⁸. Felipe V tuvo que regresar a Madrid a atender otros frentes, abandonando sus pretensiones de ocupar rápidamente Portugal, y sólo el marqués de Aytona quedó en activo en la zona realizando acciones de corto alcance sobre algunas plazas fronterizas para mantener ocupados a los aliados. Aunque en Madrid esta campaña se propagandeó como un gran éxito, los estrategas del rey comprendieron que las próximas acciones serían más difíciles. Se repetía la misma situación que en 1662-65, con el ejército español atascado en la frontera.

En 1704 llegó también la guerra a América: temiendo incursiones portuguesas y británicas hacia el interior americano, desde Madrid se ordenó al gobernador de Buenos Aires, Ildefonso de Valdés e Inclán, que atacara y expulsara a los portugueses de Colonia de Sacramento⁸⁹. El sargento mayor Baltasar García Ros sitió la plaza durante varios meses con la ayuda de 4000 indígenas guaraníes aportados por los jesuitas, y con otras tropas llegadas de Corrientes y Tucumán, rindiendo a su gobernador Veiga Cabral después de un sitio de más de cinco meses, apresando varios navíos, incendiando la ciudad y demoliendo sus fortificaciones⁹⁰.

Durante el año 1705, el frente Mediterráneo ocupó la mayor atención y los esfuerzos de Felipe V, que tuvo que concentrar sus tropas en Gibraltar – la que no pudo ser retomada tras varios meses de sitio, habiendo recibido refuerzos de Portugal⁹¹ – y en el este peninsular sobre todo, donde la situación se le tornó crítica. Barcelona fue sitiada y conquistada por los aliados en presencia del archiduque Carlos – que había abandonado Lisboa – ocupando poco después la ciudad de Valencia. A todo lo anterior se le unió la pésima situación de sus intereses en Flandes e Italia⁹². Pero el frente occidental fue el que causó más terribles quebraderos de cabeza a Felipe V, puesto que los aliados se pertrecharon para iniciar otra ofensiva para invadir Castilla y tratar de llegar a Madrid. Francia envió a la frontera portuguesa más tropas al mando del duque de Berwick, aunque el desequilibrio entre aliados y bor-

⁸⁸ Frente a Ciudad Rodrigo, en el río Águeda, llegaron a acampar las tropas portuguesas, con el rey Pedro II y el Archiduque Carlos al frente. No se decidieron a atacar y regresaron a Lisboa, con gran enfado del rey Portugués. Un documento inédito, estudiado por Pedro Cardim, da cuenta de esta campaña: «Jornada d'El Rey Don Pedro Segundo à Beira, na companhia do Archiduque Carlos d'Austria e hum discurso a favor de daquela guerra», Academia de Ciencias de Lisboa. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española...» cit, pp. 230 y ss.

⁸⁹ FERRAND DE ALMEIDA, L., *A Colônia do Sacramento na época da Sucessão de Espanha*, Coimbra, 1973.

⁹⁰ LYNCH, J., *Bourbon Spain...* cit., p. 53.

⁹¹ FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War...* cit., p. 145.

⁹² KAMEN, H., *Philip V: The King Who Ruled Twice*, New Haven, 2001. La pérdida de Milán tuvo un fuerte impacto sobre los borbónicos, porque con ella devino la de casi toda Italia.

bónicos era aún muy grande; consideraban estos últimos que, en ese estado, no podían emprender operaciones de envergadura contra Portugal. Aprovechando esta situación, en la primavera de ese año de 1705, fueron los aliados al mando del marqués das Minas⁹³, del general inglés Gallway y del holandés Faggel, quienes lanzaron su tropas hacia los españoles, recuperando Salvaterra y Marvão, penetrando en Extremadura, conquistando Valencia de Alcántara – cuyas iglesias fueron saqueadas – y Alburquerque, y sitiando Badajoz y Ciudad Rodrigo. Badajoz tuvo que ser auxiliada por el general francés Tessé, que consiguió finalmente levantar el cerco. Los aliados tuvieron que retirarse a sus posiciones, pero la situación había cambiado: ahora eran los borbónicos los que tenían que defender la frontera con Portugal.

Y en 1706 la situación se le agravó aún más a Felipe V: de nuevo en primavera, los aliados el marqués das Minas y Gallway avanzaron desde el Alentejo sobre Alcántara, y en un avance impetuoso en el que arrollaron al marqués de Villadarias y a otros maestros de campo, tomaron Brozas, Coria, Plasencia, Almaraz, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Toledo⁹⁴. Felipe V se vio obligado a evacuar Madrid, replegándose con el duque de Berwick a Somosierra. Incontenible, el marqués das Minas entró en Madrid en junio⁹⁵ sin apenas encontrar resistencia instalándose durante cuarenta días en el palacio real. Dictó diversas resoluciones gubernativas y, contando con el apoyo de algunos miembros de la nobleza española⁹⁶, proclamó al archiduque Carlos rey de España en la plaza mayor, intitulándolo Carlos III⁹⁷, a lo que siguieron

⁹³ Antonio Luís de Sousa, mestre de campo, ya participó en la guerra contra Felipe IV en 1658. Fue gobernador y capitán general de Brasil entre 1684 y 1687. Luego fue nombrado consejero de guerra y encargado, durante la primera fase del conflicto, de la provincia de Beira. En 1704 atacó a Ronquillo en Monsanto, recuperando Salvaterra do Extremo. Nombrado gobernador de armas de Alentejo, intentó el sitio de Badajoz en 1705. Véase el interesante texto, *Terceira noticia dos gloriosos successos que tiverão as armas de S.Magestade governadas pelo Marquez das Minas, do seu Conselho de Estado, em que se da conta da tomada do Castello de Monsanto*, Imp. Valentim da Costa Deslandes, Lisboa, 1704.

⁹⁴ Ver sobre estas operaciones, MELO DE MATOS, G. de (ed.), *Comentarios de António de Couto Castelo Branco sobre as campanhas de 1706 e 1707 em Espanha*, Coimbra, 1930.

⁹⁵ Con el «grande exercito da Beira», apoyado por el conde de Atalaia y el conde de Albor, y los contingentes de Minho y Tras os Montes. Algunas fuentes refieren que estaba compuesto por más de 30.000 soldados, una cifra probablemente exagerada (dato aportado por Soares da Silva y recogido por CARDIM, P., «Portugal en la guerra...» cit., p. 249) El conde de Atalaia (Pedro Manuel de Ataíde) se detuvo en Toledo a saludar a la reina Mariana de Neoburgo, ofreciéndole los respetos del ejército portugués.

⁹⁶ John Lynch (*Bourbon Spain...* cit., p. 38 y ss) dedica varias páginas a este tema del ambiguo papel de la nobleza española en la guerra. Cita, por ejemplo, que el almirante de Castilla, Juan Luis Enríquez de Cabrera, se exilió en Lisboa con su familia y un numeroso séquito en 1702, denunciando a Felipe V como extranjero vendido a Francia y que no era sino «un virrey de su abuelo». Ver también GONZÁLEZ, M. L., *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española. El Almirante de Castilla*, Valladolid, 2007; y YUN CASALILLA, Bartolomé, *La gestión del poder. Corona y economías aristocráticas en Castilla. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, 2002.

⁹⁷ Sobre la proclamación y la estancia del marqués das Minas en Madrid, ver VIEIRA BORGES, J., *Conquista de Madrid. Portugal Faz aclamar Rei de Espanha o Archiduque Carlos de*

festejos, banquetes y comedias en honor a las tropas portuguesas. En Lisboa las celebraciones duraron semanas. Das Minas manifestó que ésta era la revancha lusitana a tantas invasiones españolas como habían sufrido en su suelo desde la época del duque de Alba, y se jactó de que, si los borbónicos no habían podido ni siquiera acercarse a Lisboa, ellos en cambio habían conquistado Madrid⁹⁸. Partiendo de la capital, el marqués das Minas incursionó hacia Guadalajara a fin de unirse a las tropas del archiduque Carlos, que había tomado Zaragoza. Aunque Carlos llegó a entrar en Madrid, el marqués das Minas tuvo que abandonar la capital poco tiempo después, ante la llegada de nuevas tropas borbónicas y del mismo Felipe V⁹⁹. Rotas sus comunicaciones con Portugal por la recuperación de Salamanca por los borbónicos, das Minas se dirigió hacia Valencia. En el levante español los portugueses manifestaron sentirse muy satisfechos, lo que produjo un número importante de desertiones entre sus filas¹⁰⁰. El marqués das Minas siguió incursionando por la zona hacia Murcia, tomando Villena y Yecla, que fueron saqueadas.

El enorme revés militar que significó la conquista de Madrid y buena parte de Castilla y el levante peninsular, produjo, al revés de lo que hasta entonces había ocurrido, que en el interior del reino castellano, ocupado por los aliados – a quienes la población vio como extranjeros ocupantes (y a muchos de ellos como «herejes protestantes») por primera vez en varios siglos¹⁰¹ – Felipe V pudiera obtener grandes apoyos, especialmente en las

Habsburgo, Lisboa, 2003; y VOLTES BOU, P., «Las dos ocupaciones de Madrid por el Archiduque Carlos de Austria», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, N.151, 1962.

⁹⁸ COXE, W., *España bajo el reinado...* cit., p. 117. Vicente Bacallar y Sanna en sus ya citados *Comentarios de la guerra de España...* (pp. 207 y ss.) se detiene en narrar los desmanes de los aliados en Madrid, salvando al marqués de Minas, de quien dice fue un gran caballero. Pedro Cardim estudia un interesante diario escrito por uno de los capellanes portugueses que acompañaron en la campaña al marqués das Minas, Fray Domingos da Conceição, titulado «Diario Bellico», conservado en la Academia de Ciencias de Lisboa. CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», cit., p. 242. En general, la estancia de los portugueses en Madrid no generó una especial animadversión a su presencia. Las fuentes señalan que los madrileños no gustaban ni de ellos ni de los franceses, a pesar de que los generales aliados llegaron a arrojar monedas portuguesas de oro a la población. Ver las fuentes ya citadas de António de Couto Castelo Branco y Tristão da Cunha de Ataíde. El diario de fray Domingos da Conceição hace hincapié en la relajación de la vida de las tropas portuguesas en Madrid, cuando indica que «a lascivia nesta corte reyna mais que em outra qualquier da Europa». CARDIM, P., cit., p. 243.

Algunas tropas portuguesas, repartidas por diversos pueblos de Castilla, tuvieron que regresar a Portugal por su propios medios, siendo entonces agredidos por la población.

¹⁰⁰ Desertiones que, en el diario ya citado del capellán Domingos da Conceição, se atribuyen al carácter y disposición de las mujeres valencianas. CARDIM, P., p. 245. Y CASTELO BRANCO, A. de Couto, *Comentarios...* cit., p. 108. En Lisboa estas tropas eran ya nombradas «el ejército de Valencia».

¹⁰¹ La tarea desde lo pulpitos contra los invasores herejes y en innumerables escritos públicos contra los extranjeros fue muy importante para ir decantando la opinión pública más que hacia la causa borbónica, en contra de los ocupantes. PÉREZ PICAZO, T., *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, Madrid, 1966.

ciudades. Así pudo organizar múltiples levadas que nutrieron sus mermados ejércitos en 1706 y 1707. Fue significativo el soporte que recibió del clero, que extendió por villas y ciudades la imagen de los aliados como enemigos del pueblo católico, invocando a una especie de cruzada religiosa contra los invasores; lo que dejaba en una difícil situación –y contradictoria– a los portugueses, que eran ahora tachados por los castellanos como «renegados de su fe»¹⁰².

En abril de 1707 las tropas borbónicas al mando de Berwick pudieron enfrentar a las del general Galway – que mandaba las portuguesas, inglesas, holandesas y alemanas, con la oposición del marqués das Minas –, y derrotarlas en Almansa¹⁰³, con lo que Felipe V reconquistó Valencia y poco después Zaragoza. Fue una victoria muy importante para su causa, pero su situación en el resto de Europa seguía siendo pésima, mientras que Luis XIV buscaba un modo de terminar con la guerra. A la par que se producía esta imprevista defección francesa, Felipe V comenzó a encontrar aún mayores apoyos en su propio reino, incluido el de la nobleza: la guerra se hacía cada vez más española. En octubre de 1707 pudo recuperar Ciudad Rodrigo¹⁰⁴, y en 1708 el marqués de Bay¹⁰⁵, que mandaba el ejército de la frontera occidental, logró reorganizar sus tropas y presentar siquiera un frente homogéneo, aunque para ello tuvo que abandonar las plazas portuguesas hasta entonces ocupadas.

En Portugal, a la muerte del rey Pedro II le sucedió en el trono João V, quien todavía puso más empeño en mantener la guerra, a pesar de las reti-

¹⁰² A pesar de que el Papa Clemente XI reconoció en 1709 y por un tiempo al archiduque Carlos como rey de España. ROI, P., *La Guerra di Successione di Spagna e la politica di Clemente XI*, Roma, 1931.

¹⁰³ Donde fueron hechos prisioneros un gran número de portugueses, encerrados en diversos castillos por el levante español o llevados a Francia. Pudieron regresar a Lisboa en 1708 y 1709. Almansa fue una batalla muy sangrienta según narran las fuentes ya citadas. Ver también, VIEIRA BORGES, «A batalla de Almansa: o sangue da afirmação de Portugal», en VV.AA., *XV Colóquio de História Militar: Portugal Militar nos séculos XVII e XVIII...* cit. Vol. II. Sobre fuentes españolas que tratan el tema de la participación portuguesa en la batalla, ver Sánchez MARTÍN, J. L., «Documentos relevantes sobre la batalla de Almansa», en *La batalla de Almansa. Un día en la historia de Europa*, Almansa, 2004. Parece que el comportamiento de la caballería portuguesa no fue el que se esperaba, alegándose para ello mil y una razones con posterioridad, entre ellas la poca disposición de la nobleza portuguesa que la mandaba y la relajación general de la disciplina existente en el ejército. Las tropas lusas que sobrevivieron fueron trasladadas al frente de Cataluña, y el marqués das Minas, aunque herido, regresado a Lisboa en 1708 y sustituido por Pedro Mascareñas de Carvalho. Sobre el recibimiento al marqués das Minas en Lisboa y sus posteriores destinos, ver MONTEIRO, N. G., «Portugal, a Guerra de Sucessão de Espanha...» cit. Se publicó un panegírico a su muerte: *Panegyrico fúnebre do excellentissimo Senhor D. Antonio Luiz de Souza, II Marquez das Minas, IV Conde do Prado*, Lisboa 1722, citado por CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión...» cit., p. 250.

¹⁰⁴ Que fue de nuevo saqueada, ahora por las tropas francesas. MARTÍN RODRIGO, R., «La Guerra de Sucesión en la frontera luso-salmantina...» cit., p. 123.

¹⁰⁵ Alexandre Maitre de Bay, Marqués de Bay. Tras la destitución de Villadarias por Felipe V, tomó el mando de la frontera de Portugal.

cencia de buena parte de la población, agotada por las levas, las hambrunas y los impuestos¹⁰⁶: la guerra estaba dejando de ser popular en Portugal. De todas formas, las tropas aliadas realizaron un nuevo ataque contra Valencia de Alcántara, que esta vez logró resistirlo. En 1709 Gallway intentó otro avance sobre Madrid por Badajoz, pero el general Bay organizó una contraofensiva derrotando a los portugueses en Campo Mayor, junto al río Caya, mandados por el marqués da Fronteira. Una derrota que en Lisboa sintieron como una repetición de Almansa, porque de nuevo la nobleza portuguesa, que mandaba la caballería, huyó en mitad del combate, mientras los soldados de a pie les insultaban y apedreaban, mostrando el tenso ambiente que se respiraba en el seno del ejército portugués, cada vez peor equipado, armado y pagado¹⁰⁷.

En 1710 los aliados volvieron a la ofensiva en Cataluña, incluyendo a las tropas portuguesas que seguían combatiendo en aquel frente, unas bajo mando británico, otras a las órdenes del conde de Atalaia. Hacia allá envió Felipe V a Bay con sus regimientos franceses aunque sucesivas derrotas en Aragón (Almenara y Zaragoza) obligaron al monarca borbón a abandonar de nuevo Madrid, donde entró por segunda vez el archiduque Carlos en septiembre con las tropas portuguesas al mando del conde de Atalaia. Éste ocupó de nuevo Toledo¹⁰⁸ e incluso, haciendo un esfuerzo extraordinario llegó hasta Trujillo, esperando desesperadamente refuerzos desde Portugal. Un reducido cuerpo de ejército, al mando del conde de Vila Verde, salió del Alenteio en su procura, entrando en España por Barcarrota, pero en vez de dirigirse hacia el norte lo hizo hacia el sur, llegando hasta Jerez de los Caballeros. Desde allí se retiró a Olivença sin haber logrado nada, perdiendo una gran oportunidad de haber enlazado con Atalaia, pero demostrando la pésima situación de las tropas españolas, también muy desgastadas.

Ante lo que parecía ser la irremediable capitulación de su nieto, Luis XIV volvió a implicarse en la guerra y envió al duque de Vendôme (Luis José de Borbón, que había mandado las tropas francesas en Italia y Flandes) con más tropas, siendo nombrado general en jefe del ejército borbónico. Vendôme reconquistó Aragón y liberó la presión sobre Madrid, con lo que el marqués de Bay pudo volver al frente de Extremadura con la misión de impedir que, desde Lisboa, ayudasen a las tropas portuguesas situadas en el centro de la península¹⁰⁹.

¹⁰⁶ Sentimiento existente en las poblaciones de ambos lados de la frontera.

¹⁰⁷ CUNHA DE ATAÍDE, T. de, *Memorias históricas...* cit., pp. 216 y ss. Es interesante señalar que eran los británicos y los holandeses los que surtían de trigo a Portugal, consiguiendo a cambio introducir muchas mercaderías en las flotas del Brasil. Id., 227.

¹⁰⁸ Que estuvo a punto de ser incendiada por unas tropas famélicas y sin paga desde hacía meses. FRANCIS, A. D., *The First Peninsular War...* cit., p. 315.

¹⁰⁹ La ofensiva, al mando de Marlborough, nunca se realizó porque en Portugal era casi imposible hallar nuevos refuerzos, y porque la impopularidad de la guerra entre las gentes de los pueblos de la frontera era cada vez mayor.

El mismo Felipe V acudió de nuevo con el conde de Aguilar a la frontera portuguesa, mientras Vendôme controlaba desde Almaraz toda la región. Carlos abandonó Madrid en noviembre, entrando Felipe V de nuevo en la capital. Tras la batalla de Villaviciosa (Guadalajara, diciembre de 1710) donde Vendôme derrotó a los aliados, fueron enviadas más tropas a Extremadura para fortalecer la raya, mientras al otro lado del mundo los franceses atacaban Río de Janeiro¹¹⁰. Así permaneció la situación durante 1711, cada ejército guardando sus reductos en la frontera, aunque con las operaciones reducidas al mínimo, hastiados ambos contendientes de una guerra tan larga y tan sin salida. Miranda de Duero fue ocupada por los portugueses (quedaría ya como puesto fronterizo) y Bay lo único que pudo hacer fue fortificar sus posiciones e impedir nuevas operaciones de los aliados en ese frente.

En Utrecht se selló la paz en 1713 y los ejércitos fueron poco a poco regresando a sus localidades de origen¹¹¹. Pero en lo referente a Portugal los

¹¹⁰ Este año de 1710 el escenario de la guerra se extendió también al Brasil, cuando Río de Janeiro fue atacada por corsarios franceses enviados por el Luis XIV. Aunque inicialmente pudieron ser derrotados por los defensores (*Relaçam da vitoria que os portugueses alcançaram no Rio de Janeiro contra os franceses em 19 de setembro de 1710*, Antonio Pedroso Galvão, Imp., Lisboa, 1711) la armada de René Duguay-Trouin consiguió tomar la ciudad y saquearla en 1711 obteniendo un sustancioso rescate (más de seiscientos mil cruzados de oro) después de haber atacado las islas Açores y de Cabo Verde. Ver DUGUAY-THOUIN, R., *Mémoires, augmentés de son éloge par M. Thomas*, Imprimerie privilégie, Rouen, 1779. Al respecto también, BICALHO, M. F., *A Cidade e o Império. Rio de Janeiro no século XVIII*, Río de Janeiro, 2003, capítulo 9. Para los ataques a Açores, a la isla de São Jorge y las ciudades de Velas e Calheta, RODRIGUES, J. D., «Das Ilhas ao Atlântico Sul: a política ultramarina e a emigração açoriana para o Brasil no reinado de D. João V», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 59 y ss. La participación portuguesa en la guerra de sucesión española tuvo igualmente notables repercusiones en sus colonias del Brasil: fueron años turbulentos y difíciles, caracterizados por la existencia de manifestaciones de insurgencia violenta por parte de algunos colectivos en diversas regiones, como por ejemplo «a Guerra dos Emboadas» en Minas (1707-1709), «a Guerra dos Mascates» en Pernambuco (1709 y 1711) y «o Motim do Maneta» en Bahía (1711). Ver SOUZA, L. de M., «A conjuntura crítica no mundo luso-brasileño de inícios do século XVIII», en *O Sol e a Sombra*, São Paulo, 2006, pp. 80 y ss., y CABRAL DE MELO, E., *A fronda dos Mazombos. Nobres contra Mascates: Pernambuco, 1666-1715*, São Paulo, 1995. Después de tales revueltas, como indican algunos autores, la política portuguesa se caracterizó por la adopción de mayores medidas de control en ultramar. Entre otros, BICALHO, M. F., «Inflexões na política imperial no reinado de D. João V», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8, 2007, pp. 46 y ss.; y BICALHO, M. F. y FERLINI, V. L. A. (eds.), *Modos de governar. Idéias e práticas no império português, séculos XVI-XIX*, São Paulo, 2005, pp. 179 y ss. Política que cobró más cuerpo y presencia conforme las riquezas auríferas de Minas Gerais hicieron más jugosas las incursiones de navíos enemigos en las costas brasileñas y portuguesas. Tras estas revueltas y motines, al «peligro exterior» se sumó ahora al «peligro interior». CORTESÃO, J., *O Tratado de Madrid*, Brasília, 2001, pp. 270 y ss. En la búsqueda de esta eficiencia, o para mejorar la gestión, se creó en 1736 la Secretaria de Estado dos Negócios da Marinha e do Ultramar.

¹¹¹ Los franceses salieron por el Pirineo y algunos embarcaron en el mediterráneo hacia Provenza. Los británicos, salieron por Gibraltar, y los portugueses que estaban en Cataluña y Aragón por fin pudieron volver a su tierra cruzando España, siendo bastante mal mirados en el trayecto. CUNHA DE ATAÍDE, T. de, *Memórias históricas...* cit., pp. 243 y ss. El conde de Atalaia continuó al servicio del archiduque Carlos, terminando sus días en Viena después de haber sido virrey de Cerdeña. CARDIM, P., «Portugal en la guerra...» cit., p. 253.

acuerdos se establecieron en un tratado especial firmado también en Utrecht en febrero de 1715; un acuerdo rubricado por el Duque de Osuna y los plenipotenciarios de João V de Portugal el conde de Tarouca y el comendador de Santa María de Almendra¹¹². La inicial posición portuguesa establecía la necesidad de compensar los sacrificios del reino en tan prolongada guerra con la cesión de varios territorios extremeños (entre ellos Badajoz) o con la entrega de una ría gallega; los españoles en cambio ofrecieron una compensación económica¹¹³. Al final se resolvió que la frontera hispano-portuguesa volvería a la situación anterior al conflicto y que los españoles devolverían Colonia de Sacramento. Esto último se hizo efectivo en 1716, cuando el gobernador de Buenos Aires Baltasar García Ríos la entregó al maestre de campo portugués Manuel Gomes Barbosa, aunque aclarándole que, según el tratado, su jurisdicción territorial no podría alcanzar más allá de la distancia de un tiro de cañón¹¹⁴.

Los roces en la región del Plata no terminaron con el tratado porque no éste se cumplió en su último extremo, dado que Colonia se transformó en un centro comercial, agrícola y ganadero de importancia¹¹⁵, con más de 1000 habitantes que no respetaron los límites convenidos. Según una Relación anónima escrita en Montevideo en 1794 y en la que se hace una especie de racconto de los «múltiples insultos y agresiones padecidos de la mano de los portugueses desde hace años»¹¹⁶, en 1723 los colonos portugueses bajo el gobierno de Antônio Pedro Vasconcelos avanzaron aún más y ocuparon la península y cerro de Montevideo, bastantes kilómetros al este de Colonia, por lo que el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zavala recibió órdenes de impedir un nuevo asentamiento de Portugal en la región¹¹⁷. Al año siguiente, el comandante de Dragones de Buenos Aires, Alonso de la Vega, sitió el cerro montevideano y expulsó a los colonos portugueses, decidiéndose entonces la fundación española de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo¹¹⁸.

¹¹² CASTRO, J. Ferreira Borges de (ed.), *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente*, Lisboa, 1856; MONTEIRO, N. G. F., «Identificação da política setecentista. Nota sobre Portugal no início do período joanino», en *Análise Social*, N.35, 2001.

¹¹³ Véase al respecto un clásico con mucha información documental, Courcy, marqués de, *L'Espagne après la Paix d'Utrecht, 1713-1715*, París, 1891.

¹¹⁴ MONTEIRO, J. da C. do Rego, *A Colônia do Sacramento. 1680-1777*, Portoalegre, 1937.

¹¹⁵ SOUZA, L. de M. y BICALHO, M. F. B., *1680-1720. O império deste mundo*, São Paulo, 2000. Ver también POSSAMAI, P., *A vida quotidiana na Colônia do Sacramento. Um bastião português em terras do futuro Uruguay*, Lisboa, 2006; KÜHN, F., «Uma fronteira do Império...» cit., pp. 106 y ss.

¹¹⁶ MARTÍNEZ DÍAZ, N. (ed.), (Anónimo) *Noticias sobre el Río de la Plata: Montevideo en el S. XVIII*, Madrid, 1988. Otra fuente de la época muy interesante para este tema es AZARA, F., *Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata (1801)*, Buenos Aires, 1953.

¹¹⁷ GONZÁLEZ ARIOSTO, D., *Diario de Bruno de Zavala sobre su expedición a Montevideo*, Montevideo, 1950.

¹¹⁸ LUQUE AZCONA, E., *Ciudad y poder: la construcción material y simbólica del Montevideo colonial. 1723-1810*, Sevilla, 2007; AZAROSA GIL, E., *Los orígenes de Montevideo. 1607-1749*, Buenos Aires, 1933.

En 1735, y una vez más, Colonia fue motivo de nuevos enfrentamientos, con los intereses de Inglaterra de por medio. Siguiendo la relación anónima arriba citada, «era mucho el despotismo de los portugueses a la sombra de la cesión de soberanía, los que, no satisfechos de disfrutar bajo este velo, pretendieron tomar la entrada del río». Al parecer, los vecinos bonaerenses no podían soportar más «la repetición de sus insultos, la frecuencia de los robos y las manifiestas hostilidades que sufrió la nación por parte de aquellos extranjeros en su misma casa»¹¹⁹. Colonia era ahora una plaza fuerte de importancia, muy bien fortificada, artillada y guarnecida, al mando del maestro de campo Vasconcelos, quien había tejido una tupida red de intereses económicos y mercantiles desde Río a Buenos Aires¹²⁰. El ministro español José Patiño, utilizando un incidente diplomático sucedido en Madrid en 1735, ordenó al gobernador de Buenos Aires Miguel de Salcedo que atacara y sitiara la plaza, lo que efectuó con una poderosa fuerza de 4000 combatientes entre indígenas y soldados porteños más varios buques de combate. Los portugueses también reforzaron la defensa con otros navíos. Tras varios meses de combates, se suspendieron las hostilidades por el convenio de París de 1737¹²¹, que obligaba a las dos partes a conservar las posiciones «en el actual estado», con lo que, anota la relación anónima, Salcedo hubo de contentarse «con haber restaurado los terrenos usurpados en aquellas comarcas y con estorbar las correrías con que habían ahuyentado el ganado y destruido las haciendas de los españoles». La situación entre las dos Coronas siguió manteniéndose en una tensa espera.

Una espera que aprovecharon ambas monarquías para reforzar sus defensas también en la península. Así, Portugal fortificó extraordinariamente las principales ciudades, localidades y atalayas de la frontera peninsular y aún algunas del interior¹²² – al estado en que casi tienen en nuestros días – siguiendo el sistema Vauban¹²³ – difundido primero desde el «Aula de

¹¹⁹ *Noticias sobre el Río de la Plata...* cit., pp. 56-57.

¹²⁰ Otro testimonio de la época, esta vez del lado portugués, es el de Simão Pereira de Sá, escrito en 1737, *História Topográfica e bélica da nova Colônia do Sacramento do Rio da Prata*, Portalegre, 1993.

¹²¹ BETHENCOURT MASSIEU, A., «La ruptura hispano-lusitana de 1735 y la convención de París de 1737», en *Hispania*, N.79, 1965.

¹²² MOREIRA, R., «Arquitectura militar do Renascimento em Portugal», en *A introdução da arte renacentista na Península Ibérica*, Coimbra, 1981. La influencia italiana en la arquitectura militar portuguesa durante el S. XVI fue sustituida por la flamenca y, sobre todo, por la francesa a fines del S. XVII.

¹²³ VAUBAN, S. le P., *Mémoire pour servir d'instruction dans le conduit des sièges et dans la défense des places*, Leiden, 1740. Algunos ingenieros franceses entraron al servicio del rey de Portugal a finales del S. XVII y aplicaron el modelo de su maestro. GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Territorio y fortificación...* cit., p. 76. Así, es interesante señalar que durante la guerra por la sucesión española hubo ingenieros franceses en los dos ejércitos enfrentados. Y continuarían a lo largo del XVIII, tanto en la península como en América, sobre todo en Brasil y Río de la Plata.

Architectura do Paço da Ribeira»¹²⁴, que contenía desde antiguo un Aula de Fortificação¹²⁵, y luego en la Academia Militar das Fortificações de Lisboa de los años 40¹²⁶ – o reformando algunas obras anteriores: desde Galicia hasta Villa Real de Santo Antonio, una tarea inmensa. El número de ingenieros que participaron en estas tareas integran igualmente una nómina importante¹²⁷. Por su parte los españoles también implementaron un plan de fortificaciones, construyendo cuarteles para alojar a la tropa cuando fuera necesario desarrollar una nueva invasión (como puede observarse, la estrategia de ambas monarquías seguía siendo la misma, una defensiva y la otra claramente ofensiva). Se realizaron diversas obras en 1735 y 1740 en la frontera por Extremadura, diseñadas por el ingeniero Juan Bernardo Frosne; en Andalucía por Antonio Gover, mientras Jerónimo Amici e Ignacio de Sala trabajaban en Huelva fortificando desde Ayamonte hasta Sanlúcar de Guadiana; y en Galicia, los ingenieros Francisco de Montaigne de la Perille, Miguel Marín y Carlos Lemaury levantaron asimismo diversas construcciones militares¹²⁸.

¹²⁴ Donde se tradujeron y manejaron obras clásicas francesas, como la de DE VILLE, *O governador das Praças* (Lisboa, 1708) o se imprimieron los manuales al uso sobre esta materia durante el periodo, como el de Luis Serrão PIMENTEL, *Methodo lusitanico*, Lisboa, 1680, y *O Engenheiro Portuguez: dividido em dous tratados*, de Manuel de Azevedo FORTES, en 1728.

¹²⁵ VARELA GOMES, P., *A cultura arquitectónica e artística em Portugal no século XVIII*, Lisboa, 1988.

¹²⁶ A esta academia siguieron otras en Viana do Castelo, Elvas y Almeida. De ellas salieron notables ingenieros como Rolim de Moura y Luis de Albuquerque (luego gobernadores de Mato Grosso), Silva Pais, Ribeiro Coutinho, Custódio de Sá y Faria, José Saldanha... en GUEDES, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*, Lisboa, 1997, p. 27. Ver también BUENO, B. S., «A iconografia dos engenheiros militares no século XVIII: instrumentos de conhecimento e controlo do território», en *O universo urbanístico português, 1415-1822*, Lisboa, 1998.

¹²⁷ SOUZA, V., *Diccionario histórico e documental de architectos, engenheiros e constructores*, Lisboa, 1899 (ed. facsimilar, Lisboa, 1988). Algunos de ellos pasaron a América, donde realizaron numerosas obras militares en las principales ciudades (Salvador, Río, Recife...) y también obras civiles e incluso religiosas en los años 30 y 40, como los ingenieros José Cardoso Ramalho en Río o Manuel Cardoso de Saldanha, encargado del montaje de la iglesia de Nossa Senhora da Praia de Salvador, traída piedra a piedra desde Portugal. GUTIÉRREZ, R., *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, 1983, p. 199. En 1738 se creó en Río de Janeiro una escuela donde se enseñaba fortificación, a cargo del ingeniero José Fernandes Pinto de Alpoim. Id., p. 319. Datos sobre este ingeniero en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional. Os trabalhos demarcadores das partidas do sul e sua produção cartográfica, 1749-1761*, Lisboa, 2001, pp. 237 y ss.

¹²⁸ SOLANO Y PÉREZ LILA, F., «Los orígenes de los reales ejércitos...» cit. Sobre obras en el periodo y en la frontera, GALLAND SEGUELA, M., *Les Ingénieurs Militaires espagnols de 1710 a 1803*, Madrid, 2008; CAPEL, H., SÁNCHEZ, J. E. y MONCADA, O., *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el S. XVIII*, Madrid, 1988; DE LA FLOR, F. R., «Los proyectos de fortificación de Ciudad Rodrigo», en *Revista de historia Militar*, N.º 58, 1989; RODRÍGUEZ VILLASANTE, J., *Historia y tipologías arquitectónicas de las defensas de Galicia*, Coruña, 1984; SARALUCE BLOND, J. R., *Castillos y fortificaciones de Galicia*, Coruña, 1985; MARZAL MARTÍNEZ, A., «Notas sobre la arquitectura militar dieciochesca en Andalucía. Cuarteles», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Vol. II, Córdoba, 1978; BONET

Las décadas siguientes se caracterizaron por el enfriamiento de la actividad bélica entre ambas monarquías, debido sobre todo a los efectos de la política de mutuos enlaces matrimoniales que realizaron las dos dinastías, y a la influencia que ambas esposas (primero princesas, luego reinas) ejercieron en sus cortes respectivas. El príncipe español Fernando (el futuro Fernando VI) casó en 1729 con la princesa de Portugal Bárbara de Braganza, hija de Juan V, que llegaría a ser reina de España en 1746; y el príncipe José (el futuro José I), con la princesa española María AnaVictoria de Borbón, hija de Felipe V, que sería reina de Portugal en 1750¹²⁹. Ambas princesas fueron intercambiadas en el río Caya en 1729. Eso significó que entre 1750 y 1758, rigieron a la vez dos reinas –una portuguesa en Madrid y otra española en Lisboa – que desplegaron favores y asistencias para aquietar viejos fuegos no extinguidos entre ambas coronas.

Durante el reinado de Felipe V¹³⁰, y aparentemente olvidada la guerra mantenida contra Portugal durante la primera década del siglo, el matrimonio del príncipe Fernando con Bárbara de Braganza avicinó en la corte madrileña a un buen número de consejeros y hombres de confianza de la princesa, el conocido como «partido portugués»¹³¹; grupo que entró en conflicto rápidamente con el otro círculo de influencias, el italiano, mucho más poderoso, que se desenvolvía en torno a la reina Isabel de Farnesio y que logró involucrar a la monarquía española, defendiendo sus intereses corporativos, en todas las guerras de Italia hasta la muerte de Felipe V¹³². Eso liberó presión sobre la corte de Lisboa, aunque durante la guerra de Sucesión Austriaca (que en América tuvo una gran importancia a partir de 1739, cuando se sucedieron múltiples ataques británicos contra los puertos españoles¹³³) el gobierno de Madrid, dominado por Farnesio, consideró a Portugal

CORREA, A., *Cartografía militar de Plazas fuertes y ciudades españolas. S. XVIII-XIX*, Madrid, 1991; y GUTIÉRREZ, R. y ESTERAS, C., *Arquitectura y fortificación. De la ilustración a la Independencia americana*, Madrid, 1993.

¹²⁹ De la que existe un interesante retrato de Nicolás de Largillière en el Museo del Prado, cuando fue enviada con ocho años a Francia tras una tentativa de matrimonio con el delfín francés.

¹³⁰ BERGAMINI, J. D., *The Spanish Bourbon: The History of a Tenacious Dynasty*, Nueva York, 1974.

¹³¹ LYNCH, J., *The Bourbon Spain...* cit., p. 92.

¹³² ANDRES, M. S., *Eighteenth Century Europe, 1713-1789*, Londres, 1961, pp. 20 y ss. Sobre la influencia de Isabel de Farnesio y su equipo italiano en la política española, PÉREZ SAMPER, M. A., *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003; MELANDRERAS GIMENO, M. C., *Las campañas de Italia durante los años 1743-1748*, Murcia, 1987. Para la influencia italiana en relación con América y Portugal, KUETHE, A. J., «The Colonial Commercial Policy of Philip V and the Atlantic World», en PIPER, R. y SCHMIDT, P. (ed.), *Latin American and the Atlantic World (1500-1850)*, Colonia-Viena, 2005; Id., «La política colonial de Felipe V y el proyecto de 1720», en *Orbis incognitus. Avisos y legajos del Nuevo Mundo*, Huelva, 2005.

¹³³ PARES, Richard, *War and Trade in the West Indians, 1739-1763*, Londres, 1963; y WALKER, G. J., *Spanish Politics and Imperial Trade, 1700-1789*, Bloomington, 1979. Sobre los ataques británicos a Portobelo, Cartagena, Puerto Cabello y la isla de Cuba, MARCHENA F., J., *La institución militar en Cartagena de Indias en el S.XVIII*, Sevilla, 1982.

(por su alianza con Inglaterra desde el tratado de Methuen) un sólida base del enemigo¹³⁴; a lo que se unió la presión que desde el Brasil se ejercía hacia el sur, especialmente con las actividades inglesas en el Río de la Plata por Colonia de Sacramento¹³⁵.

Pero, como era de preverse, a la llegada al trono de Fernando VI (1746) las cosas cambiaron respecto a Portugal. El nuevo monarca intentó por todos los medios mantener una neutralidad activa en los conflictos europeos¹³⁶, y basó esta posición en asegurarse que el reino lusitano se comportaría del mismo modo. Escribió a su embajador Macanaz refiriéndose a los errores de su padre en política exterior: «Todos los ajustes hechos, todas las expediciones, tuvieron por objeto un fin contrario al bien de mis dominios, de suerte que para manejarlos hoy, según las obligaciones de rey y padre de mis vasallos, es preciso mudar directamente la política»¹³⁷. La influencia en la política del reino ejercida por su esposa Bárbara de Braganza fue más que significativa, dirigida especialmente a evitar que los conflictos internacionales afectaran a las relaciones con Portugal¹³⁸. El rey Fernando envió sustanciosas ayudas (aunque mal encaminadas) a Lisboa tras el terremoto que asoló la ciudad, pero, lo más importante, encargó a José de Carvajal y Lancaster, su ministro más convencido de esta política de neutralidad¹³⁹, que llevara adelante la firma de un tratado con Portugal para normalizar las relaciones. Este fue el Tratado de Madrid de 1750, firmado por Carvajal y el vizconde de Silva y Téllez por parte portuguesa, bajo la dirección de Alexandre de Guzmão¹⁴⁰; un convenio de límites por el cual Portugal renunciaba a la Colonia de Sacramento y a la libre navegación por el Río de la Plata a cambio de dos zonas, una en el interior amazónico¹⁴¹ y otra en el sur

¹³⁴ MARCHENA F., J., «De la guerra antigua a la guerra moderna: reformas militares y navales en el Caribe durante la primera mitad del S. XVIII», en LAVALLE, B. (coord.), *El primer reformismo borbónico en América*, Madrid, 2010.

¹³⁵ Sobre los problemas internacionales de Felipe V y sus relaciones con Inglaterra, Portugal y Sacramento, BETHENCOURT MASSIEU, A., *Patiño en la política internacional de Felipe V*, Valladolid, 1954; ID., *Relaciones internacionales de España bajo Felipe V*, Valladolid, 1998.

¹³⁶ OZANAM, D., «La política exterior de España en tiempos de Felipe V y de Fernando VI. Los instrumentos de la política exterior. La diplomacia. La marina. El ejército», en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, T. XXIX, Vol. I., Madrid, 1985.

¹³⁷ Citado por DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el S. XVIII español*, Madrid, 1976, p. 281.

¹³⁸ LYNCH, *The Bourbon Spain...* cit. p. 158, y GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «Viejo y nuevo estilo político en la corte de Fernando VI», en *Eidos*, N.4, 1957.

¹³⁹ GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del S. XVIII», en *Hispania*, N.58, 1955. Y DELGADO BARRADO, J. M. y GÓMEZ URDAÑEZ, J. L. (coord.), *Los ministros de Fernando VI*, Córdoba, 2002.

¹⁴⁰ CORTESÃO, J., *Alexandre de Guzmão e o Tratado de Madrid*, Río de Janeiro, 1956; y FERRAND DE ALMEIDA, L., *Alexandre Guzmão, o Brasil e o Tratado de Madrid, 1735-1750*, Coimbra, 1990.

¹⁴¹ «Todo o que ocupava na margem e sertão setentrional no rio Negro». ID., p. 231.

brasileño, en la orilla oriental del río Uruguay y en el interior paraguayo¹⁴². Debido a ello este convenio fue conocido también como Tratado de Permuta. En realidad, con tal de recuperar Sacramento y evitar el contrabando masivo que por allí se realizaba, la corona española acabó cediendo a Portugal más dos tercios sobre territorio brasileño que hasta entonces poseía jurídicamente¹⁴³, pero con él se intentaba también que las colonias americanas, vitales para ambos reinos, quedaran salvaguardadas de un conflicto secular al que, como se observa, no se daba definitivamente por zanjado a pesar de las influencias regias. Así, en los puntos 21 y 25 se insistía en que, «si se llegara a romper la guerra entre las dos Coronas, se mantengan en paz los vasallos de ambas establecidos en toda América Meridional, viviendo unos y otros como si no hubiere guerra».

Alexandre de Gusmão, el gran operador del tratado, aclaraba que éste había sido posible gracias a que, en Madrid, la reina era portuguesa: «Não faltará quem diga que toda esta mudança se deve a estar a senhora rainha católica em tanto e tão bem merecida aceitação de El-Rei seu marido. Certo é que se não fosse a presença e autoridade daquela grande princesa, não teríamos as portas abertas para expor e fazer ponderar, com a devida reflexão, as razões que nos assistem»¹⁴⁴.

Para establecer y delimitar las fronteras, se creó una Comisión de Límites, formada por militares y geógrafos de ambas coronas, que debía demarcar y amojonar las nuevas fronteras; una comisión que emprendió la difícil tarea de recorrer las regiones en litigio (divididas en las llamadas «partidas», o zonas de estudio¹⁴⁵) trazar mapas y dar a conocer en las cortes respectivas la geografía de aquellos perdidos territorios «tan alejados de las reales manos»¹⁴⁶:

¹⁴² «Desde sua foz na margem e sertão oriental do rio Uruguai, como também na margem e sertão oriental do rio Pepiri, que desagua no dito rio». ID., p. 231. Dos estudios clásicos sobre este tratado, por parte española y portuguesa: CANTILLO, Alejandro del, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día. Puesto en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones*, Madrid, 1843; y CASTRO, J. Ferreira Borges de (ed.), *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos públicos celebrados entre a coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente*, Lisboa, 1856.

¹⁴³ Un tratado que conformó buena parte de la realidad geográfica brasileña. Por su importancia, ver el trabajo ya citado de FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional...* cit.

¹⁴⁴ Guedes, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 29.

¹⁴⁵ Las «partidas do sul» son estudiadas en profundidad por FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp.177 y ss.

¹⁴⁶ La cartografía de la región se hizo muy abundante a partir de estas fechas, toda vez que ambos gobiernos tomaron conciencia de su importancia geopolítica. Existe una magnífica edición, resultado de una exposición realizada en Lisboa en 1997 en el ámbito del XVII Congreso Internacional de Historia de la Cartografía, cuyo catálogo, prologado por António Manuel Hespanha y Joaquim Romero Magalhães, es bastante completo, útil y significativo: *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit. Ver también por su exhaustividad, FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., especialmente el último capítulo y los apéndices. Junto con esta cartografía se realizaron numerosas descripciones de la región. Una compilación de

«Comissários inteligentes, os quais, visitando toda a raia que fica apontada, concordemente ajustem, com a maior distinção e clareza, por onde há de correr a demarcação em vigor do que se expressa neste tratado»¹⁴⁷.

Como se preveía, el tratado de 1750 fue de difícil aplicación, demostrándose enseguida la escasa sensibilidad que ambas coronas tenían sobre «sus dominios» y menos aún sobre sus «súbditos» («o gentío») del otro lado del océano. Por una de sus cláusulas, siete misiones jesuíticas asentadas en la zona ahora portuguesa (más de 30.000 personas) debían ser removidas y obligadas a trasladarse a la nueva demarcación española¹⁴⁸, aunque algunos de los pueblos guaraníes se negaron a abandonar sus territorios ancestrales decidiendo quedarse y rechazar a los bandeirantes paulistas que tradicionalmente actuaban contra ellos como cazadores de esclavos¹⁴⁹. En ambas cortes se decidió entonces la expulsión por la fuerza de las misiones que se resistieran (tan grande era el deseo de Madrid de aplicar el tratado y recuperar Sacramento). Para ello se organizó una doble expedición militar de tropas españolas y portuguesas a la que los guaraníes, armados y mandados por algunos jesuitas, rechazaron por dos veces en 1754, con el cacique José (Sepé) Tiarajú al frente. Fue la llamada Guerra Guaranítica (1752-56)¹⁵⁰. Quince meses después, nuevas tropas veteranas enviadas desde Buenos Aires y Río de Janeiro, con órdenes más expeditivas y operando de forma conjunta (por primera vez en más de un siglo) ocuparon definitivamente la región, produciendo una gran matanza entre los indígenas¹⁵¹ en la batalla de Caibaté y matando al cacique Sepé. La expedición española la mandaba el Marqués de Valdelirios, y Gomes Freire de Andrade la portuguesa, aunque las tropas españolas las capitaneó el gobernador de Buenos Aires José de Andonaegui¹⁵².

las mismas, realizada por la Real Academia de Ciencias de Portugal, en *Colecção de noticias para história e geografia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portugueses, ou lhe são vizinhas*, Lisboa, 1826.

¹⁴⁷ CORTESÃO, J., *Alexandre de Guzmão e o Tratado de Madrid...* cit., p. 240.

¹⁴⁸ MÖRNER, M., *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1968, pp. 60 y ss; y GUEDES, M. J., «A cartografia da delimitação das fronteiras do Brasil no século XVIII», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., pp. 33 y ss.

¹⁴⁹ A pesar de que el ministro Pombal quiso asegurarles por varias vías que serían tratados como «vassallos» del rey portugués, ofreciéndoles todo tipo de garantías, evitando así que las nuevas tierras que ahora serían de Portugal quedasen vacías. Ver al respecto DOMINGUES, A., *Quando os índios eram vassallos. Colonização e relações de poder no norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, 2000; y GARCÍA, E. F., «De inimigos a aliados: como parte dos missionários repensou o seu passado de conflitos com os portugueses no contexto das tentativas de demarcação do Tratado de Madri», en *Anais de História de Além-Mar*, N.8. 2007.

¹⁵⁰ Una excelente compilación de trabajos y testimonios en GOLIN, T., *A guerra guaranítica: como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os Sete Povos dos jesuitas e índios guaranis no Rio Grande do Sul*, Passo Fundo, 1999.

¹⁵¹ KRATZ, Guillermo, *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*, Roma, 1954.

¹⁵² Estas expediciones dejaron una importante huella documental. Por parte española, el

Como se dijo, a poco de firmarse el tratado vino a comprobarse que el convenio no gustaba a ninguna de las dos partes: ni a la española, porque consideraban que se cedía mucho territorio al Brasil portugués, y porque los jesuitas españoles (entre ellos el padre Rávago, confesor real) clamaban contra la carnicería que habían realizado las tropas con los guaraníes; ni a la parte portuguesa, porque Pombal – azuzado por los ingleses – no se conformaba con la pérdida del comercio por Colonia de Sacramento¹⁵³. Tanto es así que, alegando cuestiones técnicas, Colonia no fue devuelta a la jurisdicción española, demorándose año tras año su entrega definitiva. Además, teniendo en cuenta el aumento de las exploraciones en busca de oro en la región amazónica, tanto de españoles como de colonos paulistas, y a fin de cerrar las vías de penetración hispano-andina desde el territorio de Charcas (la actual Bolivia) así como para evitar la cada vez mayor presencia de los jesuitas españoles y sus misiones en el interior brasileño por los afluentes del río Guaporé (también llamado Iténes), Pombal creó la capitanía de Mato Grosso, nombrando como su primer gobernador y capitán general a Antônio Rolim de Moura Tavares, que fundó Vila Bela da Santíssima Trindade a orillas del Guaporé, pasando a ser sede de la capitanía¹⁵⁴. La frontera interior entre las dos coronas se hallaba ya por tanto, en esta zona y por estas fechas, bastante poblada por colonos y misioneros¹⁵⁵.

También fue fundada en la costa atlántica la ciudad de Portalegre en 1752, mientras los colonos portugueses que huyeron de Colonia de Sacramento tras el último ataque y sitio español se instalaban en São Pedro de Rio Grande desde 1737, bajo la dirección del ingeniero Silva Pais¹⁵⁶, y aún otros en el área de Laguna¹⁵⁷. La zona costera fue también repoblada con campesinos traídos de Azores para habitar aquella desamparada región¹⁵⁸, y

expediente se halla en el Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Buenos Aires, 535: «Diario de las operaciones realizadas por el gobernador de Buenos Aires, el coronel José de Andonaegui, 1756». Por parte portuguesa, véase el diario de Freire de Andrade en CUNHA, J. R. da, «Diário da expedição de Gomes Freire de Andrade às Missões do Uruguay», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, N.10, 1894; y el del ingeniero portugués José Custódio de Sá e Faria, que participó en la campaña, «Diário da expedição e demarcação da América meridional e das campanhas das missões do rio Uruguay, 1750-1761», en GOLIN, T., *A guerra guaraníca...* cit., p. 333 y ss. Por parte jesuítica también existe un diario: HENIS, P. T. X., *Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraníes situados en la costa oriental del río Uruguay, del año de 1754*, Alicante, 2002. Y un excelente mapa español con la ruta de la expedición del coronel Andonaegui hasta los Siete Pueblos, de 1756, en el Museo Naval de Madrid, Map. 41.

¹⁵³ MENDONÇA, M. C. de, *O Marquês de Pombal e o Brasil*, São Paulo, 1960; CARVALHO SANTOS, M. H. (ed.), *Pombal Revisitado*, Lisboa 1984; y especialmente MONTEIRO, N. G., *D. José. Na sombra de Pombal*, Lisboa, 2006.

¹⁵⁴ ALDEN, D., *Colonial Roots of Modern Brasil*, Londres, 1973.

¹⁵⁵ Agradezco a João Antonio Botelho Lucidio, de la Universidad Federal de Mato Grosso, las referencias aportadas sobre este tema.

¹⁵⁶ QUEIROZ, M. L. B., *A Vila do Rio Grande de São Pedro (1737-1822)*, Rio Grande, 1987.

¹⁵⁷ KÜHN, F., «Uma fronteira do Império...», cit., p. 108 y ss.

¹⁵⁸ RODRIGUES, J. D., «Das Ilhas ao Atlântico Sul...» cit.

en 1754 fue levantada por el ingeniero José Fernandes Pinto Alpoim la fortaleza de Jesús, María y José en el río Pardo para defenderse de los ataques indígenas¹⁵⁹, es decir, de las entradas españolas. Por tanto, pese a existir un periodo de paz entre las dos coronas, una guerra larvada y silenciosa continuaba activa en todas las zonas del sur y del oeste brasileño entre españoles y portugueses.

A la muerte del ministro Carvajal en 1754, Fernando VI nombró provisoriamente como secretario de estado al duque de Huéscar¹⁶⁰ (duque de Alba y buen amigo del embajador inglés en Madrid, Benjamín Keene) y enseguida y por consejo de éste a Ricardo Wall, pro-británico convencido y hasta entonces embajador de España en Londres. Estos nombramientos permitieron abrir un periodo –aunque breve– de estrechas relaciones de España con Inglaterra –y por tanto con Portugal– bajo la protección de la reina Bárbara de Braganza, cada vez más influyente sobre las decisiones de su marido, que comenzó a dar muestras –como su padre– de enajenación mental; y bajo los auspicios también de la reina de Portugal María Ana Victoria de Borbón. Estos nombramientos ministeriales de Fernando VI provocaron un mayor distanciamiento con Francia, cayendo en desgracia aquellos ministros –como el marqués de la Ensenada– más profranceses o antibritánicos, y sobre todo los que habían propiciado el desarrollo en España de una política naval de altos vuelos, construyendo una poderosa armada, asunto que preocupaba profundamente a Londres¹⁶¹.

Tras la ruptura de hostilidades en 1756 entre Inglaterra y Francia, Wall consiguió –de nuevo con el apoyo de la reina– mantener la neutralidad española. Tan solo se decidió reforzar la presencia española en los alrededores de Colonia de Sacramento, aparte de para forzar su entrega definitiva y cumplir el tratado de 1750, para evitar también su expansión. El vecino puerto de San Fernando de Maldonado fue fortificado por los españoles en 1757¹⁶². Todo este proyecto político, elaborado a lo largo de varios años a fin de reducir el riesgo de nuevos enfrentamientos entre las dos coronas, se desmoronó cuando en 1758 murió Bárbara de Braganza (en su testamento

¹⁵⁹ FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., p. 302 y Fig. XX; *Cartografia e Diplomacia no Brasil...* cit., pp. 57; y BARRETO, A., *Fortificações no Brasil (Resumo Histórico)*, Río de Janeiro, 1958, p. 143.

¹⁶⁰ OZANAM, D., *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre don José de Carvajal y el duque de Huéscar*, Madrid, 1975.

¹⁶¹ MARCHENA F., J. y CUÑO BONITO, J., «Los buques de la Real Armada», Capítulo IV, en MARCHENA F., J. (coord.), *Proyecto de Investigación «Apogeo y crisis de la Real Armada. 1750-1820»*, Junta de Andalucía-Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2008-2010.

¹⁶² LUQUE ALCAIDE, E., *Ciudad y poder...* cit., p. 48. Expediente sobre la fortificación de Maldonado en AGI, Buenos Aires, 523. A partir de este momento se comenzaron también a construir una serie de trincheras y puestos de observación cerca de Colonia, entre ellos el que luego sería Real de San Carlos.

legó su enorme fortuna acumulada en España a su hermano Pedro¹⁶³, luego Pedro III de Portugal en 1777, casado con María I); y cuando muy poco después (1759) murió el propio rey Fernando VI, muy afectado por su viudez, dando fin a un reinado donde la influencia portuguesa y los asuntos de Portugal en la monarquía española fueron muy importantes, a pesar de estar escasamente estudiados.

El tercer ciclo de guerras: de Salvaterra do Extremo al Terreiro do Paço. 1761-1808

Con la llegada al trono del que hasta entonces era rey de Nápoles, Carlos III, y en buena medida por el influjo de la reina madre en España, Isabel de Farnesio – que veía al fin cumplido su sueño de tener a uno de sus hijos sentado en el trono español – y por la acción de sus ministros italianos (Grimaldi entre ellos), de nuevo intervencionistas, profranceses y antibritánicos¹⁶⁴, el Tratado de Madrid de 1750 fue anulado y sustituido por el de El Pardo de 1761. Colonia de Sacramento –nunca recuperada por los españoles – volvería jurídicamente de nuevo a Portugal, y el resto de los territorios entonces intercambiados regresarían al dominio de España. Además, también en 1761, se firmaba entre España y Francia el Tercer Pacto de Familia en el contexto de la llamada Guerra de los Siete Años, en la que se hallaban comprometidas desde 1756 casi todas las potencia europeas, especialmente Francia e Inglaterra. Un pacto que era, según el propio Carlos III, «la única fórmula lógica, dadas las circunstancias del mundo»¹⁶⁵.

Como consecuencia del mismo, y una vez declarada por España la apertura de hostilidades contra Inglaterra, el posicionamiento de José I de Portugal y de su ministro Pombal junto a los británicos llevó de nuevo la guerra a la frontera peninsular, a pesar de las invocaciones a la paz realizadas por la reina portuguesa María Ana Victoria de Borbón y de sus intentos por lograr nuevos enlaces dinásticos¹⁶⁶. Carlos III requirió a José I que se aliara con Francia, pero ni siquiera consiguió su neutralidad, puesto que, bajo la presión de Inglaterra, amenazando atacar los intereses portugueses en Brasil, Portugal entró otra vez en guerra contra Francia y España. Carlos III ordenó entonces organizar un cuerpo de operaciones compuesto por dos docenas de regimientos peninsulares, más la infantería irlandesa, walona e italiana, que puso al mando del marqués de Sarriá, al que ordenó atacar Lisboa desde Extremadura¹⁶⁷. La guerra volvía a la frontera.

¹⁶³ LINCH, J., *The Bourbon Spain...* cit., p. 194.

¹⁶⁴ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el S.XVIII español*, Barcelona, 1981.

¹⁶⁵ PALACIO ATARD, Vicente, *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945, p. 289.

¹⁶⁶ Al respecto, MONTEIRO, N. G., *Don Jose. Na sombra de Pombal...* cit.

¹⁶⁷ Mucha documentación y detalles en el clásico, DANVILA Y COLLADO, Manuel, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid, 1856; y en RODRÍGUEZ CASADO, V., *La política y los*

En esta ofensiva participaría lo más granado del ejército borbónico, recién reformado; y, como oficiales, los más brillantes alumnos egresados de las modernas academias militares establecidas pocas décadas atrás en Barcelona, Segovia y Madrid, siguiendo los dictámenes de la ciencia ilustrada de la época¹⁶⁸. Pero no todo fue tan sencillo como Carlos III había previsto. Cuando Sarriá iba a comenzar las operaciones por Badajoz, recibió órdenes del recién creado también Estado Mayor General de no intentar la invasión siguiendo el esquema clásico de penetrar por Elvas, sino que debía invadir Portugal por Castilla, ocupar Porto y luego descender hacia el sur para batir Lisboa. Así, todo el ejército fue desplazado más al norte. Partiendo desde Zamora, los españoles tomaron las plazas de Bragança, Chaves, Miranda y el fuerte de Moncorvo en 1761, aunque los contragolpes portugueses les hicieron retroceder. Luego se le ordenó a Sarriá cambiar el teatro de operaciones y volver a intentar el ataque sobre Lisboa por la línea de Badajoz. Estos cambios, las protestas de los oficiales por tanta improvisación junto a lo impopular de la guerra en la región fronteriza – que se veía de nuevo envuelta en llamas sin una razón de peso que lo justificara –, llevaron a la sustitución de Sarriá por el general Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda¹⁶⁹, que recibió el apoyo de tropas francesas al mando del príncipe de Beauvan. En 1762 fue sitiada la plaza fuerte portuguesa de Almeida, defendida por más de 4.000 soldados, la que después de un durísimo bombardeo fue finalmente conquistada por los franco-españoles. Aranda tomó también la plaza de Salvaterra do Extremo, y las tropas comenzaron a cruzar el Tajo en una operación que fue sumamente propagandeada en España y Francia como si fuera la gran victoria del siglo¹⁷⁰, aunque el grueso de las tropas atacantes, con la llegada del invierno, debió retroceder a Valencia de Alcántara y Alburquerque¹⁷¹. Con la paz de París de 1763 finalizaron las operaciones y todos los territorios conquistados fueron devueltos a Portugal. A pesar del estruendo de modernidad con que se planificó la invasión por parte del Estado Mayor de Carlos III, ni la marcha de las operaciones ni sus resultados demostraron que

políticos en el reinado de Carlos III, Madrid, 1992. Más datos en FERNÁNDEZ, R., *Carlos III*, Madrid, 2001.

¹⁶⁸ Sobre la participación de estos oficiales en la campaña de Portugal, ver MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su generación ilustrada en la tempestad de los Andes, 1781-1788», en *Tiempos de América*, N.12, 2005, pp. 49 y ss.

¹⁶⁹ Había sido embajador en Lisboa.

¹⁷⁰ Sobre la batalla y toma de Salvaterra, existen dos grabados en la Biblioteca Nacional de Madrid: «Bataille gagnée par l'Armée Espagnol, aux ordres de Mr. le Comte d'Aranda sur les portugais, et de la prise de la ville de Salvaterra le 16 septembre 1762». A Paris, chez Mondhre, Biblioteca Nacional, Madrid, Est. 34947-58; y «Vue perspective de la Bataille remportée par les troupes espagnoles et françoises aux ordres de Mr. Le Comte d'Aranda sur les Portugais après laquelle le Comte d'Aranda s'est emparé de la place de Salvaterra ainsi que du Château de Segura sur le Tage... Cette ville a capitulé le seize septembre 1762», A Paris, chez Jacques Chereau, Biblioteca Nacional, Madrid, Inv. 34958.

¹⁷¹ SOLANO Y PÉREZ LILA, F., «Los orígenes de los reales ejércitos...» cit.

las mejoras introducidas en el ejército borbónico fuesen de gran utilidad¹⁷². Un vez más, Portugal parecía inconquistable para los españoles.

La guerra se encendió también en 1762 en la otra orilla del océano. Al mismo tiempo que se realizaban las operaciones militares en la península, desde Madrid ordenaron al gobernador de Buenos Aires, Pedro de Cevallos, que atacara Colonia de Sacramento. Desde años atrás, las tensiones en torno a este enclave, como se comentó más arriba, habían sido continuas. Según el texto anónimo ya citado¹⁷³, la guerra era allí un hecho cotidiano. Sacramento era definida en el documento como «una colonia que hace más de un siglo que se está entrando en nuestro terreno sin que la inmensidad de lo usurpado haya satisfecho sus deseos; una colonia con cuyo soberano mantiene el nuestro una amistad, vinculada con el parentesco, y con quien siempre trae pleitos sobre límites... una colonia de amigos y parientes a quienes, sin embargo de esta alianza, necesitamos tratar como enemigos y como a extraños»¹⁷⁴. Una especie de hartazgo por la situación era lo que manifestaban los vecinos de Montevideo: «Desde esa fecha podemos asegurar que se halla pensionada la nación española a estar con las armas en la mano contra sus amigos y vecinos los portugueses, sin que los enlaces por sangre de estas dos coronas hayan logrado poner paz entre ellas, tras ciento y catorce años de guerra (más o menos declarada) pero siempre perjudicial a la España»¹⁷⁵. Las cifras, además, hablaban por sí solas: en 1761 la flota portuguesa entró en Lisboa con más de cuatro millones de cruzados de plata procedentes de Colonia¹⁷⁶, y el contrabando de productos ingleses por la región se mostraba muy activo. Por otra parte, la plaza se hallaba más fortificada que nunca¹⁷⁷.

Pedro de Cevallos bombardeó y asaltó los baluartes de Colonia en 1762 desde el campamento Real de San Carlos, que los españoles habían construido en sus inmediaciones el año anterior¹⁷⁸, conquistando la ciudad defen-

¹⁷² A lo anterior hay que sumarle el descalabro que las tropas de Carlos III sufrieron en la Habana y Manila ese mismo año de 1762, lo que llevó a una nueva reestructuración de todo el aparato militar borbónico. MARCHENA F., J., *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, 1992, pp. 143 y ss.

¹⁷³ *Noticias sobre el Río de la plata...* cit.

¹⁷⁴ ID., p. 44.

¹⁷⁵ ID., p. 54. El documento anota que «sería interminable este papel si hubiésemos de dar aquí la historia de todas las hostilidades insultos depredaciones y guerras vivas que hemos sostenido a los portugueses por desposeernos de aquel territorio; y cuando nos fuese posible numerar los rompimientos a que nos han obligado... nunca podríamos calcular las invasiones hechas a nuestro campo, ni los robos ejecutados en nuestro ganado».

¹⁷⁶ MALAMUD RIKLES, C., «La economía colonial americana en el S. XVIII», en *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior, Historia de España de Menéndez Pidal*, Vol. 31-2, Madrid, 1988, p. 197.

¹⁷⁷ Los planos y mapas de estos fuertes de Colonia, realizados por José Custodio de Sá, en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp. 302-303 y fig. XIX; y en *Cartografía e Diplomacia no Brasil...* cit., pp. 55 y 56.

¹⁷⁸ ASSUNÇÃO, F., «La arquitectura militar de la antigua Banda Oriental. Colonia del Sacramento», en *Revista Amigos de la Arqueología*, N.17, Montevideo, 1985.

dida por Silva de Fonseca y derrotando a una escuadra anglo-portuguesa que acudió en su auxilio, enviada desde Río de Janeiro por Gomes Freire de Andrade¹⁷⁹. En 1763 Cevallos tomó también a los portugueses la posición

¹⁷⁹ Expediente en AGI, Buenos Aires, 535. La capitulación de Colonia fue resuelta honorablemente entre Fonseca y Cevallos: las tropas portuguesas abandonaron la plaza con todos los honores, y Cevallos entró en la ciudad con gran solemnidad. Posteriormente Fonseca fue enviado preso a Portugal por orden de Pombal, condenado por traición y encerrado en un castillo donde murió (BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 24). Tras la conquista de Colonia de Sacramento se produjo un hecho interesante, estudiado por Ramón Gutiérrez, que demuestra lo que comentamos más arriba sobre los ingenieros franceses al servicio del rey de Portugal, y las carencias que de estos profesionales tenían ambas coronas en América. Es el caso de Jean Barthelemy Havelle (o Juan Bartolomé Howell, cambiando de nombre según le convino) ingeniero francés al servicio del rey portugués desde 1750, que trabajó en la comisión de límites y, sobre todo, en la fortificación de Río de Janeiro durante nueve años. Luego fue destinado a Colonia de Sacramento para reforzar las fortificaciones. Cuando Cevallos tomó la plaza encontró allí a Havelle al mando de las obras, y le ofreció pasarse al servicio del rey español dado que apenas había ingenieros destinados en Buenos Aires y su región. Havelle aceptó y fue encargado allí mismo de reparar los daños del ataque a Colonia, siendo destinado luego a Buenos Aires, Maldonado y Montevideo, e incorporado al Real Cuerpo de Ingenieros Militares de España. (Expediente en AGI, Audiencia de Buenos Aires, 524). Más curioso resulta aún que, pocos años después, en 1776, cuando Cevallos regresó al sur de Brasil al mando de la gran expedición contra Santa Catarina, Río Grande y Colonia, conquistando al asalto las fortalezas de la isla de Santa Catarina, convenció también al ingeniero portugués que allí encontró, José Custódio de Sá y Faria, de que continuase su carrera profesional al servicio del rey de España, con el argumento de que Pombal mandaba castigar e incluso fusilar a los oficiales que se rendían. Parece que era un rumor muy extendido entre el ejército portugués en Brasil (véase el caso, en la nota siguiente, de Tomás Luis Osorio. Y MAXWELL, K., *Marquês de Pombal: paradoxo do iluminismo*, Río de Janeiro, 1996). Sá y Faria, como Havelle, aceptó también, y continuó sus servicios como ingeniero del rey español. Toda la información en GUTIÉRREZ, R., *Arquitectura colonial. Teoría y praxis*, Resistencia, 1979, pp. 130 y ss. Para las actuaciones de Havelle en Río, ver FERREZ, G., *O Rio de Janeiro e a defesa de seu porto (1555-1800)*, Río de Janeiro, 1972. En lo referente a José Custódio de Sá e Faria – de quien ya citamos su diario, realizado durante la guerra guaraníca – se formó en 1745 en la Academia Militar das Fortificações en Lisboa, e hizo el levantamiento cartográfico de la región sur de Brasil, aparte los planes de defensa de Santa Catarina. Ver FURLONG, G., «José Custodio de Sá y Faria. Ingeniero, arquitecto y cartógrafo colonial, 1710-1792», en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de Buenos Aires*, N.1, 1945; TOLEDO, B de L., *Ação dos Engenheiros no Planejamento e Ordenação da Rede de Cidades no Brasil. Peculiaridades da Arquitetura e Morfologia Urbana*, São Paulo, 1996, p. 47; ID., «A ação dos engenheiros militares na ordenação do espaço urbano no Brasil», en *Revista Sinopses*, N.33, 2000; e ID., *O Real Corpo de engenheiros na Capitania de São Paulo, destacando-se a obra do Brigadeiro João da Costa Ferreira*, São Paulo, 1981; LYRA TAVARES, A. de, *A Engenharia militar portuguesa na construção de Brasil*, Río de Janeiro, 1965. Más datos en FERREIRA, M. C., *O Tratado de Madrid e o Brasil...* cit., pp. 248 y ss. Sobre ingenieros españoles que trabajaron en la región, LAGUARDA TRÍAS, R. A., «Vida y obra de los ingenieros militares que actuaron en la Banda Oriental», en ARTEAGA, J. J. (coord.), *Uruguay, defensa y comunicaciones...* cit. Más datos sobre la actuación de los ingenieros enviados en la expedición de Cevallos al sur del Brasil y Río de la Plata en 1776-1777 (Miguel Moreno, Francisco de Paula Esteban, Joaquín de Villanueva, Juan Escofet y Carlos Lemaur) en Archivo General de Simancas (AGS) Guerra Moderna, 6831 y 7393; y en MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su generación ilustrada...» cit., p. 50.

fortificada de Santa Teresa¹⁸⁰ y el fuerte de San Miguel¹⁸¹, ambos situados al noreste de Montevideo y muy cerca del mar, levantados allí por los ingenieros del rey de Portugal en la seguridad de que la región de Lagunas y São Pedro de Río Grande do Sul sufriría ataques españoles, como así fue¹⁸². Los dos reductos y la región de Río Grande quedaron para España en la paz de París. En cambio, Colonia de Sacramento fue devuelta por Carlos III a Portugal en virtud de este tratado, lamentándolo mucho el ministro español Grimaldi, quien decía a su homólogo portugués, Francisco Inocêncio de Souza Coutinho, que Sacramento era «la atmósfera misma de Buenos Aires»¹⁸³ y un verdadero nido de contrabandistas¹⁸⁴, avisándole de que en adelante se seguiría intentando su captura.

Aún vigente este tratado de París y sin declaración oficial de guerra, las hostilidades prosiguieron en la región del Plata. Portugal consideró inaplicable el tratado en el sur brasileño, y en 1767 varias avanzadas portuguesas – por la sierra de los Tapes, por el canal de acceso a la Laguna de los Patos y por la región de Misiones – invadieron posiciones españolas, luego devueltas tras las protestas de Madrid. Más grave fue la reconquista de Río Grande por los portugueses, emprendida en 1772 desde Río de Janeiro como

¹⁸⁰ Santa Teresa fue en realidad una fortificación provisional levantada con urgencia en 1762 por el ingeniero portugués Juan Gomes de Mello, siguiendo órdenes del capitán general de Río, Gomes Freire de Andrade, conde de Bobadela (El fuerte fue titulado así en su honor). La conquista por Cevallos del fuerte de Santa Teresa al comandante portugués que lo mandaba, el comandante del Regimiento dos Dragones Tomás Luis Ossorio, ocasionó que éste fuera mandado poner preso por las autoridades portuguesas y acusado de traición y de connivencia con los jesuitas expulsos en la región, por hallarse en su poder un documento llamado «El Rav», contrario a la religión católica. Pombal ordenó su entrega a la Inquisición, siendo traído a la península y ahorcado en Lisboa. Poco después se demostró su inocencia, publicándose un edicto en el que se señalaba que la ejecución de Osorio no transmitía infamia a sus descendientes. Ver ARREDONDO, H., «El fuerte de Santa Teresa», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, N.4, 1920; BRUM, B. y ARREDONDO, H., *Libro de Honor de la Fortaleza de Santa Teresa*, Montevideo, 1930; ARREDONDO, H., *Santa Teresa y San Miguel. La restauración de las fortalezas*, Montevideo, 1958. Aprovechando las obras realizadas por los portugueses en el reducto de Santa Teresa, los españoles levantaron la fortaleza del mismo nombre en 1764, a cargo del ingeniero Francisco Rodríguez Cardoso, que aún se conserva. VV.AA., *Uruguay, defensas y fortificaciones en el periodo hispano*, Madrid, 1989; y GARCÍA COROMINAS, B., «Santa Teresa, la fortaleza española en el Atlántico Sur», en *Defensa*, N.105, 1987.

¹⁸¹ San Miguel era el puesto más antiguo, de 1737, construido por el ingeniero portugués José da Silva Paéz, y situado en la llamada «Línea de Castillos Grande» del tratado de Madrid de 1750, que limitaba los territorios de ambas coronas. «Coleção de documentos sobre o Brigadeiro José da Silva Paéz», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Río Grande do Sul*, N.109, 1949; también, GARCÍA COROMINAS, B. «El fuerte de San Miguel de Uruguay», en *Defensa*, N.96, 1986.

¹⁸² VARGAS ALONSO, F. M., «La solución militar al litigio hispano-luso en el Plata durante el reinado de Carlos III», en *Temas de Historia Militar. 2º Congreso de Historia Militar*, Vol. III, Madrid, 1988, pp. 128 y ss.

¹⁸³ PARES, Richard, *War and Trade...* cit., p. 61.

¹⁸⁴ FERRAND DE ALMEIDA, L., *A Colônia do Sacramento na época da Sucessão de Espanha...* cit.

una empresa «nacional»¹⁸⁵. Así, el gobernador de Buenos Aires, Juan José de Vértiz, tuvo que hacer frente a varios ataques por tierra y mar contra el fuerte español de Santa Tecla, en Río Grande, que fue conquistado al asalto por los portugueses, perdiendo los contendientes varios navíos¹⁸⁶, aunque ambas coronas se prometieron mutuamente a no continuar la escalada de agresiones recíprocas en esta zona¹⁸⁷.

La nueva guerra de Inglaterra, esta vez contra sus colonias norteamericanas de 1775, dio a Carlos III la oportunidad de recuperar lo perdido¹⁸⁸. Estando Portugal ahora escasamente apoyada por Londres (dado el esfuerzo bélico que estaba realizando Inglaterra en las Trece Colonias) el monarca español ordenó organizar en 1776 una gran expedición dirigida hacia el sur brasileño y el Río de la Plata, a fin de reconquistar Sacramento y las posiciones cedidas por España en los tratados anteriores. La campaña del atlántico sur fue puesta al mando de Pedro de Cevallos, antiguo gobernador de Buenos Aires, nombrándole ahora virrey del Río de la Plata, con instrucciones de crear, desde este nuevo virreinato en Buenos Aires, un sólido bastión frente a las pretensiones portuguesas desde el sur del Brasil¹⁸⁹.

La expedición era la más grande hasta entonces organizada por España con destino a ultramar¹⁹⁰, formada por más de 9.000 soldados (12 batallones, cuatro escuadrones de caballería y una brigada de artillería, al mando de los más aplicados oficiales) y casi cien embarcaciones entre navíos de línea y buques de transporte¹⁹¹, los que partieron de Cádiz en noviembre

¹⁸⁵ GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 40.

¹⁸⁶ FERNÁNDEZ DURO, C., *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Vol. VII (reed.), Madrid, 1973. Sobre las acciones de Vértiz, un coronel criollo nacido en Mérida de Yucatán y educado en la academia militar de Madrid, TORRE REVELLO, J., *Juan José de Vértiz y Salcedo, gobernador y virrey de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1932.

¹⁸⁷ BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 25.

¹⁸⁸ HULL, A.H., *Charles III and the Revival of Spain*, Washington, 1981; CASTELLANO, J. L., *Gobierno y poder en la España del S. XVIII*, Granada, 2006.

¹⁸⁹ BERMEJO DE LA RICA, A., «Antecedentes diplomáticos de la campaña de don Pedro de Cevallos en el Uruguay en 1777», en *Revista de Indias*, 1942; BEBERINA, J., *La expedición de Don Pedro de Cevallos en 1776-1777*, Buenos Aires, 1936; SANZ TAPIA, A., *El final del tratado de Tordesillas: la expedición del virrey Cevallos al Río de la Plata*, Valladolid, 1994.

¹⁹⁰ A pesar de la envergadura de la expedición, la rivalidad existente la Real Armada y el Ejército en el gobierno de Carlos III impidió que toda ella operara bajo un mando unificado. Así, los buques y sus tripulaciones iban al mando del almirante Francisco Everardo de Tilly y Paredes, y la tropa de tierra bajo la dirección de Cevallos, lo que originó muchos conflictos operacionales y de jurisdicción. Expediente de la expedición en AGI, Buenos Aires, 547; y AGS, Guerra Moderna, 6831, 6832, 6833, 6834; y AGS, Marina, 485. Plan de embarque de la expedición en Cádiz, agosto-noviembre de 1776, en AGS, Guerra Moderna, 6833.

¹⁹¹ Seis navíos de línea y nueve fragatas, mas otras cinco naves artilladas de menor porte. El resto eran transportes. En América se les unieron otros tres navíos de línea. El resultado de la campaña marítima fue desigual, porque si algunos navíos portugueses fueron apresados, los españoles perdieron el San Agustín y la fragata Santa Clara, que saltó por los aires con toda su tripulación. Tras el fin de las operaciones, el almirante Tilly fue sometido a consejo de guerra

de 1776. A la par, otra escuadra al mando del almirante Miguel Gastón, formada por cuatro navíos de línea y dos fragatas, se apostaba en la barra de Lisboa¹⁹². Era otro gran experimento militar desarrollado por los estrategas de Carlos III en procura de hallar el «ejército perfecto» y la «nueva armada», que demostraran el flamante poderío de la corona española¹⁹³.

Después de algunas complicaciones en el transporte y coordinación de las fuerzas, las tropas expedicionarias atacaron la isla de Santa Catarina, situada a medio camino entre Río de Janeiro y el Río de la Plata, poderosamente fortificada con los castillos de Santa Cruz de Anhatomirim, São José da Ponta Grossa, Santo Antônio de Ratones y Nossa Senhora da Conceição de Araçatuba¹⁹⁴. En febrero de 1777 se rindió la guarnición portuguesa – habida cuenta el desequilibrio de fuerzas – tras varios combates navales y terrestres¹⁹⁵. A continuación la expedición se dirigió a la región de São Pedro de Río Grande y Laguna de los Patos – en conjunción con el refuerzo enviado desde Buenos Aires por el gobernador Vértiz – donde se habían fortificado las tropas portuguesas al mando del mariscal Bolsom¹⁹⁶. Cevallos, obviamente – era el principal objetivo –, atacó por último Colonia de Sacramento,

resultando absuelto, pero su prestigio quedó muy mermado. MERINO NAVARRO, J. P., «La Armada en el siglo XVIII», en *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, Vol. 2, *Revolución Nacional e Independencia*, Madrid, 1986, p. 130.

¹⁹² VARGAS ALONSO, F. M., «La solución militar...» cit., p. 134.

¹⁹³ Además, en la expedición marcharon un buen número de oficiales militares enviados para hacerse cargo del nuevo programa administrativo y reformista de Carlos III, basado en la creación de Intendencias, que habría de originar tantos cambios en el mundo colonial americano. Oficiales emanados de las academias militares (conocidos como «favoritos» o «corbatines») de una gran importancia no solo en lo político sino también en lo científico, puesto que muchos de ellos, como Félix de Azara, Lázaro de Rivera, Antonio Pineda, Felipe Bauzá o José de Espinosa y Tello, participando en la comisión de límites establecida tras el convenio de 1777 entre España y Portugal, realizando notables contribuciones al conocimiento geográfico, botánico y faunístico de la región. MARCHENA F., J. «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., pp. 48 y ss. Sobre el papel político de estos oficiales, ver también BARBIER, J., «The Culmination of the Bourbon Reforms, 1787-1792», en *Hispanic American Historical Review*, N.57, 1977. Uno de estos oficiales que marcharon con la expedición fue, curiosamente, un portugués, Pedro Melo de Portugal, descendiente de los duques de Bragança, educado en la Academia Naval de Cádiz. Llegó como teniente de los Dragones de Sagunto, ascendido a capitán y luego a teniente coronel, siendo nombrado gobernador de Paraguay en 1778, intendente en 1783 y finalmente virrey de Buenos Aires en 1795. MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., p. 52.

¹⁹⁴ CABRAL, O., *As defensas da Ilha de Santa Catarina*, Río de Janeiro, 1974.

¹⁹⁵ El diario de operaciones de la campaña marítima en AGS, Marina, 485, «Extracto del diario de navegación y operaciones de la escuadra y ejército de S.M. Católica...», firmado por el jefe de la escuadra, el marqués de Casa Tilly, Santa Catarina, marzo de 1777. Otro diario de operaciones, esta vez del ejército, en AGI, Estado, 84, «Relación de la toma de Santa Catarina, 1777»; y «Noticias de lo ocurrido en la expedición del Sr. D. Pedro Cevallos en las islas de Sacramento y Santa Catarina, 1777», Biblioteca Nacional, Madrid, Manuscritos, MSS.10511. Ver también ABADIE-AICARDI, A., «La isla de Santa Catalina y el Atlántico Sur en la visión geopolítica del virrey Cevallos», en *Jahrbuch für Geschichte von Staat Lateinamerikas*, N.18, 1981.

¹⁹⁶ BEBERINA, J., *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*, Buenos Aires, 1939, pp. 63 y ss.

que se hallaba al mando del brigadeiro Francisco José da Rocha. Partió de Buenos Aires con un importante cuerpo de ejército compuesto por tropa veterana, milicianos del interior rioplatense e indígenas guaraníes. Cuando conquistó la plaza demolió sus fortificaciones, embarcando a sus habitantes y a su guarnición hacia Buenos Aires. A principios de ese mismo año de 1777, el gobernador de Paraguay, Agustín de Pinedo, atacó, conquistó y destruyó otra fortaleza que los portugueses estaban construyendo desde 1769 en la frontera por esa zona, Nossa Senhora dos Prazeres de Iguatemi¹⁹⁷.

La paz de Versalles (1763) consolidó la recuperación española, pero con Portugal la paz se había establecido mucho antes. En febrero de 1777 murió el rey José I, sucediéndole su hija María. La reina madre, María Ana Victoria de Borbón, se desplazó entonces personalmente a Madrid a encontrarse con su hermano Carlos III, 48 años después de haber salido de aquella ciudad¹⁹⁸. Ambos borbones suspendieron las hostilidades, hicieron regresar a todas las tropas¹⁹⁹ y firmaron la paz en el tratado de San Ildefonso, concebido por los dos principales ministros de ambos reinos, el conde de Floridablanca y Francisco Inocencio de Souza Coutinho, embajador de Lisboa en Madrid²⁰⁰. Se estableció el canje de prisioneros, la devolución de los navíos capturados, y fueron fijados de nuevo las fronteras en América, recuperando Portugal Santa Catarina, Río Grande y los territorios del sur de Brasil, pero perdiendo definitivamente Colonia de Sacramento, que ya quedó para España en adelante²⁰¹. Carlos III obtuvo a su vez algunas posesiones en África (las islas de Fernando Poo y Annobón, en el golfo de Guinea) cedidas por

¹⁹⁷ Datos sobre la misma y planos de su construcción en el Servicio Histórico Militar de Madrid, Cartoteca, 23-6-78.

¹⁹⁸ FERNAN NÚÑEZ, Conde de, *Vida de Carlos III* (reed.), Madrid, 1988.

¹⁹⁹ Resulta interesante comprobar que, dado el tamaño de la expedición, el peso de la misma decidió el conflicto. La mayor parte de las bajas que se produjeron en la campaña fueron por enfermedad, resultando muy escasas las muertes en combate. Por ejemplo, los escuadrones de Dragones ni siquiera llegaron a combatir. Tuvieron 14 muertos, todos por enfermedad. Estado de las tropas de la expedición para su regreso a España, en AGI, Buenos Aires, 529, 530, 531, 541. Revista a los Dragones, 1777, AGI, Indiferente General, 1912. Algunas unidades quedaron de refuerzo en Buenos Aires, Montevideo y Maldonado, aunque las desertiones fueron altísimas. BEBERINA, J., *El virreinato del Río de la Plata, su organización militar*, Buenos Aires, 1935. Parte de estas tropas participaron luego, en 1780-82, en la represión de las sublevaciones andinas de Tupac Amaru y Tupac Katari. MARCHENA F., J., «Al otro lado del mundo. Josef Reseguín...» cit., pp. 51 y ss.

²⁰⁰ *Tratado preliminar de límites de los países pertenecientes en América Meridional a las coronas de España y Portugal. Ajustado y concluido entre el Rey Nuestro Señor y la Reina Fidelísima, y ratificado por S.M. en San Lorenzo el Real a 11 de octubre de 1777. En el cual se dispone y estipula por dónde ha de correr la línea divisoria de unos y otros dominios*. Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1777. Un ejemplar en AGI. Indiferente General, 1566. Ver también, CÉSPEDES DEL CASTILLO, G., *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata*, Sevilla, 1947.

²⁰¹ Como se mencionó más arriba, se creó una nueva comisión conjunta de límites, que modificó levemente las líneas trazadas por el tratado de 1750 en el interior amazónico. GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777»... cit., pp. 39 y ss.

Portugal²⁰². El tratado se ratificó en El Pardo en 1778, añadiéndose otros artículos sobre garantías comerciales, justo antes de que la reina madre enfermara y muriera en Lisboa en 1781. La nueva reina portuguesa, su hija Maria I, casada con su tío (Pedro III), despidió al antaño todopoderoso ministro Pombal, y sus sucesores en el gobierno lograron que las relaciones entre ambas coronas fueron buenas hasta 1801, atravesando incólumes incluso el periodo de guerra de España contra Inglaterra de 1779 a 1783, en la que Portugal permaneció neutral gracias a los buenos oficios del ministro portugués Luis Pinto de Souza Coutinho²⁰³, y a pesar de las presiones británicas²⁰⁴. En 1785 se decidía, además, la boda de los infantes portugueses João y Mariana Victoria con los príncipes españoles Carlota Joaquina y Gabriel.

No obstante, el temor a nuevas penetraciones españolas por el interior amazónico (especialmente por las áreas de Quito y Perú, y más al sur, por Moxos, Chiquitos y Paraguay) llevó, primero a Pombal y luego a los demás ministros portugueses, a enviar varias expediciones científico-militares a la región a fin de conocerla, explorarla y cartografiarla²⁰⁵, y a la vez a implementar un tan ambicioso como contundente plan de fortificaciones de las fronteras brasileñas con los territorios españoles para consolidarlas en el futuro, desde el Amazonas hasta el actual estado de Paraná²⁰⁶.

Siguiendo este plan de fortificaciones, en 1762-1765 fue levantado el presidio de Nossa Senhora da Conceição sobre el río Guaporé – cuya con-

²⁰² Una región fundamental para el desarrollo del tráfico esclavista español. Para tomar posesión de estas islas africanas, las tropas españolas partieron de Montevideo (formaban parte de la expedición de Cevallos) al mando del brigadier Felipe de Santos Toro. Llegaron a la isla de Príncipe en 1778, donde esperaron varios meses al comisionado portugués Cayetano de Castro, quien puso no pocas dificultades para la entrega de los territorios. Finalmente el tratado acabó por cumplirse. Ver BELZA Y RUIZ DE LA FUENTE, F., *Por la Colonia del Sacramento...* cit., p. 28.

ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções», en MATTOSO, J. (dir.), *História de Portugal*, Vol. 5, *O liberalismo*, Lisboa, 1998, p. 21.

²⁰⁴ Fue la llamada Primeira Neutralidade Armada, de 1780.

²⁰⁵ VITERBO, S., *Expedições científico-militares enviadas ao Brasil*, Lisboa, 1962. Mención especial en este tema merecen los trabajos de DOMINGUES, A., *Viagens de exploração geográfica na Amazônia em finais do século XVIII: Política, ciência e aventura*, Lisboa, 1991; Id., «Urbanismo e colonização na Amazônia em meados de setecentos: a aplicação das reformas pombalinas na Capitania de S. José do Rio Negro», en *Revista de Ciências Históricas*, N.10, 1995; y el ya citado de la misma autora, *Quando os índios eram vassalos...* cit.

²⁰⁶ AZAMBUJA, D. y GOES DE AQUINO, A., *Evolução das fortificações brasileiras de século XVI ao início do XX*, CEHOPU, Madrid, 1985; ADONIAS, I., «Alguns Mapas Antigos e Planos de Fortes relativos à Região Amazônica existentes em Arquivos do Brasil», en *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimentos*, Vol. II, Lisboa, 1961; MOURÃO, L. R. Castelo Branco, *A Engenharia luso-brasileira na construção das fortalezas e sua contribuição na defesa e desenvolvimento da região norte do Brasil*, Fortaleza, 1995; GARRIDO, C. M., «Fortificações do Brasil», en *Subsídios para a História Marítima do Brasil*, Vol. III, Río de Janeiro, 1940; y el enciclopédico trabajo recopilatorio de SOUSA, A. F. de, «Fortificações no Brasil», en *Revista do Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro*, Vol. XLVIII, Parte II, Río de Janeiro, 1885, pp. 5-140. Los datos que siguen sobre los fuertes amazónicos han sido extraídos de la bibliografía antecedente.

quista fue intentada varias veces por los españoles²⁰⁷ – intentado así liberar la presión que sobre la frontera se ejercía desde Charcas (la actual Bolivia) desde fines de los años 60. Una presión que fue firmemente contestada desde Lisboa²⁰⁸. El gobernador de Mato Grosso, el coronel de infantería Luís de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres, recibió instrucciones para proteger las minas de Guajurús y mantener abiertas y operativas las líneas de comunicación y navegación por los ríos Guaporé, Mamoré y Madeira con el Amazonas, procurando salvaguardar la ruta Vila Bela (Mato Grosso)-Belém do Pará, reservada a la recién creada Companhia Geral de Comércio do Grão-Pará e Maranhão²⁰⁹.

Así se puso en marcha en 1776 uno de los proyectos más afanosos de la época, la construcción, a orillas del Guaporé, de la enorme fortaleza Príncipe da Beira²¹⁰, realizada por el ingeniero de origen italiano Domingo

²⁰⁷ El presidio y fuerte de Nossa Senhora da Conceição se levantó sobre una antigua misión española, luego ocupada por los portugueses tras el tratado de límites de 1750, conocida como Santa Rosa la Vieja. La región del Guaporé no se vio libre de conflictos entre españoles y portugueses después de la firma del tratado; la guerra guaranítica continuó por años al interior de la selva. Varios centenares de indígenas al mando del jesuita P. Laínes, atacaron la guardia de Santa Rosa a mediados de la década de los 50, por lo que el gobernador de Mato Grosso, Rolim de Moura, ordenó la construcción en ese lugar del presidio de Conceição. Más adelante, con motivo de la guerra declarada entre las dos coronas en 1762, de nuevo los indígenas, con jesuitas españoles al frente, atacaron el fuerte hasta conquistarlo. A su vez, Rolim de Moura envió tropas al mando del teniente de dragones Francisco Xavier Tejo para que ocupase la misión de San Miguel, capturando a los padres Juan Romariz y Francisco Espino. El gobernador portugués consiguió finalmente recuperar el fuerte de Conceição. A las hostilidades en el Guaporé se sumó en 1765, a pesar de que la paz se había firmado en París dos años antes, el presidente de la Audiencia de Charcas Juan de Pestaña, quien marchó hacia la zona con una considerable tropa de españoles, mestizos e indígenas, para asegurarse de que los portugueses no cruzarían el río. El fuerte de Nossa Senhora da Conceição fue reconstruido en 1767 por el ingeniero José Matías de Oliveira, y rebautizado por el gobernador de Mato Grosso Luis Pinto de Sousa Coutinho como Fuerte de Bragança, aunque una fuerte creciente del Guaporé lo destruyó en 1771.

²⁰⁸ MENDONÇA, M. C. de, *A Amazônia na era Pombalina*, São Paulo, 1963; REIS, A. C. F., *A política de Portugal no vale amazônico*, Belém, 1940; ID., *A Expansão Portuguesa na Amazônia nos séculos XVII e XVIII*, Rio de Janeiro, 1959; SILVA, J. V. da, «A lógica portuguesa na ocupação urbana do território mato-grossense», en *História & Perspectivas*, N.24, 2001.

²⁰⁹ DOMINGUES, A., «O forte do Príncipe da Beira na estratégia de Luís de Albuquerque de Melo Pereira Cáceres», trabajo presentado en el *VI Congresso sobre monumentos militares portugueses*, Barcelos, Mayo, 1992. Todo ello, así como las órdenes para la construcción de la cadena de fuertes por el interior amazónico, se hallaba contenido en una «Instrução Secretíssima con que sua Magestade manda passar à capitania de Belém do Pará o governador e capitão-general João Pereira Caldas», 1772, Biblioteca Nacional de Lisboa, Coleção Pombalina, cd. 8549, estudiada por Ângela Domingues en «Urbanismo e colonização na Amazônia em meados de setecentos...» cit., p. 270.

²¹⁰ Título que recibían los primogénitos de los herederos de los reyes de Portugal, en este caso el príncipe José, nieto de João V. Ver NUNES, J. M. de S., *Real Forte Príncipe da Beira*, Río de Janeiro, 1985; FARIA, M., «Príncipe da Beira: a fortaleza para além dos limites», en *Revista Oceanos*, N.28, 1996; BORZACOV, Y. M. P., *Forte Príncipe da Beira*, São Paulo, 1981; GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII...* cit., p. 49; FERRAZ, A. L. P., «Real Forte do Príncipe da Beira», en *Revista do SPHAN*, Río de Janeiro, N.2, 1938; y, por su riqueza documental, el trabajo ya citado de Ângela Domingues sobre el fuerte.

Sambuceti²¹¹, siguiendo el modelo abaluartado de Vauban (con cuatro baluartes) y que debía considerarse como «a chave do sertão» de Mato Grosso, elevado cerca de las ruinas del fuerte de Bragança, ya mencionado, destruido por las aguas del río²¹².

A pesar de las extraordinarias dificultades de la obra («por mais duro, por mais difícil e por mais trabalhoso que isso dê... é serviço de Portugal e tem que se cumprir», escribió el gobernador Alburquerque de Melo) trayéndose los operarios, los instrumentos y la artillería desde Lisboa, Río y Belem²¹³, remontando los interminables ríos y las abruptas cachoeiras²¹⁴ y muriendo los primeros expedicionarios por la malaria²¹⁵, el fuerte fue finalmente concluido en 1784 por el ingeniero Ricardo Franco de Almeida Serra²¹⁶ y puesto al mando del capitán de dragones José de Mello Castro de Vilhena²¹⁷.

No fue éste, ni mucho menos, el único bastión de la frontera amazónica construido en esta época. El proyecto pombalino y el de sus sucesores fue más ambicioso, en función de las siempre previsibles incursiones españolas sobre la región, no solo a partir del tratado de Madrid de 1750, sino también a raíz del de 1777.

Por el oeste amazónico se levantaron los fuertes de São Francisco Xavier de Tabatinga, en el río Solimões, en la ruta hacia el Perú²¹⁸, y el presidio de

²¹¹ FONTANA, R., *As obras dos engenheiros militares Galluzzi e Sambuceti e do arquiteto Landi no Brasil colonial do séc. XVIII*, Brasília, 2005. Sambuceti había participado en la comisión de límites, y trabajado previamente en la otra gran fortaleza de la época, el fuerte de São José do Macapá, que protegía la boca del Amazonas. ALCÁNTARA, D. M. e S., *Fortaleza de São José do Macapá*, Río de Janeiro, 1979; y S. A., *Histórico da Fortaleza de São José de Macapá*. Macapá, 1954. Más datos sobre Sambuceti en Viterbo, S., *Expedições científico-militares enviadas ao Brasil...* cit., p. 82.

²¹² La fortaleza Príncipe da Beira tiene 970 metros de perímetro, alcanzando sus cortinas los diez metros de altura. Los cuatro baluartes, de norte a sur y de oeste a este, recibieron los nombres de Santo Antônio de Pádua, Nossa Senhora da Conceição, Santo André Avelino y Santa Bárbara, de 59 por 43 metros, poseyendo cada uno de ellos 14 troneras para la artillería. Al fuerte se accede por un puente levadizo sobre un foso inundable mediante compuertas, con agua del río Guaporé, y en su interior se edificó una iglesia, la casa del gobernador, viviendas de oficiales, cuarteles para la tropa, almacenes a prueba de bomba y un gran aljibe central en el patio. Está construido en piedra porosa (conocida en la región como yacaré) y ladrillo, estando las viviendas techadas con tejas vidriadas y sus paredes estucadas en color azul.

²¹³ Entre los operarios había albañiles, carpinteros, canteros y pedreros, casi 200, y más de 500 esclavos que se compraron en Belem do Pará. Más información sobre la construcción del fuerte en Archivo Histórico Ultramarino (AHU), Lisboa, Sección Mato Grosso, cx. 16 y 17.

²¹⁴ Saltos de agua en el cauce de los ríos.

²¹⁵ Sambuceti murió en 1778, cuando apenas llevaba construido un baluarte.

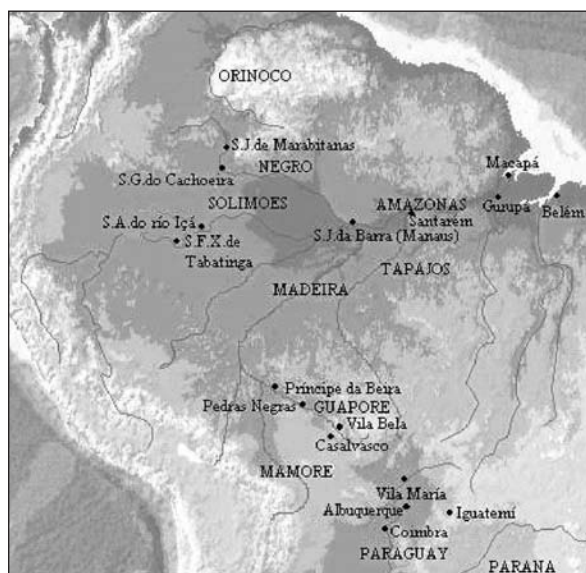
²¹⁶ Responsable más tarde, al completar su misión en el Guaporé, de la construcción del fuerte de Coimbra en Corumbá, a orillas del río Paraguay, en 1797. FURTADO, S. da S., *Ricardo Franco de Almeida Serra*, Río de Janeiro, 1960.

²¹⁷ En otras fuentes aparece como José Melo da Silva Vilhena. Las obras de la fortaleza prosiguieron al menos hasta 1798.

²¹⁸ Este fuerte fue levantado en 1776 por el sargento mayor Domingo Franco, por órdenes del gobernador de la Capitanía de São José de Río Negro, el coronel Joaquín de Melo e Póvoas.

Santo Antônio do rio Içá, afluente de la margen izquierda del río Solimões, fronterizo al presidio español de San Joaquín²¹⁹.

Hacia el norte, los portugueses alzaron la fortaleza del morro de São Gabriel da Cachoeira, en la margen izquierda del alto río Negro²²⁰; el fuerte de São José do Marabitanas, en la margen derecha del alto río Negro, cerca de Cucuí, en el lugar donde las cuencas del Orinoco y del Amazonas son más próximas y se comunican entre sí²²¹; y el fuerte de São José da Barra do Rio Negro, en su confluencia con el Solimões (actual ciudad de Manaus)²²². Hay que indicar que en las guerras de 1762, y luego en la de 1776, los españoles intentaron ocupar el río Negro²²³.



²¹⁹ Fundado un poco más arriba de la foz del río Içá en 1763, por orden del gobernador de Grão-Pará e Maranhão, Fernando da Costa de Ataíde Teive Sousa Coutinho.

²²⁰ Construida a partir de 1762 por el ingeniero militar alemán al servicio de Portugal Phillip Sturm, enviado desde Belém do Pará.

²²¹ Fue levantado a partir de 1763 por el ingeniero alemán Philip Sturm, ya citado. Debía controlar los dos fuertes españoles (San Carlos y San Fernando) que se habían edificado un poco más al norte, en la cuenca del Orinoco. Philip Sturm, «*Planta da nova fortaleza dos Marabitanas*», Archivo Histórico Ultramarino, Lisboa, en IRIA, A., «Inventário geral da Cartografia Brasileira existente no Arquivo Histórico Ultramarino (Elementos para a publicação da *Brasilae Monumenta Cartographica*)», *Studia*, N.17, Lisboa, 1966, p. 39.

²²² Ver «Prospectos das Fortalezas do Rio Negro, Tapajós, Pauxis e Gurupá, mandados fazer no ano de 1756 pelo capitão-general Francisco Xavier de Mendonça Furtado, Presidente da Província do Pará e 1.º Comissário das Demarcações dos Reais Domínios de Sua Majestade Fidelíssima da parte Norte», en MONTEIRO, M. Y., *Fundação de Manaus*, Manaus, 1994, p. 231. Tenía una guarnición de 200 hombres al mando del brigadier Manuel da Gama Lobo D'Almada. Este fuerte dió lugar a la fundación de la Vila da Barra do Rio Negro, siendo elevada a capitania en 1792, y luego convertida, ya en el S. XIX, en la ciudad de Manaus.

²²³ DOMÍNGUEZ, A., *Viagens de exploração...* cit., p. 16.

En la región de Mato Grosso, la capital Vila Bela da Santíssima Trindade fue fortificada en 1778 con varias baterías en la foz del río Alegre, y muy próximo a la ciudad se alzó en 1782 el presidio de Caslavasco, en el río Barbado, protegiendo los pueblos de Salina y Corixa Grande; también, en 1778, el presidio de Vila María en el río Paraguay, a la altura de San Luis de Cáceres²²⁴; en 1776 el presidio de Viseu, en la margen izquierda del río Guaporé²²⁵, y el presidio de Pedras Negras, en su margen derecha²²⁶; y se pusieron asimismo las bases en Albuquerque (Corumbá), a orillas del Paraguay, de lo que luego sería el fuerte de Coimbra²²⁷... todo ello para evitar las penetraciones españolas por estos grandes ríos²²⁸. Debe señalarse que estas obras, consideradas en su época «as muralhas do sertão», tal cual indica Ângela Domingues²²⁹, representaron un gasto formidable para la hacienda real brasileña, como ha estudiado Angelo Alves Carrara²³⁰, seguramente el más rubro más alto de los costos coloniales; y que estos establecimientos y sus guarniciones dieron mucho más poder y autoridad en la zona a los gobernadores y capitães-mores de cada jurisdicción²³¹.

A pesar de todos estos resguardos, o precisamente gracias a ellos, la situación en las fronteras tanto peninsulares como americanas se mantuvo en una cierta calma durante estos años finales del XVIII, nunca a salvo de incidentes aislados.

Inclusive los dos ejércitos operaron juntos con motivo de la llamada «Guerra de la Convención»²³², declarada por las monarquías europeas contra la Francia revolucionaria en 1793 tras la ejecución de Luis XVI; una ofensiva que, desde los pulpitos, la iglesia hizo extraordinariamente popular

²²⁴ Todos ellos por orden del gobernador de Mato Grosso Luís de Albuquerque.

²²⁵ Protegía las minas de oro del río Arinos, y las de Diamantino en el alto Paraguay, conocidas como lavras de Viseu. SILVA, J. V. da, «A lógica portuguesa na ocupação urbana do território mato-grossense»... cit.

²²⁶ Una posición levantada en los años 60, de la época de Rolím de Moura, ahora remozada y fortificada en los 70.

²²⁷ Finalmente elevado en 1797 por Ricardo Franco de Almeida Serra, que venía de terminar las obras del fuerte Príncipe da Beira.

²²⁸ GALLO, J.R., *Fortificações de Mato Grosso do Sul*, Campo Grande, 1986. Ver también GUERREIRO, I., «As demarcações segundo o tratado de Santo Ildefonso de 1777», en *Cartografia e diplomacia no Brasil do século XVIII*... cit., p. 44 y ss.

²²⁹ *Quando os índios eram vassalos*... cit., pp. 199 y ss.

²³⁰ CARRARA, A. A., *Receitas e despesas da Real Fazenda no Brasil. Século XVIII*, Juiz de Fora, 2009.

²³¹ SOARES DA CUNHA, M. y MONTEIRO, M. G., «Governadores e capitães-mores do império atlântico português nos séculos XVII e XVIII», en MONTEIRO, N. G., CARDIM, P. y SOARES DA CUNHA, M., *Óptima Pars. Elites Ibero-americanas do Antigo Regime*, Lisboa, 2005.

²³² También conocida como Guerra del Rosellón o, en Cataluña, como la «Guerra Gran». Sobre la misma, ver PRIEGO LÓPEZ, J., *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Vol. I, *Antecedentes y preliminares*, Madrid, 1972. Para el impacto en Portugal, AYMES, J. R., «Bases y evolución de la 'Política Portuguesa' de la revolución francesa entre 1789 y 1797», en *Revista de História das Ideias*, N.10, 1988.

en España hasta ser considerada como «una guerra de religión»²³³. Dada la escasa operatividad del ejército español – en palabras de la época, «su estado no era tan lisonjero como podía esperarse»²³⁴ – el ministro Aranda solo logró reunir 35.000 soldados, y de ellos menos de 15.000 pudieron ser enviados al Pirineo²³⁵, alcanzando apenas a cubrir las fortalezas de la frontera, con lo que, más que una guerra ofensiva contra la Francia revolucionaria, debieron contentarse con formar un cordón defensivo frente a los 100.000 soldados que levantó la Convención²³⁶. El principal cuerpo de operaciones del ejército español, al mando del general Antonio Ricardos²³⁷, contaba solo con 3.500 soldados. Fue necesario entonces pedir ayuda a otros coaligados contra la Francia revolucionaria, y en concreto a Portugal²³⁸. En 1793, un importante contingente de tropas portuguesas denominado Divisão Auxiliadora (6.000 soldados, distribuidos en seis regimientos de infantería y una brigada de artillería²³⁹) fue desplazado hasta la frontera francesa en el Rosellón al mando del teniente general Juan Forbes Skellater, junto con el mariscal de campo Antônio de Noronha y el coronel Gomes Freire de Andrade, que partieron de Lisboa en septiembre de 1793²⁴⁰. Del mismo modo, la armada portuguesa

²³³ LYNCH, J., *El siglo de las reformas: la ilustración*, Madrid, 2007, p. 395 y ss. Ver también AYMES, J. R., *Ilustración y Revolución Francesa en España*, Lleida, 2005. Sobre el ambiente anti-francés anterior a la declaración de guerra, SALVADOR ESTEBAN, E., «Las relaciones hispanofrancesas durante el trienio 1790-1793», en *Homenaje al doctor Reglá*, Valencia, 1975.

²³⁴ *Gaceta de Madrid*, 9 de abril de 1793.

²³⁵ SECO SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV», en *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior, Historia de España de Menéndez Pidal*, Vol. 31-2, Madrid, 1988, pp. 451 y ss., aporta muchos detalles sobre la campaña. Un clásico, con abundante documentación sobre la guerra, GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV*, Madrid, 1892-1896. Según se recoge en esta última obra, el ministro Aranda informaba que «juntando la tropa de varios regimientos, apenas alcanzan a formar un batallón, quedando los demás solo con su nombre», Vol. I, p. 158. Más información sobre la relación entre guerra y política durante el periodo en MARTÍNEZ RUIZ, E., *La España de Carlos IV, 1788-1808*, Madrid, 1999; y EGIDO, T., *Carlos IV*, Madrid, 2001. Sobre Aranda en este conflicto, FERRER BENIMELLI, A., *El conde de Aranda y el frente aragonés en la guerra contra la Convención (1793-1795)*, Zaragoza, 1965.

²³⁶ BOILESEAU, M., *La República Jacobina*, Madrid, 1980, pp. 60 y ss. Un ejército enorme, muy desorganizado al principio, que fue cobrando cuerpo y consistencia en esta guerra, en la que se formaron los principales cuadros militares que luego servirían con Napoleón.

²³⁷ Un oficial muy experimentado, que conocía bien al ejército portugués por haber estado en la campaña de 1762. CEPEDA GÓMEZ, J., «La época de Carlos IV: crisis del ejército real borbónico», en *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, Vol. 2, *Revolución Nacional e Independencia*, Madrid, 1986, p. 351.

²³⁸ El 15 de julio de 1793, Portugal y España había firmado un tratado de auxilio mutuo. En virtud del mismo fueron enviadas las tropas portuguesas al frente de Cataluña, pese a las críticas de algunos políticos y militares en Lisboa, en la medida que el regente príncipe Don João solo aceptaba participar como «potencia auxiliadora», es decir, en una posición bastante indefinida. El respecto ver CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha entre 1800 e 1820*, Lisboa, 1988, pp. 60 y 139, nota 8.

²³⁹ Que costó mucho trabajo reunirlos, y que durante varios meses antes de embarcar estuvieron haciendo ejercicios cerca de Lisboa. Id., p. 60.

²⁴⁰ Mucha documentación sobre la campaña en CHABY, C. B. P. de, *Exortos históricos e collecção de documentos relativos à guerra denominada da Península, e às anteriores de 1801, do*

ofreció su colaboración²⁴¹. El general Ricardos dirigió la primera fase de las operaciones²⁴², conquistando Baños y Bellegarde, venciendo en Trouillas, en Mas Deu y entrando en Colliure, actuando coordinadamente con las tropas del duque de Osuna. Las tropas portuguesas participaron en esta ofensiva, entendiéndose particularmente bien con el general español Francisco Taranco, con el que luego volverían a hallarse – en circunstancias bien diferentes – en Portugal²⁴³. Al mismo tiempo, una escuadra aliada – británicos, españoles, portugueses y napolitanos – en agosto de 1793 se presentaba ante Tolón – que se había sublevado contra la Convención – para apoyarla y defenderla²⁴⁴.

Pero a lo largo de 1794, tras la muerte de Ricardos, y estando al mando las tropas del conde de la Unión, un oficial con poca experiencia, los fracasos de los hispano-portugueses se sucedieron implacablemente: un ejército cada vez menos motivado, mal mandado y peor equipado en vestuario, armas y pertrechos, acumuló derrota tras derrota. Tolón fue desalojada en diciembre del año anterior y ocupada por los republicanos, provocando una hecatombe en la ciudad²⁴⁵. Las tropas portuguesas del general Forbes debieron retirarse de Francia por San Lorenzo de Cerdá, a las que siguieron los regimientos de Porto y Peniche al mando de Francisco Xavier de Noronha. Gomes Freire de Andrade y sus soldados debieron también cruzar el Pirineo en retirada²⁴⁶. La fortaleza de Figueras, considerada una joya de la poliorcética, fue tomada

Roussillon e da Catalunha, Lisboa, 1863-1882; y ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 23.

²⁴¹ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais. 1793-1807. A Marinha Portuguesa na época de Napoleão*, Lisboa, 2005. Los impulsores de la armada portuguesa en estos finales del S. XVIII, los ministros Martinho de Melo e Castro y Rodrigo de Sousa Coutinho, consiguieron que ésta fuera una fuerza naval equilibrada en tamaño y muy operativa (14 navíos de línea y 23 fragatas). Además, en 1782 fue creada la Companhia Real dos Guardas-Marinhas para la formación de los oficiales navales, y poco después el Corpo de Engenheiros Constructores Navais. Id., p. 13 y 19. La colaboración de la armada portuguesa en esta guerra fue doble debido a las alianzas establecidas a la par con Inglaterra y España. Así, envió una escuadra al Mediterráneo, llevando las tropas portuguesas que combatirían en el Rosellón y colaborando con ingleses y españoles (5 navíos y 14 transportes) en Cataluña y Tolón; y otra al Canal de la Mancha, colaborando con los británicos en evitar la salida a mar abierto de la escuadra francesa, que operó durante 1793 y 1794, aunque la efectividad de esta última expedición naval se vio mermada por una epidemia propagada a bordo y porque varias tempestades sucesivas obligaron a los navíos a retirarse a Lisboa con grandes daños. Id., p. 44.

²⁴² Fundamental para conocer el desarrollo de la guerra y la actuación portuguesa, *Documentos de las campañas en los Pirineos a fines del S. XVIII. 1793-1795*, Servicio Histórico Militar, 5 vols., Madrid, 1949-1959.

²⁴³ Tras la invasión de Portugal por las tropas franco-españolas en 1808, y después de los sucesos de mayo, este general fue uno de los que ayudaron a la primera Junta de Porto a librarse de los napoleónicos.

²⁴⁴ GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., p. 268 y ss. Sobre esta campaña, BLANCO NÚÑEZ, J. M. y NÚÑEZ IGLESIAS, I., *La diversión de Tolón*, Vol. I y II, Madrid, 1982.

²⁴⁵ En el sitio francés a Tolón, destacó por su valentía un joven oficial llamado Napoleón Bonaparte.

²⁴⁶ GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., p. 339 y ss.

por los franceses sin apenas esfuerzo, por lo que fue llamada «la bella inútil»²⁴⁷ y, tras ella, enseguida cayó Girona en poder de los franceses. En Rosas, fue hecho prisionero un regimiento portugués al completo. La derrota total parecía inminente, porque mientras era imposible allegar más refuerzos españoles a la frontera que sustituyeran a las ya mermadas unidades coaligadas, las tropas francesas crecieron en número y preparación. Nada pudo impedir que los republicanos, al mando de los mariscales Dagobert, Dugommier y Moncey, avanzaran por Cataluña, Aragón, Navarra, Guipúzcoa y Álava. Los combates fueron tan duros que, cosa no muy corriente, en Cataluña murieron peleando los comandantes de ambos ejércitos, el conde de la Unión y el mariscal Dugommier. Abandonados por las tropas regulares, las poblaciones catalanas y vascas tuvieron que organizarse por sí mismas y hacer frente a la ofensiva²⁴⁸.

La paz de Basilea de 1795 puso fin a esta guerra. Se pactó una alianza entre Francia y España y las tropas portuguesas regresaron a sus cuarteles en diciembre de 1795, desanimadas por una experiencia que para ellas fue un gran desengaño en cuanto a la actuación de las españolas²⁴⁹. No obstante, esta campaña del Rosellón fue el laboratorio donde se formaron, en la práctica bélica, la mayor parte de los oficiales portugueses que luego participarían en la guerra contra los franceses a partir de 1808. Un testimonio muy interesante de esta campaña es el aportado en sus *Memorias* por uno de los oficiales portugueses, el entonces oficial de artillería Raimundo José de Cunha Mattos, estudiadas por Neuma Brilhante Rodríguez²⁵⁰. En ellas, comparando las tropas francesas, portuguesas y españolas, Cunha Mattos notó en la oficialidad de estas últimas un vanidoso clasismo orgulloso y aristocrático, lo que la hacía aborrecible para sus soldados, apenas gente del común levada a la fuerza, mientras que en la oficialidad portuguesa, apuntaba, la meritocracia había hecho notables progresos, por lo que no dudaba en afirmar que ellos eran mejores militares que los españoles²⁵¹.

²⁴⁷ OSORIO Y GALLARDO, A., *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa (1793-1795)*, Madrid, 1913. Sobre la toma de Figueras, p. 218 y ss.

²⁴⁸ LYNCH, J., *El siglo de las reformas...* cit., pp. 402-403. Y especialmente VILAR, P., «Ocupantes y ocupados: algunos aspectos de la ocupación y resistencia en España en 1794 y en tiempos de Napoleón», en su obra *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, 1982.

²⁴⁹ No obstante, la reina María de Portugal concedió a Godoy el título de conde de Évora Monte. ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 24.

²⁵⁰ «De soldado português a marechal do exército brasileiro: Raimundo José de Cunha Mattos, 1776-1839», en *Anais de História de Além-Mar*, N.9, 2008. Las memorias se hallan en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Manuscritos, 10,2,016, tituladas «Memórias políticas, militares y biográficas».

²⁵¹ «Os nossos oficiais e soldados tiñan um aspecto mais militar, mais elegante do que se encontrava nas tropas Castelhanas: os fidalgos que servíam no nosso exército não tinham aquele orgulho que é tão ordinario nos Cavalheiros Espanhóis: a disciplina entre nós é mais severa, a moral menos relaxada, e o direito de nascimento e a falta de corpos reais o privilegiados facia com que tivéssemos melhores oficiais». RODRÍGUEZ, N. B., «De soldado português...», cit., p. 148.

Poco después de la firma del tratado de Basilea, la situación en Europa volvió a cambiar. El nuevo conflicto declarado entre Francia e Inglaterra en 1796 originó otro juego de coaliciones en el que ambas potencias apretaron a sus aliados respectivos (España y Portugal) para que se decantaran cada una de su lado. Así, en 1796 Carlos IV acabó firmando una alianza con el Directorio francés (tratado de San Ildefonso) que le llevó a la guerra contra Inglaterra. Por su parte y desde Londres, intentaron convencer a Portugal de que entrara abiertamente en la contienda a su favor, y si no lo lograron al menos consiguieron que los puertos portugueses pudieran ser utilizados como bases por sus navíos; lo que originó las protestas españolas toda vez que obligaba a la armada de Carlos IV a permanecer encerrada en los puertos en previsión de un ataque inesperado de los británicos. Pero, al mismo tiempo, los españoles presionaron a Lisboa admitiendo en los puertos españoles a los corsarios franceses que atacaban el tráfico marítimo portugués con la India y el Brasil²⁵².

Protestas españolas ante la corte de Lisboa que subieron de tono tras la aparatosa derrota que sufrieron los navíos de Carlos IV en el cabo San Vicente frente a los británicos²⁵³, tras la toma por los ingleses de la isla de Trinidad en el Caribe, y tras la pérdida de Menorca, acusando a Portugal de que por estas facilidades ofrecidas a la armada inglesa, la monarquía

Del general que mandaba a las tropas luso-españolas, el conde de la Unión, dice Cunha Mattos que constituía un caso emblemático de las promociones militares sin criterio de formación ni mérito, puesto que, afirma, su nombramiento se debió a «poderosas intrigas y protecções», desconsiderando a otros oficiales más antiguos y preparados, y originando la insubordinación de los oficiales y la indisciplina de las tropas. *Id.*, p. 149. Ello lo contrasta con el general portugués Francisco Xavier de Noronha, «inseparable companheiro de nossos soldados». Como señala Neuma Brilhante Rodríguez, estas apreciaciones surgen de su idea (luego multiplicada cuando llegó a ser, andando el tiempo, mariscal del ejército brasileño hacia 1830, que es cuando escribe las memorias) de que la formación, el voluntarismo, el valor y el tesón eran en su opinión las principales cualidades de un militar, antes que la cuna y el prestigio del linaje aristocrático, contra los que él y otros de su generación se habían enfrentado. Cuna, prestigio y «protecciones» que instala como columna vertebral de los ascensos entre los oficiales españoles, de ahí sus falencias como buenos militares. Lo que le impide criticar que también en el seno de la Divisão Auxiliadora portuguesa en el Rosellón bulleron este tipo de problemas, en especial los suscitados entre Forbes Skalater y Gomes Freire, el alto número de desertiones existentes entre estas tropas, y la conducta reprochable de algunos oficiales. *Id.*, p. 150. Lo que no impide considerar al testimonio de Cunha Mattos como una estupenda fotografía personal de lo que fue la guerra contra la Convención para las tropas portuguesas.

²⁵² PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., pp. 52, 77 y ss. Los ataques franceses, especialmente de sus fragatas armadas en corso, se multiplicaron entre 1796 y 1803 contra los buques portugueses, en una guerra no declarada pero de gran intensidad. A su vez en Lisboa armaron otras varias embarcaciones también en corso. *Id.*, p. 86.

²⁵³ Protestas elevadas ante Portugal debido a que, tras la batalla, la flota británica se refugió en la bahía de Lagos llevando consigo cuatro navíos españoles apresados en el combate, sin que lo impidieran las autoridades portuguesas y sin que conminaran a los británicos a devolver las presas. Además, la actuación de la fragata portuguesa Tritão, ayudando a los británicos – aunque sin entrar directamente en acción – originó otra queja airada de Madrid ante el gobierno de Lisboa. MERINO NAVARRO, J. P., «La armada en el S. XVIII...» cit., p. 140.

española estaba siendo muy castigada. De cualquier modo, Carlos IV, cuya hija la infanta Carlota Joaquina había sido casada con el príncipe João de Portugal, ahora regente, se negaba a romper la paz con el reino vecino²⁵⁴, ni a autorizar una invasión de Portugal como le reclamaba el Directorio. Inclusive durante 1798 y 1799, tanto él como sus ministros mantuvieron un profuso intercambio de correspondencia con Lisboa a fin de que Portugal se aliara con Francia, lo que no consiguieron²⁵⁵, sometido como estaba el gobierno lusitano a fuertes presiones británicas y amenazado con la invasión de Madeira y del Brasil por los ingleses²⁵⁶. La pugna existente en el gobierno de Portugal entre dos «partidos», uno pro-francés (encabezado por Araújo de Azevedo) y otro pro-británico (con Rodrigo de Souza Coutinho al frente) muestra la difícil coyuntura por la que atravesaron los dos reinos peninsulares en estos años, aunque, como señala acertadamente Penner da Cunha, los dos partidos portugueses eran similares en cuanto a su posición antirevolucionaria, distinguiéndose en el modus operandi respecto de la crisis y muy poco o nada en lo ideológico²⁵⁷. La guerra parecía inevitable, y solo procuraban (todos, gobierno español incluido) retrasarla lo más posible.

Para complicar más aún las cosas, y bajo presión de Inglaterra, la armada portuguesa (al mando del marqués de Niza) colaboró desde 1798 con la británica en acciones ofensivas, teóricamente actuando contra el corso francés, pero en la práctica navegando a la órdenes de Nelson: en el bloqueo de Cádiz, en el de Alejandría, en el de Génova, y comandando directamente el de Malta, participando en el ataque a Livorno, en la expedición a Trípoli y en la reconquista de Nápoles, regresando a Lisboa en 1800. El Directorio francés protestó firmemente por estas acciones de guerra, acusando a Lisboa de duplicidad, puesto que colaboraba militarmente con Inglaterra contra sus intereses y a la vez pretendía firmar una paz con la República. Al parecer Napoleón tomó buena cuenta de esta colaboración, anotando que «tiempo vendrá en que la nación portuguesa pagará con sangre el ultraje que está haciendo a la República francesa»²⁵⁸.

Por fin, sometido a nuevas presiones, por el convenio de Aranjuez de 1801 – establecido entre el embajador de Napoleón (su hermano Luciano Bonaparte) y el ministro Manuel Godoy²⁵⁹ – el monarca español se comprometió a atacar Portugal a fin de obligarle a renunciar a su alianza con Inglaterra y a firmar un acuerdo con Francia, toda vez que, de nuevo, Lisboa

²⁵⁴ Resulta muy interesante, en este tema de las relaciones con Portugal, analizar la documentación del ministro español José Nicolás de Azara ante el gobierno de París. Ver CORONA BARATECH, C., *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 1948.

²⁵⁵ CORONA BARATECH, C., «Notas para el reinado de Carlos IV. La fracasada mediación de España para la paz de Portugal con Francia en 1798-1799», en *Universidad. Revista de Cultura de la Universidad de Zaragoza*, N.3, 1946, pág. 361 y ss.

²⁵⁶ PEDREIRA, J. y DORES COSTA, F., *D. João VI*, Lisboa, 2006.

²⁵⁷ CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha...* cit., p. 139, nota 6.

²⁵⁸ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., p. 62.

²⁵⁹ LA PARRA, E., *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, 2002.

había rechazado el pacto ofrecido por Godoy en 1800 para que Portugal cerrara sus puertos a Inglaterra y abriera los del Brasil a Francia. Además, el problema de la inoperancia de las armadas española y francesa mientras los británicos conservaban la suya a salvo en los puertos portugueses, seguía lastrando las relaciones entre Francia y España, y a la par con Portugal, porque esta situación impedía a Napoleón llevar a cabo la gran campaña prevista en el Mediterráneo para expulsar a los británicos. Las relaciones con Portugal se calentaron aún más cuando los ingleses atacaron Coruña y Ferrol en 1800, con el apoyo de buques e infantería con base en Portugal²⁶⁰, a los que siguieron nuevas ofensivas contra Santa Cruz de Tenerife y Cádiz, mientras la escuadra española seguía bloqueada en Brest y en Andalucía por los navíos británicos²⁶¹. Esto originaba la ruptura de comunicaciones con las colonias americanas, y el hundimiento – aún más – de la real hacienda española en cuanto que no llegaban a la península las urgentísimas remesas de metal procedentes de América.

Solo entonces Carlos IV decidió pasar a la ofensiva²⁶². Napoleón suministraría a las tropas españolas 20.000 soldados del Cuerpo de Observación de la Girona, al mando del general Leclerc, estableciendo su cuartel en Ciudad Rodrigo, mientras las tropas españolas – que alcanzaban los 60.000 efectivos – se situaban en Galicia, Andalucía y Extremadura, quedando todas bajo el mando de Manuel Godoy. Portugal, que no podía recibir casi ninguna ayuda de Inglaterra en ese momento²⁶³, alistó su ejército, fundamental-

²⁶⁰ GOMEZ DE ARTECHE, J., *Reinado de Carlos IV...* cit., Vol. II, p. 236 y ss.

²⁶¹ La armada española, aún grande y poderosa, era vital para Napoleón, no solo para desbloquear a su ejército atrapado en Egipto, sino para expulsar a los británicos del Mediterráneo. Para ello debía eliminar las bases de sus buques en Portugal. Eran las instrucciones que recibía el embajador español en París José Nicolás de Azara para que las trasladara a Madrid. CORONA BARATECH, C., *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 1948, pp. 56 y ss.

²⁶² Aunque no desaparecieron los recelos de Carlos IV respecto de esta campaña. Influido quizás por las cartas que su hija Carlota Joaquina le enviaba insistentemente, clamándole porque no iniciara la guerra ni destruyera a Portugal, el monarca español pretendía realizar tan solo una serie de operaciones militares convencionales que obligaran al regente portugués Don João a la firma del tratado de alianza con Francia, rompiendo el acuerdo con Inglaterra. Napoleón en cambio ambicionaba dismantelar la monarquía portuguesa. SECO SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV...», cit., pp. 620 y ss. Es interesante señalar que el embajador portugués en Madrid, Carvalho, comunicó a Lisboa que estos recelos de Carlos IV hacia la presencia de tropas francesas en la inevitable invasión de Portugal, llevaron a confesar al monarca español que prefería hacer la campaña solo con tropas españolas, sin ayuda francesa, porque no sabía que podía suceder después, y que no deseaba una humillación de Portugal. Id, p. 672. Según algunos autores, existía una suerte de «solidaridad monárquica» en Carlos IV hacia la corona portuguesa, especialmente tras lo ocurrido con sus parientes franceses, estando como se hallaba ahora aliado con sus verdugos. Id., p. 621. Sobre las relaciones de Carlos IV y su hija Carlota Joaquina, AZEVEDO, F. L. N. de, *Carlota Joaquina na Corte do Brasil*, Río de Janeiro, 2003.

²⁶³ Y que incluso retiró las tropas que tenía en Portugal por ser necesarias para su propia defensa, según anunció el embajador británico en Lisboa, John Hookham Frere, causando una profunda indignación en el regente Don João y su gobierno. Buena parte de la correspondencia de los ministros portugueses y sus reacciones frente a británicos y franceses se halla recogida en FUGIER, A., *La Revolution Française et l'Empire Napoléonien*, Vol. IV de Renouvin, P. (dir.), *Histoire des relations internationales*, París, 1954.

mente compuesto por milicias con escasa experiencia en combate, hasta lograr reunir unos 40.000 soldados que puso al mando del duque de Lafões y del general prusiano conde de Goltz, que era quien los había adiestrado²⁶⁴. Buena parte de ellos – en especial sus oficiales – eran veteranos de la guerra del Rosellón, como Gomes Freire de Andrade, el marqués de Alorna o Díaz de Azevedo²⁶⁵. El 20 de mayo de 1801 comenzaron las hostilidades: por Galicia invadió con sus tropas el general marqués de San Simón, por Ayamonte el brigadier José Iturrigaray, y por Extremadura el grueso del ejército al mando del generalísimo Godoy y del general Francisco Ramón de Eguía, ocupando los españoles Olivença y Juromenha. Tras la batalla de Arronches, cayeron en poder de los atacantes Ouguela, Barbacena, Portalegre y Castelo de Vide. Campo Mayor fue tomada al asalto tras 18 días de asedio, mientras Lafões se hacía fuerte en Abrantes²⁶⁶. En cambio Évora pudo resistir hasta el final de la guerra. Cuando el 6 de junio los españoles se disponían a cruzar el Tajo se firmó el armisticio y tratado de paz de Badajoz entre Godoy y el ministro Luís Pinto de Sousa, por el cual Portugal entregaba a España la plaza de Olivença, cerraba sus puertos a Inglaterra y cedía una parte de Guayana a Francia²⁶⁷. Fue la llamada «guerra de las naranjas», debido al canasto de frutas que Godoy ordenó enviar a la reina María Luisa desde Elvas a Madrid.

²⁶⁴ Portugal había adoptado instructores prusianos para la organización y régimen de su ejército, contratando al conde de Lippe (1762-1777) desde los tiempos de Pombal, lo que acarreó no pocos problemas con la tropa debido a un excesivo reglamentismo y a la extrema disciplina en su trato. Algunos consideraron que la rigidez del modelo prusiano era incompatible con el espíritu portugués. Al respecto, COSTA, F. J. D., *Insubmissão, aversão e incomformidade sociais perante os constrangimentos do estilo militar em Portugal no século XVIII*, tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Nova de Lisboa, citada por RODRÍGUEZ, N. B., «De soldado português...» cit., p. 141. En cambio parece que la adopción de estas medidas creó un grupo de oficiales bien formados, con un marcado espíritu de corps, al servicio del reino y desvinculado de la nobleza tradicional, dado que los malos resultados de la Guerra de Sucesión en España había desprestigiado en grado sumo al estamento nobiliario como mandos naturales de los ejércitos portugueses. Tal cual se observa en las memorias ya citadas de Cunha Mattos, este oficial se refiere a sí mismo como un hombre de academia, procedente de una familia de militares nacidos todos en contacto con la guerra frente a los españoles, puesto que la totalidad de sus miembros eran naturales de plazas fuertes de la frontera, y allí actuaron como oficiales de artillería o infantería: Estremoz, Portalegre, Borba, Alegrete, Olivença, Arronches, «e entendo que nenhum pretendia qualificar-se como ramo de alguma grande família de Portugal». Id., p. 140.

²⁶⁵ Se movilizaron también cuatro regimientos de exiliados franceses, denominados Dillon, Castries, Montemart y Loyal Emigrant. Una interesante perspectiva de la guerra, sus preparativos, composición del ejército portugués y operaciones de combate, la ofrece Manuel Godoy en sus *Memorias*, Madrid, 2008.

²⁶⁶ Una descripción detallada de todas las operaciones del ejército portugués en AMARAL, M., *Olivença 1801. Portugal em guerra do Guadiana ao Paraguai*, Lisboa, 2004.

²⁶⁷ Mientras un delegado del regente portugués, Araújo de Azevedo, se entrevistaba en Lorient con los emisarios de Napoleón, que exigieron a Portugal tales condiciones para la firma de la paz que Araújo no pudo aceptar. Seco SERRANO, C., «La política exterior de Carlos IV...» cit., p. 629. De todas formas quedó fijado un tratado de subsidios, mediante el cual Portugal debía entregar a Francia una sustanciosa cantidad anual cuya recaudación acarreó no pocas dificultades al gobierno de Lisboa.

El tratado de Badajoz fue rechazado por Napoleón en la medida que no cumplía sus expectativas con respecto a Portugal, y aunque las tropas de Leclerc abandonaron España – con gran alivio de Carlos IV y aún de Godoy –, era cosa sabida que regresarían pronto, porque la cuestión de Portugal seguía en el aire y porque la paz firmada en Amiens en 1802 era sumamente débil. La guerra volvió enseguida a la península cuando en 1804 la armada británica hundió y apresó una escuadra de cuatro fragatas españolas que regresaban de Montevideo frente a las costas de Faro, sin mediar declaración de guerra²⁶⁸ y sin considerar que, desde 1803, se estaba tratando de lograr una alianza entre Londres y Madrid. Portugal por su parte consiguió mantener en 1804 su neutralidad, si acaso sobre el papel, a cambio de pagar a Inglaterra una indemnización de seis millones de cruzados²⁶⁹. Pero el conflicto se había extendido por toda Europa, motivando un nuevo convenio entre Carlos IV y Napoleón en el que éste volvió a colocar sobre el tapete del juego de alianzas otro proyecto para invadir Portugal. De estas conversaciones surgieron los acuerdos de Fontainebleau, donde decidieron el reparto del reino lusitano si Lisboa no cerraba sus puertos a los británicos, si no se adhería al bloqueo continental declarado por Francia, y si no declaraba la guerra a los británicos; un ultimátum que fue entregado en Lisboa julio de 1807²⁷⁰. En un cúmulo de indecisiones, la corte portuguesa intentó lograr un acuerdo in extremis con los franceses firmando el acuerdo del bloqueo, pero procurando evitar a la vez que los buques ingleses, situados en la barra del puerto, bombardearan la capital. Napoleón ordenó entonces que las tropas franco-españolas invadieran Portugal – una vez más – a fines de 1807, lo que provocó la puesta en marcha del plan de retirada de la corte portuguesa al Brasil, bajo el amparo de la armada inglesa al mando del almirante Sidney Smith²⁷¹, un plan elaborado desde décadas atrás. El ejército franco-español dispuesto para la invasión, y estacionado a lo largo de la frontera, era muy numeroso, conformado por la división del general Juan Caraffa (con más de 10.000 efectivos) que entró en Portugal en noviembre desde Alcántara hacia Abrantes junto con las tropas de Junot; por la división del teniente general Francisco María Solano, marqués del Socorro, que ingresó a Portugal por Andalucía (otros 10.000 soldados); y por el cuerpo de ejército del brigadier Francisco Taranco, que lo hizo por el norte, hacia Porto (cerca de 7.000). No hubo combates esta vez porque el regente Don João apremió a sus tropas para que no presentaran oposición.

²⁶⁸ MERINO NAVARRO, J. P., «La Armada en el S. XVIII» cit., p. 148. Una fragata fue hundida con toda su tripulación al estallar la santa bárbara (La Mercedes, famosa por haber sido rescatados en estos meses del fondo del mar los metales que llevaba procedentes del Perú), y las otras tres fueron capturadas y llevadas a Inglaterra, portando una enorme cantidad de caudales.

²⁶⁹ PEREIRA, J. R., *Campanhas navais...* cit., p. 90.

²⁷⁰ MACEDO, J. B. de, *O Bloqueio Continental. Economia e Guerra Peninsular*, Lisboa, 1962.

²⁷¹ LIGHT, K. (comp.), *A transfêrencia da capital e corte pra o Brasil. 1807-1808*, Lisboa, 2007; MANCHESTER, A. K., «The Transfer of the Court to Brazil», en KEITH, H. H. y EDWARD, S. F. (eds.), *Conflict and Continuity in Brazilian Society*, Columbia, 1969.

Lo que resultó imprevisible en ese momento fue el final que tendría esta última invasión española: al conocer los soldados borbónicos en mayo de 1808 los levantamientos sucedidos contra los franceses en buena parte de sus ciudades de origen, decidieron (con mayor o menor aquiescencia de sus oficiales) abandonar Portugal por sus propios medios y volverse a sus casas. Fue lo que ocurrió en Porto con las tropas del general Ballesta, no sin antes dejar apoyada a una Junta en esa ciudad tras desarmar a la guarnición francesa; y en el Algarve y Extremadura, donde las propias tropas invasoras españolas ayudaron en la liberación de las ciudades frente a los franceses, en Elvas, Juromenha, Campo Mayor, Borba, Vila Viçosa, Estremoz, Évora, Vila Real de Santo António...²⁷² En Lisboa los acontecimientos fueron diferentes: alertado Junot de lo sucedido en otras ciudades, las tropas españolas allí acantonadas fueron convocadas en el Terreiro do Paço y desarmadas, apresadas y embarcadas en varios navíos del puerto donde quedaron cautivos hasta el convenio de Sintra, tras la batalla de Vimeiro, cuando pudieron volver a España²⁷³.

Era el último acto de más de siglo y medio de enfrentamientos. Pero el estigma de la guerra permaneció durante décadas en la frontera. No era necesario ser un gran observador para, durante estos años, percibir que los vecinos fronterizos, habitantes de localidades que durante décadas habían sido campo de batalla en los hostigamientos recíprocos (Badajoz, Alburquerque, Valencia de Alcántara, Olivença, Almeida, Chavez, Ouguela, Bragança, Évora, Miranda do Douro, Ciudad Rodrigo, Montalvão, Castelo Rodrigo, Portalegre, Arronches, Elvas, Monterrey en Galicia...) responsabilizaban al «otro» de los daños, las muertes y las ruinas producidas²⁷⁴. Producidas, además, sin su intervención directa en aquellas guerras. Al fin y al cabo eran ejércitos forasteros los que venían, combatían, causaban todo tipo de perjuicios, asolaban campos y cosechas, saqueaban y bombardeaban pueblos y ciudades, y luego se marchaban finalmente cuando la paz se establecía entre las capitales del reino, también sin mayor participación por su parte. Pero ellos quedaban, seguían allí; eran los habitantes de «la raya». Y la guerra les alcanzaría de nuevo, esta vez como hipotéticos aliados, a partir de mayo de 1808 y hasta 1813²⁷⁵.

²⁷² ARAÚJO, A. C. B. de, «Política e diplomacia na era das revoluções...» cit., p. 35.

²⁷³ Mucha información al respecto en COELHO, J. M. L., *História Militar e Política de Portugal desde os fins do século XVIII até 1814*, Lisboa, 1874-1891; y en CHABY, C. B. P. de, *Exortos históricos e collecção de documentos relativos à guerra denominada da Península...* cit.

²⁷⁴ GARCÍA MERCADAL, J. (rec.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. S. XVIII, Madrid, 1962.

²⁷⁵ CUNHA, P. P. da, *Sob fogo. Portugal e Espanha entre 1800 e 1820...* cit.; VALIENTE, V. P., *Ir prò Maneta. A revolta contra os franceses. 1808*, Lisboa, 2007.

Las unidades de origen portugués en el ejército de la monarquía española

Hasta aquí, la historia de unas relaciones difíciles. Pero éstas no impidieron que los contactos y las mútuas presencias entre súbditos e instituciones de las dos coronas no fueran continuos e intensos. A pesar de tantos conflictos, de tantas guerras como enfrentaron a ambas Coronas, la presencia de militares portugueses en el ejército de la monarquía española no fue ni extraña ni rechazada: pasemos a analizarla, porque aporta una nueva mirada al estudio de estas relaciones.

Más que conocido es el hecho de que durante la llamada «Unión de Armas» o «Jornada dos Vasalhos» – con motivo de la campaña organizada en 1625 por Felipe III para la reconquista de Salvador de Bahía, ocupada por los Holandeses un año antes – ambos ejércitos lucharon juntos, aunque sus resultados no conformaron a ninguno de los dos²⁷⁶. Sin embargo, menos estudiada es la petición que, tras la sublevación de Cataluña, Olivares hizo a Lisboa para el envío de varios tercios portugueses a fin de apoyar en la campaña, y ponerlos al mando del marqués de los Velez, al que se le hizo venir desde Sicilia para tal cometido²⁷⁷; una petición que no fue atendida debido al inicio de la guerra por la Restauración de la monarquía portuguesa en 1640.

Pero sí fueron varios e importantes los militares portugueses que, habiendo hecho la guerra desde años atrás al lado de la monarquía española en Flandes e Italia, permanecieron fieles a la misma después de esa fecha. Dos de ellos fueron los más importantes generales de Felipe IV en la campaña de Cataluña. Así, Felipe da Silva fue el comandante del ejército de operaciones en Aragón y virrey de Cataluña, conquistando en 1664 Lérida a los franceses y manteniéndola férreamente a pesar de los varios intentos que hicieron por recuperarla²⁷⁸. El otro gran general portugués de Felipe IV fue Antonio de Brito²⁷⁹, que obtuvo la victoria más sonada y laureada de toda la guerra en aquel frente, venciendo al general príncipe de Condé en 1647, una especie de bestia negra para los españoles porque había derrotado a los tercios en Rocroi.

²⁷⁶ SCHWARTZ, S. B., *Da América portuguesa ao Brasil*, Lisboa, 2003, y GARAVAGLIA, J. C. y MARCHENA F., J., «América Latina, de los orígenes...» cit., Vol. I, p. 377 y ss. Ver también, BOXER, C., *O Império marítimo português*, São Paulo, 2002; y VALLADARES, R., «Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal Hispánico (1639-1641)» en SANTOS PÉREZ, J. M. y CABRAL DE SOUZA, G. F. (coord.), *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el S.XVII*, Salamanca, 2006.

²⁷⁷ STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España...* cit., p. 264.

²⁷⁸ Además, el fue el que permitió que Felipe IV pudiera presentarse ante los catalanes como «pacificador» y no como el exterminador con que era propagandeado. Ver al respecto REULA BIESCAS, J., «Guerra y propaganda en la Cataluña de 1635-1659», en *Historia y Comunicación social*, N.1, 1996, p. 88. Sobre Felipe da Silva y sus campañas ver su memorial familiar en SALAZAR Y CASTRO, L. de, *Historia genealógica de la Casa de Silva*, Madrid, 1684, p. 545.

²⁷⁹ Id., p. 317.

Otros técnicos militares portugueses también formaron parte del ejército de Felipe IV, entre ellos el famoso ingeniero y cartógrafo Pedro Texeira, autor del primer gran plano de Madrid²⁸⁰. A estos oficiales deben sumarse los varios y muy importantes nobles portugueses pasados al bando de la monarquía española entre 1640 y 1660, bien por despecho hacia otros miembros de la aristocracia lusitana o bien por sentirse agraviados con el rey de Portugal, figurando entre ellos algunos de los más importantes miembros de la nobleza portuguesa, como el duque de Aveiro, el marqués de Castelo Rodrigo, Fernando Teles de Faro, el duque de Caminha o los duques de Albuquerque, que ostentaron grados militares²⁸¹ y que acabaron tejiendo, mediante continuas alianzas matrimoniales, tupidas redes de poder entre las grandes casas nobiliarias españolas y portuguesas (los Bragança, Moura, Medina Sidonia, Oropesa, Aveiro, Arcos, Alba, Caminha, Portocarrero...) Todos influyeron notablemente en la monarquía española de la segunda mitad del S. XVII por su gran poder económico y social, detentando buena parte de los principales cargos del ejército y la marina²⁸².

²⁸⁰ Pedro Texeira nació en Lisboa en 1595, hijo del Cosmógrafo Mayor de Portugal. En 1619 llegó a Madrid trabajando para Juan Bautista Lavanha, Cartógrafo Mayor de la Corona y creador de la Academia de Matemáticas de El Escorial. Trabajó en el levantamiento de los planos de diversas fortificaciones por Europa, y en 1622 se le encargó elaborar el que llegaría a ser conocido como *Atlas del Rey Planeta*, creado para el rey Felipe IV. Durante cuatro años recorrió gran parte del reino hasta realizar «*La descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos*». En 1634 continuó como oficial de artillería diversos trabajos cartográficos por Aragón, Cataluña, el País Vasco y Navarra. Tras iniciarse la guerra de la restauración portuguesa, quedó al servicio del rey español, participando en varias campañas en Cataluña. Luego se dedicó a su último gran trabajo, la *Topographia de la Villa de Madrid*, conocido como Plano de Texeira, un grabado donde aparece, edificio por edificio, calle por calle, la capital del reino. Fue terminado en 1651 e impreso en 1656. Pedro Texeira murió en Madrid en 1662. Ver PEREDA F. y MARÍAS, F., *El Atlas del Rey Planeta de Pedro Texeira*, Madrid, 2003.

²⁸¹ BARRETO XAVIER, A. y CARDIM, P., *Afonso VI...* cit., pp. 107 y 108. Muchos habían estado en Flandes.

²⁸² Sobre este tema de la nobleza portuguesa en la corte, el ejército y la administración española del S. XVII, ver BOUZA ALVAREZ, F., «Entre dois reinos uma pátria rebelde. Fidalgos portugueses na monarquia hispânica depois de 1640», en EARLE, T. F. y GRIFFIN, N. (eds.), *Portuguese, Brazilian and African Studies*, Warminster, 1995; VALLADARES, R., «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid, 1640-1670», en *Torre de los Lujanes*, N.37, 1998; WINDLER, Ch., *Elites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y monarquía hacia finales del Antiguo régimen*, Córdoba y Sevilla, 1997; y los ya citados de BERNARDO ARES, «El Iberismo como alternativa...» cit., p. 20, y CARDIM, P., «Los portugueses frente a la Monarquía Hispánica». Una presencia que ya venía de antiguo: CARDIM, P., «De la nación a la lealtad al rey. Lourenzo de Mendonça y el estatuto de los portugueses en la monarquía española de la década de 1630», en *Portugal, España y América*, Madrid, 2010. Para el siglo XVIII, MONTEIRO, N. G. F., *O crepúsculo dos Grandes. A casa e o património da aristocracia em Portugal. 1750-1832*, Lisboa, 1998. Incluso durante la Guerra de Sucesión llegó a existir un «partido español» entre la nobleza portuguesa que consideró seriamente la posibilidad de que Don Pedro II de Portugal pretendiera el trono español como «un rey unificador». CARDIM, P., «Portugal en la guerra por la sucesión de la monarquía española», en GARCIA, F. (ed.), *Almansa, encrucijada de Europa. La Guerra de Sucesión y el III Centenario de la Batalla de Almansa*, Madrid, 2010. pag. 207.

También, casi al final de la guerra por la Restauración portuguesa, en 1657 llegó a existir entre las tropas españolas un «Tercio de Portugueses», alistado en Extremadura y financiado por los lusitanos que residían en Castilla (fundamentalmente mercaderes y tratantes), aunque del mismo sólo quedó el nombre en poco tiempo cuando, dado el alto número de desertiones y fugas al campo «enemigo», y dada también la inminencia del fin de la guerra, se optó por dejarlo compuesto solo por españoles, aunque se obligó a que siguieran pagándolo los comerciantes lusitanos²⁸³.

Tampoco era una novedad. Desde antiguo (al menos desde 1580) existieron unidades portuguesas en el ejército de la monarquía española, y combatieron por toda Europa. Realizaban la recluta en Portugal y conservaban sus nombres: por ejemplo, el Tercio de Lisboa²⁸⁴, llamado cuando se creó en 1579 «Tercio Departamental de Portugal» o «Tercio de Niño»²⁸⁵, de los más veteranos y prestigiosos, que aparecía en las revistas y estados del ejército real como uno de los pocos «Tercios Antiguos de Infantería Española»; y el Tercio de Portugal, creado en 1657, en plena guerra por la Restauración, que era el ya mencionado «Tercio de Portugueses»²⁸⁶.

Pero cuando a principios del S. XVIII Felipe V tuvo que reorganizar sus tropas para enfrentarse al avance del archiduque Carlos desde Lisboa, acudiendo para ello al consejo de los técnicos franceses enviados por su abuelo Luis XIV, cambió por entero la organización de su ejército. Por la nueva Ordenanza General de 1703²⁸⁷, los tercios fueron reestructurados en regimientos de infantería²⁸⁸, y los que estaban compuestos (al menos teóricamente) por extranjeros, o de tradición extranjera (como los portugueses), fueron también homologados con los españoles, «queriendo hacer uniforme el ejercicio militar de estas naciones para cortar el desorden y las diferencias que hasta ahora han ocurrido entre ellas»²⁸⁹.

²⁸³ VALLADARES, R., «De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid...» cit., p. 95.

²⁸⁴ El Tercio era la unidad básica del ejército de los Austrias españoles, un invento originado en las campañas de Italia por Fernández de Córdoba y regulado por primera vez en 1534. Según las ordenanzas de 1632 que los ajustaron definitivamente, estaban formados por doce compañías o banderas, cada una con 250 soldados y oficiales. Lo mandaba un maestre de campo. Ver PARKER, Geoffrey, *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Barcelona, 1976; QUATREFAGES, René, «Le système militaire des Habsbourg», en HERMANN, Christian (coord.), *Le premier âge de l'État en Espagne. 1450-1700*, París, 1989.

²⁸⁵ Por ser su organizador Gabriel Niño de Zúñiga.

²⁸⁶ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones*, Vol. I y II, Madrid, 1989, p. 22.

²⁸⁷ PORTUGUÉS, J. A., *Colección general de las ordenanzas militares, sus innovaciones y aditamentos*, Madrid, 1764-1769.

²⁸⁸ Cada regimiento estaba conformado por 12 compañías con un total de 600 soldados, al mando de un coronel. Se hallaban dotados de fusil con bayoneta en vez de picas y arcabuces, substituyendo los uniformes «de golilla» por casacas y pantalones, y los grandes sombreros de plumas por tricornos. Además se crearon los cuerpos de Dragones (infantería que se desplazaba a caballo), todo según el modelo francés. CORVISIER, A., *L'Armée française de la fin du XVII^e siècle, au ministère de Choiseul: le soldat*, París, 1964 y 1969.

²⁸⁹ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 25.

Así, permanecieron alistados 56 regimientos de infantería española, 7 de infantería walona (o de la Guardia del rey), 6 de irlandeses y 2 de italianos. En 1707, por una nueva ordenanza, se cambiaron sus nombres: «He resuelto que todos (los regimientos) que en esta mi Real Ordenanza van expresados por los nombres de los coroneles... se nombren en adelante y perpetuamente en la conformidad que se sigue...»²⁹⁰, figurando a continuación los nombres nuevos. Es entonces cuando hallamos los cuatro regimientos con nombres portugueses entre los regimientos «españoles»: los de infantería de Lisboa y Portugal, y los de caballería de Algarve y Lusitania; aunque para entonces el número de portugueses en los mismos fuera mínimo o incluso inexistente. Se trataba de conservar sus nombres por tradición en el seno del ejército borbónico.

El regimiento llamado «de Lisboa» por la nueva ordenanza, procedía del viejo Tercio de Lisboa de 1579, distinguido en 1580 en la conquista de Olivença, Vila Viçosa, Setúbal y Lisboa. Se hallaba de guarnición en esta ciudad en 1593²⁹¹, en el castillo de San Jorge. En la guerra por la restauración de la monarquía portuguesa, estuvo en 1657 en la toma de Borba, Jurumenha, Beira y Crato, y en 1662 en la de Ouguela. Se halló en el sitio y ocupación de Évora y batalla de Estremoz (Ameixial) de 1663, donde resultó batido²⁹². A principios del S. XVIII fue destinado a Italia en 1701, al mando del maestre de Campo Diego de la Concha, llamándose por entonces Tercio de Lisboa N.º 4. En 1707 su coronel era Diego de los Santos Amaya, combatiendo en Valencia y Cataluña durante la guerra de Sucesión, quedando luego de guarnición en Sicilia²⁹³. En la Ordenanza de 1707 se le asignó la antigüedad de 1579 (uno de los cinco más antiguos de todo el ejército)²⁹⁴. En 1713 llegó evacuado de Italia, y quedó acantonado en Cataluña²⁹⁵, refundiéndose en 1715, tras el fin de la guerra, con el segundo batallón del regimiento de Vitoria, siendo su coronel el conde de Taboada²⁹⁶. En 1721 se reguló su uniforme: casaca y calzón blancos con chupa y vueltas encarnadas²⁹⁷.

En 1732 se halló en la defensa de Ceuta, y en 1735, al crearse el regimiento de la Reina y entresacarse para formarlo las mejores tropas de varias unidades, una compañía del de Lisboa fue elegida para unirse al mismo.

²⁹⁰ Id., pp. 29 y 36.

²⁹¹ Ver, «Colección de cien estampas que demuestra todas las nuevas divisas del Ejército de España según el último reglamento de este año. Madrid, 1805» (Colección particular.) Publicado como *Uniformes militares en la España de principios del S. XIX*, Madrid, 1987, s/p. Ver la ficha del regimiento.

²⁹² SOTTO, José, conde de Clonard, *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día*, Madrid, 1854.

²⁹³ «Colección de cien estampas...» cit., s/p.

²⁹⁴ SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos de Intanteria, Cablleria y Dragones de España*, Madrid, 1738, pp. 316 y 332.

²⁹⁵ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 35.

²⁹⁶ Id., pp. 41 y 43.

²⁹⁷ Id., p. 56.



Participó luego en la campaña de Italia, estando presente en la mayor parte de los combates, y a su regreso a España en 1737 ya poseía dos batallones, al mando del conde de Zaldueña²⁹⁸. Luego, en 1742, fue enviado como socorro a la plaza de Cartagena de Indias, donde formó parte del contingente de tropas que soportó con éxito el ataque británico del almirante Vernon, aunque en 1745 protagonizó un sonoro alzamiento contra las autoridades locales por el impago de sus sueldos atrasados, llegando a bajar los cañones de las murallas y apuntarlos contra el palacio del virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, siendo perdonado este delito por el monarca español ante la imposibilidad de infligirles algún castigo²⁹⁹. En 1753 estaba de guarnición en Pamplona, con dos batallones de 450 plazas³⁰⁰. De 1757 es el grabado que se conserva en la Brown University Library sobre su uniforme y sus banderas, en las que aún figura un navio navegando el rio Tajo³⁰¹, grabado que aparece más arriba. Por último, en 1791 se le cambió el nombre por el de regimiento de Zaragoza, pero manteniendo aún el navío en su escudo regimental³⁰².

²⁹⁸ ID., p. 47.

²⁹⁹ MARCHENA F., J., «Sin temor de Rey ni de Dios. Violencia, corrupción y crisis de autoridad en la Cartagena Colonial», en MARCHENA F., J. y KUETHE, A. J. (ed.), *Soldados del Rey. El Ejército Borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*, Castellón, 2005.

³⁰⁰ Revistas a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 2775.

³⁰¹ Estado Militar de España, 1757. Anne Brown Military Collection, Brown University Library, Providence, Rhode Island. Editado como *El ejército de Fernando VI*, coord. Aurelio Valdés Sánchez, Madrid, 1993, p. 90.

³⁰² «Colección de cien estampas...» cit., s/p.

Otra unidad de origen lusitano fue el regimiento de Portugal. Ya se mencionó que procedía del «Tercio de Portugueses». Durante la guerra de Sucesión, en la que intervino en las operaciones de la frontera de Extremadura y Castilla, se llamó regimiento de Toro (Zamora). En 1718 pasó a recuperar su nombre de regimiento de Portugal, estando al mando del coronel Pedro Vico³⁰³. En 1721 su uniforme regular estaba compuesto por casaca y calzón blancos con vueltas verdes³⁰⁴. En la década de 1730 participó en la campaña de Italia, regresando a España en 1737 al mando del coronel Miguel de Estrada³⁰⁵. En 1740 este regimiento fue extinguido por la reforma del ministro Ensenada³⁰⁶.

En cuanto a la caballería, fueron dos los regimientos existentes a lo largo del S. XVIII de nombre portugués. Uno fue el del Algarve, creado en 1695 con el nombre de Guardia del Teniente General de la Caballería de Flandes, al mando del maestre de campo Chacón y Orellana y conocido luego, en 1703, como regimiento de caballería de Estrella (conformado por tres escuadrones de cuatro compañías cada uno) al mando del conde del Peral, que en la batalla de Spira (Alemania) ganó el lema³⁰⁷, grabado en oro en sus guiones sobre damasco azul, «VIRTUS UNIUS DISIPAT HOSTES COLLECTOS»³⁰⁸.



³⁰³ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 42.

³⁰⁴ Id., p. 56.

³⁰⁵ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 85.

³⁰⁶ ANDUJAR CASTILLO, F., *El sonido del dinero, Monarquía, ejército y venalidad en la España del S. XVIII*, Madrid, 2004, p. 284.

³⁰⁷ SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad...* cit., p. 450.

³⁰⁸ «El valor de uno solo destruye a los enemigos reunidos».

Combatió durante la guerra de Sucesión en el levante español, hallándose en 1714 de operaciones por la región de Valencia³⁰⁹. Este regimiento fue el que en 1718 pasó a llamarse Regimiento del Algarve, con casaca blanca y divisa azul³¹⁰. Participó luego a la campaña de Italia. En 1750 estaba de guarnición en Fontiveros³¹¹, y en 1782 figuró entre los regimientos que participaron el bloqueo de Gibraltar. En 1793 se halló en la guerra contra la Convención francesa en el Rosellón, pasando la casaca a ser azul y su camisa y calzón de color amarillo. Fue disuelto tras la guerra contra Napoleón³¹².

El otro regimiento de caballería de nombre portugués fue el de Lusitania. En 1709 se creó un nuevo regimiento de Dragones, compuesto por 12 compañías de a 50 soldados. Participó durante la Guerra de Sucesión en la campaña de Portugal (toma de Montemayor). En 1714 se hallaba en Cataluña³¹³, y en 1718 pasó a llamarse Regimiento de Dragones de Lusitania, con casaca amarilla y divisa azul³¹⁴. Desde esa fecha y durante veinte años estuvo al mando de Jaime de Guzmán Dávalos, marqués de la Mina y conde de Pezuela de las Torres. Obtuvo muchas condecoraciones en las campañas de Italia, tanto por la batalla de Melazzo (1718) como por la Madonna del Olmo (1744), donde llegó a perder dos tercios de sus soldados en combate. En 1720 y 1732 estuvo en el norte de África, participando en las campañas de Ceuta y Orán, y en 1727 en el bloqueo a Gibraltar. En 1754 se hallaba de guarnición en Vich³¹⁵, pero la mayor parte de su recluta la hacía en Granada y Zaragoza. Sus banderas eran de damasco carmesí, llevando en el anverso las armas reales, rodeado de trofeos de guerra, y en el reverso un monte, en cuya cima dos alas sostienen un escudo redondo alusivo a San Miguel Arcángel arrojando a Lucifer a los infiernos, con la inscripción «QUIS UT DEUS» y el lema «LUSITANIA TESSERA OMNIS ARMATURA FORTIUM»³¹⁶. Todo el regimiento llevaba divisas y corbata negra como recuerdo de la batalla de Madonna del Olmo, habiéndole concedido el rey el privilegio de llevar tres calaveras con las tibias cruzadas en la bocamanga³¹⁷.

³⁰⁹ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., pp. 110-120.

³¹⁰ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 190.

³¹¹ Revista a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 1122.

³¹² «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento. Las láminas que siguen están datadas y proceden de: Lámina de la izquierda, 1757, Anne Brown Military Collection, Brown University Library... cit., p. 190; Lámina de la Derecha: 1805, «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento.

³¹³ GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones...* cit., p. 109.

³¹⁴ *El ejército de Fernando VI...* cit., p. 234; SAMANIEGO, J. A., *Disertación sobre la antigüedad...* cit., p. 508.

³¹⁵ Revista a la unidad en AGS, Guerra Moderna, 3867.

³¹⁶ «Lusitania puede más con su estandarte que con todas sus armaduras». Los guiones históricos de esta unidad se hallan en el Museo del Ejército, N° 30174.

³¹⁷ «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento. Las láminas que siguen están datadas y proceden de: Lámina de la izquierda, 1757, Anne Brown Military Collection, Brown University Library... cit., p. 234; Lámina de la Derecha: 1805, «Colección de cien estampas...» cit., s/p., ver ficha del regimiento.



En 1762 fue enviado a la frontera con Portugal, participando en la toma de Miranda, Braganza, Chaves, Castel Rodrigo, Salvaterra y Almeida. En 1776 fue uno de los regimientos embarcados en la expedición de Cevallos a Santa Catarina, Rio Grande do Sul y Colonia de Sacramento, y en 1793 participó en la guerra del Rosellón contra la Convención francesa³¹⁸.

Oficiales portugueses en el ejército de la monarquía española en América

Francisco Andujar Castillo³¹⁹ destaca que, comparativamente con franceses e italianos, los oficiales portugueses en el ejército español no eran muy numerosos, habida cuenta todo lo mencionado hasta ahora en este trabajo. En América, la situación fue similar: del total de extranjeros en el ejército colonial (588 oficiales³²⁰) los italianos figuran con el porcentaje más elevado (35,1%), seguido por franceses (26,1%), irlandeses (10,2%), portugueses (9,1%) y flamencos (5,8%)³²¹. Pero analizando la tabla que incluimos al final

³¹⁸ Este regimiento aún continúa activo como unidad del ejército español, con el nombre de Regimiento de Caballería Ligero Acorazado Lusitania. N.º.8, de guarnición en Valencia.

³¹⁹ ANDÚJAR CASTILLO, F., *Los militares en la España del S. XVIII, un estudio social*, Granada, 1991, p. 315.

³²⁰ Hojas de servicio que pueden ser consultadas en el banco de datos editado por la Fundación Mapfre Tavera, realizado por MARCHENA F., J. (coord.), CABALLERO GÓMEZ, G. y TORRES ARRIAZA, D., *El Ejército de América antes de la Independencia. Ejército regular y milicias americanas, 1750-1815. Hojas de servicios, uniformes y estudios histórico*, Madrid, 2005. De un total de 21.247 oficiales, los portugueses representan el 2,7%. Un estudio social del total de la oficialidad del ejército americano durante el siglo XVIII en MARCHENA F., J., *Ejército y Milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, 1992.

³²¹ Dos estudios sobre oficiales extranjeros en el ejército colonial americano: MARCHENA F., J., «Los oficiales militares irlandeses en el Ejército de América. 1750-1815», en GARCÍA HERRANZ,

de este trabajo, y que contiene el resumen de las hojas de servicio de los 51 oficiales portugueses en el ejército colonial americano entre 1750 y 1815, puede deducirse que la presencia de portugueses en este ejército no fue, como en el caso de otras colectividades extranjeras en América, producto de que, previamente a su encuadramiento en los cuerpos militares, estuvieran ya radicados en el nuevo mundo, dedicados a actividades económicas o mercantiles; sino que fue el ejército veterano que pasó a América como refuerzo defensivo, llevando hasta allá a oficiales que servían en Europa, el origen de la presencia de estos militares portugueses en el ultramar español. Y ello a pesar de que, como han señalado numerosos autores, la portuguesa fue una colonia muy importante en los grandes centros de decisión del comercio americano en España y América. Pero ese no fue el origen de estos oficiales, porque analizando su ubicación a lo largo de los años estudiados, se observa

Oficiales Italianos por décadas:

1740-1749:	0	1780-1789:	12
1750-1759:	1	1790-1799:	17
1760-1769:	0	1800-1809:	18
1770-1779:	11	1810-1815:	2

que es en las décadas de 1770 a 1790 cuando el número crece, coincidiendo con el envío a América de los mayores contingentes de tropas procedentes de la península como refuerzo con motivos de las guerras: campaña de Santa Catarina y Colonia de Sacramento, refuerzo del Pacífico (Lima y Panamá), refuerzo de Veracruz en Nueva España, campaña en Luisiana y la Florida, defensa y refuerzo de las plazas fuertes antillanas (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo) y refuerzo de las guarniciones del Caribe continental en Venezuela y la Nueva Granada (especialmente Cartagena de Indias).

En concreto, el regimiento de Lisboa pasó al completo a La Habana en 1768, y el de Lusitania al Río de la Plata en 1776³²². Pero otros regimientos que tenían oficiales portugueses en sus plantas (como los de la Guardia Walona – Bruselas – y el de Hibernia, llamado también «de irlandeses») pasaron igualmente a América en los años 80³²³. Eso explicaría por qué, a partir de

E. y RECIO MORALES, O. (coords.), *Extranjeros en el ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1810*, Madrid, 2007; y MARCHENA F., J., «Italianos al servicio del rey de España en el Ejército de América. 1740-1815», en BIANCHI, P., MAFFI, D. y STUMPO, E. (eds.), *Italiani al servizio straniero in Etá Moderna. Annali di Storia Militare Europea*, N.1, 2008.

³²² Con anterioridad también habían sido destacadas a América estas mismas unidades: medio regimiento del de Lisboa pasó en 1733 a Portobelo y Panamá, embarcado en el Ferrol; y otro medio fue enviado a Cartagena en 1740, como ya se indicó. Además, el regimiento de Portugal fue enviado desde Santander a La Habana. MARCHENA F., J., *Oficiales y soldados...* cit., pp. 117 y ss.

³²³ Id., p. 119.

entonces, es cuando hallamos el mayor número de oficiales portugueses en las unidades americanas; porque, como ya demostramos en otros trabajos³²⁴, buena parte de estos oficiales se quedaban voluntariamente en las unidades de dotación del ejército colonial (llamados normalmente regimientos o batallones Fijos de las diferentes guarniciones), porque allí eran ascendidos y tenían mejor sueldo, o porque se casaban en esas ciudades; o porque pasaban a formar parte de las milicias locales no regulares (compuestas por los principales vecinos de las localidades) bien como instructores de las mismas (dada su experiencia) o bien porque, habiendo abandonado el ejército al cumplir sus años de enganche, quedaban como moradores de estas ciudades, con la obligación de continuar en el servicio miliciano, manteniendo el uso de uniforme y del fuero militar como vecinos distinguidos.

Analizando los datos, comprobamos que, efectivamente, la localización de estos oficiales coincide con el lugar de llegada de estas unidades del refuerzo peninsular:

DESTINO	Nº OFICIALES
LUISIANA	1
ISLA DE CUBA	8
SANTO DOMINGO	2
PUERTO RICO	2
NUEVA ESPAÑA	7
PANAMA	2
NUEVA GRANADA	6
VENEZUELA	9
PERU	5
CHILE	3
RIO PLATA	6
TOTAL	51

De estos oficiales, cuando se les hace su hoja de servicio³²⁵, 2 aún continuaban en el ejército de refuerzo (uno en el regimiento de Bruselas y otro en el de Hibernia) regresando luego a España; 27 (el 55%) ya se habían pasado al ejército de dotación americano; y 22 (el 40,5%) formaban parte de las milicias provinciales, porque habían abandonado el servicio militar regular.

³²⁴ MARCHENA F., J., «Las unidades peninsulares del refuerzo en el Ejército de América durante el S. XVIII», en VV.AA., *Historia del Regimiento de Infantería de Soria*, Las Palmas, 2009.

³²⁵ Para el estudio se ha considerado su primera hoja, y se ha continuado estudiando las siguientes para reconstruir su historial. Las hojas de servicios se hacían cada diez años; por eso puede observarse en la tabla final que muchos de ellos poseen más de una hoja (véanse las notas de la mencionada tabla).

Veamos ahora sus grados militares, separando obviamente a regulares de milicianos:

GRADOS	Nº OFICIALES REGULARES	Nº OFICIALES MILICIANOS
Tenientes Coroneles	—	1
Capitanes	1	2
Ayudantes	—	1
Tenientes	3	1
Subtenientes	2	1
Sargentos	23	15
Cirujanos	—	1
TOTAL	29	22

Es decir, que excepto un capitán, que mandaba una de las compañías del regimiento de Bruselas (considerada una de las unidades de élite del ejército borbónico, conformando la Guarda Real o Guardia Walona), un subteniente del de Hibernia (también del refuerzo peninsular), tres tenientes del Fijo de Campeche, del Fijo de La Habana y de la Expedición de Morillo³²⁶ destacado en Venezuela, y un subteniente del Fijo de Veracruz, el resto de los oficiales regulares portugueses (23, el 80%) eran sargentos. O sea que procedían de la clase de tropa pero, al quedarse voluntariamente en América, eran ascendidos a sargentos. Un rasgo extraordinariamente significativo porque nos sitúa a estos oficiales como profesionales de la milicia, que, como luego comprobaremos, con muchos años de servicio y con una edad considerable para la época, sólo conseguían ascender al fin a la oficialidad quedándose en América, renunciando a volver a Europa, porque sus condicionantes en cuanto a su origen social –como también comprobaremos– les impedían ascender; al ser la nobleza un requisito para el acceso a la oficialidad en el ejército borbónico. Una vez alcanzado este grado de sargento su realidad mejoraba sustancialmente, y con ella la calidad social y las posibilidades de ascender socialmente en las ciudades de su guarnición, o realizar un matrimonio más conveniente. Los datos que siguen confirmarán esta hipótesis.

³²⁶ Esta expedición, al mando del general Pablo Morillo, fue organizada en 1815 por Fernando VII tras su regreso al trono español y tras abolir la Constitución de Cádiz, y enviada a América para la «reconquista» de las colonias que se hallaban sublevadas desde 1810. El primer destino de esta expedición fue Venezuela, pasando luego a la Nueva Granada, a Quito y al Perú. Los regimientos que la componían eran los que habían luchado contra los franceses en España y acababan de terminar la guerra. Ahora comenzaban una nueva, por orden del rey absolutista, pero al otro lado del mar. Los dos oficiales portugueses que figuran en la expedición, muy jóvenes, estaban en ella porque sus respectivos regimientos (La Legión Extremeña o Regimiento de Extremadura, y el Regimiento de Órdenes Militares) fueron embarcados rumbo a América. Al respecto de esta expedición, de la que formaban parte forzada la mayoría de los militares liberales españoles, ver MARCHENA F., J. «¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la <reconquista> de América», en MARCHENA F., J. y CHUST CALERO, M. (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, 2008.

Con respecto a los grados de los oficiales milicianos, estos se obtenían en función de la posición social que cada uno ocupara en su respectiva jurisdicción, sin estar sujetos a escalafón (algunos grados incluso se compraban). Así lo establecía el reglamento que ordenaba a estas unidades de milicias en América: «Los Coroneles se escogerán entre los individuos más calificados y titulados en cada partido... Los demás oficiales entre los que manifiesten una nobleza suficiente y entre otros que vivan decentemente, aunque sean comerciantes...»³²⁷; por lo que Alexander von Humboldt, viajero incansable por buena parte de la geografía americana a fines del S. XVIII, no pudo menos que anotar: «No es el espíritu militar de la nación sino la vanidad de un pequeño numero de familias – cuyos jefes aspiran a títulos de coronel o brigadier – lo que ha fomentado las milicias en las colonias españolas... Asombra ver hasta en las ciudades chicas de provincias a todos los comerciantes transformados en coroneles, en capitanes y en sargentos mayores... Como el grado de coronel da derecho al tratamiento y título de señoría, que repite la gente sin cesar en la conversación familiar, ya se concibe que sea el que más contribuye a la felicidad de la vida doméstica, y por el que los hacen los sacrificios de fortuna mas extraordinarios»³²⁸. De ahí que, de estos oficiales portugueses milicianos, los que más alto grado alcanzaron (un teniente coronel, dos capitanes, un ayudante, y un teniente) no fueran militares profesionales, sino que, por ser personas importantes, acaudaladas y con prestigio suficiente en sus lugares de residencia, consiguieron ser elevados a estos grados directamente, sin otros saltos escalafonados, formando siempre parte de la misma unidad de milicias y sin ninguna experiencia militar previa.

Conozcamos ahora los lugares de nacimiento de todos estos oficiales portugueses:

De 21 de ellos (el 41%) figura en su hoja de servicios que habían nacido en Portugal, sin más referencias. De otros 23 (45%) conocemos la localidad: 9 en Lisboa, 2 en Porto y uno en cada uno de los siguientes lugares: Setúbal, Braga, San Martín de Moimenta, Évora, Guarda, Bragança, Estremoz, Guimarães, Vila Franca de Xira, Amarante, Borba y Açores. Y de otros 7 (el 13,7%) aunque en la casilla donde figura «*su país*» aparece Portugal, en la de «*su ciudad*» aparecen localidades del Brasil, uno en cada una de las que siguen: Las Minas, Ambos Ríos, San Pablo, San Salvador, Alto Longa, Pará y Río de Janeiro.

Es decir, nos hallamos ante un grupo de portugueses continentales fundamentalmente de ciudades del interior, con base campesina, y en las cuales la emigración (bien mediante el ejército, bien saliendo hacia otros lugares) ya era un hecho asentado en la segunda mitad del S. XVIII; y ante otro grupo –menor pero representativo– de brasileños que van a desplazarse, dentro de

³²⁷ Reglamento de Milicias de Lima y Perú, 1776. AGI, Lima, 654.

³²⁸ MARCHENA F., J., «The Social World of the Military in Peru and New Granada: The Colonial Oligarchies in Conflict», en FISHER, J., KUETHE, A. J. y MCFARLANE, A. (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, Baton Rouge, 1990, p. 59.

otra corriente migratoria fuertemente asentada también en el periodo, hacia las regiones del sur, fundamentalmente hacia el Río de la Plata.

Como enseguida veremos, esta variable tiene una muy clara relación con sus orígenes sociales, según la «calidad» que figura en sus hojas de servicios:

CALIDAD	PORTUG. PENINS.	PORTUG. BRASIL	TOTAL
NOBLE	7	1	8
HIDALGO	1	—	1
HIJO DE FUNCIONARIO	1	—	1
BUENA	6	—	6
DECENTE	2	1	3
HIJO DE LABRADOR	7	—	7
HONRADA	6	—	6
HUMILDE	9	2	11
SOLDADO DE FORTUNA	2	3	5
SIN DATOS	3	—	3
TOTAL	44	7	51

De entre los 8 nobles, de 5 sólo sabemos que nacieron en Portugal, y de los otros 3 que uno era Lisboaeta, otro de Guarda y el tercero de San Salvador; el hidalgo era natural de Lisboa, y el «hijo de funcionario» de Setúbal. De los naturales de localidades del Brasil, 3 eran «soldados de fortuna», 2 «humildes» y 1 de calidad decente. El resto, la gran mayoría (37, el 72%) eran naturales del Portugal continental y de calidades inferiores, y esto explica las dificultades que tenían para ascender en el ejército, como más adelante podremos concluir, necesitando muchos años de servicios (y mucha edad) para lograrlo.

Efectivamente, la edad media del colectivo (43,2 años) es muy elevada para la época³²⁹, y para tratarse en su mayoría de militares de baja graduación: el mayor de todos era Marcos de Acosta, natural de Belém do Pará, destinado en la Guayana, que con 59 años aún era sargento. Sólo 5 de ellos tenían menos de 30 años (dos de los cuales habían combatido en la guerra contra Napoleón, ingresados al ejército muy jóvenes por motivos de la guerra, y que en 1815 formaban parte de la Expedición de Morillo). 12 (el 23,5%) tenían más de 50 años, y un tercio del total se hallaba entre los 40 y los 49 años. Estos datos señalan la gran cantidad de tiempo que necesitaron para ascender, y la dificultad que encontraron para hacerlo debido a su extracción

³²⁹ Nótese que en la variable «salud», en los tres oficiales de mayor edad figura la calificación «salud quebrantada».

social. Porque su edad de entrada al ejército ofrece datos normales: casi un 50% ingresó a filas en edades comprendidas entre los 20 y los 30 años, y el 24% aún con menos de 20, lo que era corriente en los ejércitos de la época. Los tres con mayores edades al ingreso (más de 48 años) fueron los oficiales de milicias, que lo hicieron cuando se crearon sus unidades, ingresando directamente como oficiales por su condición social local, como ya se comentó (en las milicias de Chota y Celendin, y el lisboeta Diego Roque, cirujano en las milicias cubanas de Cuatro Villas).

La mayoría (más del 70% del total del colectivo) estaba constituida por los sargentos, que ingresaron al ejército como soldados y que emplearon muchos años en lograr ascender a tal grado.

Si analizamos la variable modos de ingreso al ejército, comprobamos que 42 de ellos (el 82,3%) lo hicieron como soldados, y que solo 4 accedieron desde la clase de cadete (evidentemente los de mejor posición social: todos portugueses continentales, tres «nobles», un «hidalgo») y cuatro directamente a su alto grado en las milicias. El cirujano accedió también directamente a este empleo.

Por tanto, todos poseían muchos años de servicio, una media de 27,8: 6 llevaban sirviendo más de 30 años y 11 más de 20. Y los que tenían menos de 10 (11 oficiales en total) ingresaron directamente a su grado en las milicias, o porque aún eran muy jóvenes todavía (los dos incorporados a la Expedición de Morillo)³³⁰.

De ahí que, al analizar la variable «progreso en el escalafón», los datos vuelven a mostrarnos todas estas circunstancias. Estudiando el número de ascensos necesarios para alcanzar el grado que cada oficial posee³³¹, se deduce que, procediendo casi todos del ejército peninsular de refuerzo y luego incorporados al ejército regular en América, la mayoría eran sargentos ascendidos desde la clase de soldado (2 ascensos); y que los 5 que sólo habían servido en las milicias, ingresaron directamente al grado que poseían (es decir, sin ningún ascenso): el cirujano, un capitán en Cartagena de Indias, y los 3 altos oficiales de las milicias de Chota y Celendín en el norte peruano.

³³⁰ Y dos casos más que necesitan una explicación: El azoriano José Pereira venía de servir en un regimiento europeo del refuerzo, pero en su hoja de servicio realizada en Lima solo se le contabilizaron los años transcurridos en esta última guarnición; lo mismo sucedía con Domingo de Sousa, en el Fijo de La Habana. Los dos en realidad tenían muchos más años de servicio de los que constan en su filiación.

³³¹ Por ejemplo, un soldado para llegar a sargento necesitaría dos ascensos: de soldado a cabo, y de cabo a sargento; un cadete para llegar a capitán, tres: de cadete a subteniente, de subteniente a teniente, y de teniente a capitán. Así, en el caso de que hubiera algún soldado que pudiera ascender a capitán, necesitaría cinco ascensos: a cabo, a sargento, a subteniente, a teniente y a capitán. No hay ninguno así entre estos oficiales portugueses. La mucha edad y su origen social «no noble» se lo impedían.

LUGAR DE EJECUCION DEL GRADO	Nº OFICIALES	Nº ASCENSOS	Nº OFICIALES	
GRADOS EN EL EJERCITO REGULAR	30	Con 1 ascenso	1	(³³²)
		Con 2 ascensos	26	(³³³)
		Con 3 ascensos	2	(³³⁴)
		Con 4 ascensos		(³³⁵)
GRADOS EN EJER. REGULAR Y MILIC.	16			
GRADOS SOLO EN MILICIAS	5	Sin ascensos	5	

Las características descritas se reafirman al analizar la variable «unidades en la que prestaron servicio anteriormente».

En varias unidades en España	39	
En ninguna otra, solo en ésta	12	En unidades regulares: 7
		En unidades milicianas: 5

Efectivamente, más del 75% de estos oficiales procedían de unidades peninsulares que fueron enviadas a América como refuerzo: estas unidades coinciden con la lista y destino de los regimientos remitidos a los lugares ya mencionados, y en las cuales existían naturales de Portugal reclutados como soldados en la segunda mitad del siglo (entre las décadas de los 60 y los 80): algunos de ellos – la mayoría – como consecuencia de las guerras de 1762-63 y 1776, que se engancharon como «soldados de fortuna» en la zona de la frontera hispano-portuguesa de Extremadura, Trás-os-Montes y Beira cuando las tropas borbónicas invadieron Portugal, o en Rio Grande do Sul, cuando la guerra alcanzó a aquella región. Casi todos pasaron, ya en América y por las razones apuntadas más arriba, a las unidades de dotación americanas, ascendiendo de soldados a sargentos. Eran muy bienvenidos en las unidades locales regulares (los regimientos Fijos) porque poseían una gran experiencia en el gobierno interior de las compañías después de tantos años de servicio en el ejército regular peninsular. Al fin y al cabo, más que

³³² Es el subteniente Nicolás Gremer, ascendido desde cadete (era de calidad «noble») en el regimiento de Hibernia (regimiento europeo, del refuerzo).

³³³ Todos eran sargentos – ascendidos desde soldado y cabo – menos dos: un teniente que ascendió desde cadete y subteniente, destinado en Campeche (era «hidalgo») y otro teniente, también ascendido desde cadete, que figura en la Expedición de Morillo (de calidad «noble»).

³³⁴ Son el capitán Juan Varregozo, del regimiento de Bruselas (también de calidad «noble», e igualmente del refuerzo europeo) y el subteniente Francisco Riveiro, destinado en Veracruz, uno de los dos únicos oficiales de toda la lista, que, procediendo de la clase de soldado y de calidad «buena», había conseguido pasar del grado de sargento, aunque después de 20 años de servicios y 43 años de edad.

³³⁵ Es el otro oficial que desde soldado llegó a teniente: Ignacio Leite Vidal, natural de Porto, de calidad «humilde», destinado en el regimiento Fijo de la Habana. Pero solo lo logró después de 30 años de servicios, con 49 años de edad.

los oficiales superiores, eran los sargentos los que bregaban con la tropa, siendo sus instructores y sus mandos más directos, y la principal autoridad de los soldados en el servicio cotidiano de guarnición. Los coroneles de los regimientos, y en especial de los regimientos americanos, preferían a este tipo de sargentos por encima de cualquier otro aspirante, dada su experiencia incluso en el combate, por lo que dieron facilidades a los mismos para pasarse de las unidades peninsulares en que servían a los Fijos de las ciudades. En otros casos, dado sus muchos años de servicio y las oportunidades que en América se les brindaban como blancos europeos, se retiraron del ejército regular y se avencindaron en diversas ciudades americanas – casi siempre en el lugar donde habían estado destinados originalmente – pasando a formar parte de la oficialidad de las milicias.

De los que sólo estuvieron en la unidad en la que prestaban servicio (el 25%) hay que distinguir entre los del ejército regular y los milicianos. Entre los primeros se hallan los oficiales del refuerzo (regimiento de Bruselas) y los de la Expedición de Morillo, porque aún no se habían movido de la unidad en la que ingresaron; y otros tres eran naturales del Brasil, que ingresaron en unidades españolas próximas a sus contornos geográficos o porque la guerra les arrastró hasta allí: el de Belém, que estaba en la Guayana, y los de Minas Gerais y São Paulo, en las guarniciones de Buenos Aires y Montevideo. Los 6 milicianos que solo estuvieron en la unidad en la que estaban enrolados son los cinco que ingresaron directamente en ellas por ser vecinos prominentes: los 3 de Chota y Celendín, el cirujano de Cuatro Villas y Benito Gonzalez Pérez, natural de Guardia, un destacado comerciante de Cartagena de Indias, de origen «noble», capitán en el regimiento de Milicias de Todos los Colores de dicha ciudad.

Lo cual se confirma analizando la variable «campañas y acciones de guerra en las que se ha hallado».

ACCIONES DE GUERRA	Nº Oficiales	En el ejército regular	En las milicias
Campañas en Europa	4	4	0
Campañas en Europa y América	3	3	0
Campañas en América	15	10	5
Escaramuzas en América	2	2	0
No se halló en ninguna acción	27	13	14

Todos los que realizaron acciones de guerra en Europa se hallaban en el ejército regular: en los regimientos del refuerzo (Bruselas e Hibernia) y en los Fijos americanos (Habana y México). Uno había participado en la guerra con Portugal, y los demás en las campañas de Italia, en el Rosellón y en la guerra peninsular contra las tropas de Napoleón después de 1808. Otros 15 actuaron en diversos conflictos ya en América: 10 seguían en el ejército regular – Fijos americanos de México, La Habana, Buenos Aires, Cartagena, Nueva Orleáns, Bogotá y Guayana – y habían estado combatiendo en la fron-

tera de la isla de Santo Domingo, en Cuba, las Floridas, Luisiana, Río de la Plata, isla de Santa Catarina y Río Grande do Sul. Otros cinco habían pasado a las milicias, pero antes se habían batido con el ejército regular en acciones de guerra en Cuba, Venezuela y Santo Domingo (por eso figuran ahora como milicianos en los Valles de Aragua, Caracas, Santo Domingo, La Habana y Veracruz).

De los 27 (más la mitad del total) en los que no figura ninguna acción de guerra en su hoja de servicio, 14 servían en las milicias (incluyendo a los 5 que solo habían estado en una unidad milicianas) lo cual es lógico dado que no se trataba de unidades propiamente de combate sino de apoyo, y los otros 13 – aunque habían pasado por alguna unidad regular – tampoco tuvieron oportunidad de entrar en combate.

Todo lo cual se refleja en la variable «valor». 17 oficiales cuentan con el «valor acreditado», es decir, certificado por haber participado en alguna batalla: 15 de ellos estaban en el ejército regular y 2 ya habían pasado a las milicias, y se corresponden con las campañas de la variable anterior, en Europa (2 de ellos) en Europa y América (3) y en América (12).

El resto de las calificaciones militares de sus hojas de servicio (Aplicación, Capacidad y Conducta) ofrecen otra característica singular de estos oficiales portugueses. En 22 de ellos (el 43%) estas calificaciones figuran con «Buena» en las tres variables, un porcentaje superior al de otros colectivos estudiados en el ejército americano (italianos e irlandeses³³⁶), lo que indica la alta estima que merecían de sus superiores, y en especial de los coroneles de sus unidades, que eran quienes firmaban estas calificaciones. Solo uno (el sargento Gaspar Núñez, destinado en la frontera de Concepción en Chile) figura con tres «Mala» en estas apreciaciones, y solo otro sargento, José Antonio Vinagro, destinado en Panamá y Natal, tiene también una tacha de «Mala» en su «Capacidad», aunque en la hoja de servicios de la década siguiente ya la había corregido, pasando a ser «Regular»³³⁷. 6 oficiales mantienen «regular» en sus tres calificaciones (4 en el ejército regular, en los fijos de México, Cartagena, Bogotá y Buenos Aires, y 2 en las milicias de La Habana y de Valledupar), pero todos parecen responder a un mismo patrón: son de bastante edad, muchos años de servicio (más de 20), proceden de unidades peninsulares, con bastantes campañas militares a sus espaldas. Un rasgo, sin duda de «exceso de veteranía».

La última variable con que contamos en sus hojas de servicios es la que nos informa sobre el estado civil del oficial. Como ya habíamos apuntado, la mayoría estaban casados: 29, frente a 19 solteros³³⁸. De los primeros, 15 estaban en unidades de milicias, es decir, ahora eran civiles avecindados ya en América, y 14 aún permanecían alistados en el ejército regular (por tanto en los Fijos) pero también en guarniciones estables en las principales ciudades.

³³⁶ Véase la nota 316.

³³⁷ Véase la nota 8 de la tabla anexa.

³³⁸ El dato no figura en tres de ellos.

Todos habían casado en América con mujeres americanas, por lo que se puede establecer que –como ya apuntamos anteriormente– o bien su matrimonio fue un motivo para permanecer en América, abandonando sus unidades peninsulares de origen, o fue una consecuencia de su decisión de quedar en aquellas tierras. No hay datos para poder avanzar más en este terreno. De los 19 solteros, solo 6 estaban en unidades de milicias y 13 en el ejército regular. De estos últimos, 4 eran los oficiales todavía del refuerzo (regimientos de Bruselas e Hibernia, cuyos continuos desplazamientos «a donde la guerra les llevara», como se decía en la época, los más «profesionales» de todo el colectivo), les había impedido casarse seguramente, por no tener un lugar estable de guarnición, más los 2 jóvenes de la Expedición de Morillo, recién salidos de la guerra peninsular contra Napoleón y ahora embarcados en esta nueva guerra al otro lado del mar en 1815. Los otros 9 solteros eran de edad avanzada, por lo que puede imaginarse que su matrimonio fuese más difícil.

Un último dato que podemos obtener del análisis de las hojas de servicio de estos oficiales portugueses tiene que ver con su descendencia o con sus familiares, con los cuales, aún no habiendo nacido en Portugal sino ya en América, tenían lazos de parentesco en distinto grado: nos referimos a los 6 oficiales que añadimos al final de la tabla como «descendientes», aunque es difícil en algunos casos – con los datos disponibles – saber su relación exacta con los anteriores. Ignacio de Acosta y Souza, cadete en Luisiana y nacido en la Habana, era hijo de un afamado comerciante portugués instalado desde años atrás en la isla de Cuba; nótese que ya aparece como «noble». Y la familia Silva, ubicada en el norte del Perú, parientes de Luis de Silva, hacendado en Celendín: Juan de la Cruz, Tiburcio y Manuel, asimismo hacendados en la zona; y Casimiro da Silva, comerciante en Piura, en la misma región; todos naturales de la zona y notables vecinos y por tanto oficiales (capitanes y alféreces) de los regimientos de caballería de milicias (los de más lustre) de estas ciudades y pueblos. Uno de los miembros de esta rama familiar, nacido en Lima, era ya teniente del Fijo de Lima, la unidad regular más importante del Perú, y en su «calidad» figura ya como «Ilustre»; es decir, la ascensión social de la familia gracias al ejército se había producido.

Nos queda finalmente realizar una aproximación al último destino de todos estos oficiales. Acabaron por morir en sus guarniciones y, excepto los dos oficiales del refuerzo, no volvieron a Europa. Como se indicó, las hojas de servicios se hacían decenalmente, por lo que, al no aparecer su hojas entre las de su unidad en la década siguiente, significa que habían causado baja³³⁹. A 12 de ellos se les puede seguir su rastro documental durante varias décadas (véanse las notas de la tabla anexa), y a alguno incluso durante tres, como al teniente Francisco Gómes, lisboeta, siempre en la isla de Santo Domingo.

³³⁹ Los retiros eran inusuales. Normalmente los oficiales morían en el desempeño de sus cargos, casi siempre en el ejército regular, al no tener otro modo de ganarse la vida (máxime siendo la mayoría de ellos sargentos).

Pero no podemos avanzar mucho más. Sus vidas debieron quedar marcadas (sin saber en qué grado) por los acontecimientos que les sobrevinieron en las ciudades y guarniciones donde residían como oficiales del ejército del monarca español. A la mayoría de los que estaban en activo en la década de 1800 a 1810 debió agarrarles el vendaval de las luchas por la independencia en América: en México, Cartagena de Indias, Venezuela, Chile, la Guayana o el Río de la Plata. De ellas debieron ser testigos, o quizá protagonistas, o incluso pudieron haber dejado sus vidas en el turbión de sucesos que siguieron. A otros les alcanzó la revolución haitiana y la invasión de Santo Domingo. Al sargento José Rodríguez, natural de Estremoz y con 57 años de edad, le tocó resistir el ataque y toma de la isla de Trinidad por los británicos, donde estaba de guarnición, al que no sabemos si sobrevivió porque no hay más hojas de servicio a su nombre. Ni sabemos más de los dos jóvenes que fueron enviados con la Expedición de Morillo a Venezuela y Colombia en 1815; su rastro se pierde igualmente en el temporal de aquella guerra que duró diez años; ni a la familia Silva en el norte peruano, donde la guerra llegó mas tarde, pero llegó igualmente... Quedan sus testimonios de vida en estas hojas. Una vida marcada por su pertenencia a un ejército a los que otros compatriotas suyos combatieron durante décadas.

TABLA ANEXA. DATOS EN LAS HOJAS DE SERVICIOS. 1750-1815

UNIDAD	DESTINO	NOMBRE	GRA	LUGAR NAC.	ED	CA	SAL	E	AS	I	P	UN	CM	CALIF	C
DÉCADA 1750-9															
REG. FIJO	HABANA	DOMINGO DE SOUSA	SGTO	LISBOA	38	FOR	BU	34	4	S	2	E	NI	SRRB	—
DECADA 1770-9															
BON.MIL.BLAN	CUAT.VILLA	DIEGO ROQUE (1)	CIRU	LISBOA	43	LAB	BU	42	1	D	M	ES	NI	SBBB	S
BON.MIL.INF	STO.DOMING	JOSE DE ACUÑA (2)	SGTO	BRAGA	24	LAB	BU	17	7	S	A	E	A	SBBB	C
ESC.DRAG.MIL	STO.DOMING	FRANCISCO GOMES (3)	TTE	LISBOA	35	HO	RO	23	12	S	A	E	NI	SBRB	S
REG.BRUSEL. (4)	PTO.RICO	JUAN VARREGOZO	CAP	—	51	NO	BU	24	27	C	3	ES	EA	ABBB	S
DRAG.ESPAÑA	MEXICO	JUAN TALAVERA	SGTO	—	35	HU	RO	25	10	S	2	ES	A	ABBB	S
BON. CORONA	VERACRUZ	PEDRO MARTINEZ	SGTO	—	34	BU	BU	19	15	S	2	E	NI	SBBB	S
REG.MIL.INF.	TOLUCA	JOSE DE NAPOLES	SGTO	SETÚBAL	34	FU	BU	23	11	S	A	E	E	ABBB	C
BON.CASTILLA	CAMPECHE	BERNARDO DA FROTA	TTE	LISBOA	36	HID	RO	22	14	C	2	E	NI	SBBB	S
CIAS.ARTILLER.	CARTAGENA	MANUEL DE SILVA	SGTO	S MTÍN DE MOIMENTA	41	BU	RO	22	19	S	2	E	NI	SRRB	C
CIA ARTILLER.	LIMA	FLORENCIO DE ACOSTA	SGTO	LISBOA	28	LAB	BU	19	9	S	2	E	NI	SBBB	C
CIA ARTILLER	LIMA	JOSE PEREIRA (5)	SGTO	AZORES	36	LAB	BU	27	9	S	2	E	NI	SBBB	S
DECADA 1780-9															
REG.HIBERNIA	HABANA	NICOLAS GREMER	STTE	—	29	NO	BU	22	7	C	1	E	SA	SBBB	S
REG.MIL.BLAN	HABANA	PEDRO MAZEDO	SGTO	—	35	LAB	BU	16	19	S	A	E	A	SRRR	C
BON.MIL.BLAN	CUBA BAYA	JUAN ALBERTO	SGTO	—	42	HU	BU	24	18	S	A	E	NI	SRRB	S
CUER.MIL.DISC	PTO RICO	MANUEL RODRIG. CAMOES (6)	SGTO	EVORA	40	-	BU	19	21	S	A	E	NI	SRRB	S
REG.INFN.ESPA	VERACRUZ	IGNACIO PALLARES	SGTO	LISBOA	39	BU	BU	28	11	S	2	E	A	ABRB	S
REG.INFN.ESPA	VERACRUZ	FRANCISCO RIVEIRO	STTE	—	43	BU	BU	23	20	S	3	E	EA	ARRR	S
REG.MIL.TO.CO	CARTAGENA	BENITO GONZALEZ PEREZ	CAP	GUARDA	37	NO	BU	34	3	C	M	ES	NI	SBBB	C
BON.MIL.BLAN	VAL.ARAGU	CUSTODIO GONZALEZ	SGTO	—	58	HO	BU	22	36	S	A	E	A	SRRB	C
BON.MIL.BLAN	VAL.ARAGU	MANUEL FERNANDEZ	SGTO	—	49	HO	BU	30	19	S	A	E	NI	SRRR	C
CIAS.CAB.FRA	CONCEPCIÓN	GASPAR NUÑEZ	SGTO	—	35	LAB	BU	18	17	S	2	E	SA	SMMM	C
DRAG.BS.AS	BUEN.AIRES	SALVADOR MOREIRA (7)	SGTO	LAS MINAS (BRASIL)	45	HU	RO	26	19	S	2	ES	NI	SBBB	C
BON. FIJO BS.AS	MONTEVIDE	MANUEL ALMEIDA	SGTO	AMBOS RIOS (BRASIL)	41	FOR	RO	22	19	S	2	E	A	ABBB	S
DECADA 1790-9															
REG.FIJO	NUE.ORLEAN	JUAN BAUTI. DE LA CRUZ	SGTO	BRAGANZA	46	BU	RO	19	27	S	2	E	A	ABBB	—
REG.FIJO	HABANA	IGNACIO LEITE VIDAL	TTE	PORTO	49	HU	BU	19	30	S	4	E	A	ABBB	C
REG. FIJO	HABANA	ANTONIO CARABALLO	SGTO	PORTO	45	HU	BU	32	13	S	2	E	EA	ABBB	C
BON.FIJO	PANAMA	JUAN JOSE DE MELO	SGTO	LISBOA	32	BU	RO	—	—	S	2	E	NI	SBBB	C

REG.INF.MIL.BL	PAN Y NATA	JOSE ANTONIO VINAGRO (8)	SGTO	-	36	DEC	BU	-	-	S	A	E	NI	SRMR	C
REG.FIJO	CARTAGENA	PORFIRIO DUARTE	SGTO	LISBOA	48	HU	BU	23	25	S	2	E	A	ARRR	C
BON.MIL.BLAN	VALENCIA	ANTONIO GOMES	SGTO	-	53	-	-	22	31	S	A	E	NI	SRRB	C
BON.MIL.BLAN	VALENCIA	DOMINGO ALVAREZ	SGTO	-	52	-	-	22	30	S	A	E	E	ABBB	C
CIAS.INF.DOT	TRINIDAD	JOSE RODRIGUEZ	SGTO	ESTREMÓZ	57	HU	RO	30	27	S	2	E	NI	SBRB	S
REG.AUXILIAR	STA.FE BOGO	SIMON NÚÑEZ (9)	SGTO	-	34	HU	RO	17	17	S	2	E	A	ARRR	C
REG.MIL.DRAG	CHOTA (10)	DOMINGO GONZALEZ	CAP	GUIMARAES	50	DEC	RO	47	3	C	M	ES	NI	SBBB	C
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	RAIMUNDO PEREIRA	TCOR	-	55	NO	RO	37	18	C	M	ES	NI	SBBB	C
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	LUIS DE SILVA	AYU	-	55	HO	RO	48	7	C	M	ES	NI	SBBB	C
CIAS.CAB.FRA	CONCEPCION	FELIPE ENRIQUEZ	SGTO	-	48	LAB	BU	32	16	S	2	ES	NI	SBBB	-
REG.FIJO.BS.AS	MONTEVIDE	FRANCISCO MELO (11)	SGTO	VILA FRANCA DE XIRA	41	FOR	RO	20	21	S	2	E	A	ARRR	C
CIAS.BLAN.FRA	MONTEVIDE	JUAN RODRIGUEZ	SGTO	AMARANTE	32	HU	RO	20	12	S	2	E	NI	SRRB	C
CIAS.BLAN.FRA	MONTEVIDE	ANTONIO GONZALEZ	SGTO	SAN PABLO (BRASIL)	49	HU	RO	34	15	S	2	ES	NI	SBBB	C
DECADA1800-10															
REG.MIL.BLAN	HABANA	JOSE MARQUES	SGTO	SAN SALVADOR (BRA)	39	NO	BU	21	18	S	A	E	NI	SRRB	S
REG.PROV.INF	COR.ORIZ,JA	PABLO BELLO	STTE	ALTO LONGA (BRASIL)	44	FOR	QU	23	21	S	A	EA	A	SRRB	C
REG.FIJO	CARTAGENA	ANTONIO JOSE VARELA	SGTO	BORBA	53	HU	BU	25	28	S	2	E	NI	SRRB	C
REG.DRAG.MIL	VALLEDUPA	DIEGO DE VEZ	SGTO	-	45	HO	BU	20	25	S	A	E	NI	SRRR	C
BON.MIL.PARD	CARACAS	PEDRO GONZALEZ (12)	SGTO	-	31	NO	BU	17	14	S	A	E	A	SRRB	S
CIAS.INF.DOT.	GUAYANA	MARCOS DE ACOSTA	SGTO	PARA (BRASIL)	59	DEC	QU	30	29	S	2	ES	A	ABRB	C
ASAM.MIL.CAB	CHILE	ANTONIO PEREIRA	SGTO	-	56	HO	BU	25	31	S	A	E	NI	SBRB	C
REG.FIJO.BSAS	MONTEVIDE	LORENZO REYTON	SGTO	RIO JANEIRO (BRASIL)	57	FOR	QU	21	36	S	2	E	A	ABBB	C
DECADA1810-20															
REG.INF.LEG.EX	EXPEDICION	JUAN STRANST	TTE	-	22	NO	BU	19	3	C	2	ES	E	ARBB	S
REG.INFORD.MI	EXPEDICION	DOMINGO GIRALDES	SGTO	LISBOA	22	HO	BU	14	8	S	2	E	E	ARRB	S
DESCENDIENT															
REG.FIJO-LUIS	NUE.ORLEAN	IGNACIO DE ACOSTA Y SOUSA	CAD	HABANA	24	NO	RO	22	2	C	1	A	A	ABRB	S
REG.DRA.MIL	CELENDIN	JUAN DE LA CRUZ SILVA	ALF	CELENDIN	25	HO	RO	21	4	C	1	ES	NI	SRRR	C
REG.DRAG.MIL.	CELENDIN	MANUEL DE SILVA	CAP	CONCHUCOS	34	NO	RO	30	4	C	1	ES	NI	SRRB	S
REG.DRAG.MIL	CELENDIN	TIBURCIO DE SILVA	ALF	CELENDIN	28	HO	RO	24	4	C	1	ES	NI	SRRR	C
BON.MIL.INF.	PIURA	CASIMIRO SILVA	CAP	LIMA	42	DEC	BU	23	19	C	2	ES	NI	SRRB	S
BON FIJO	LIMA CALLA	PEDRO DE SILVA	TTE	LIMA	33	ILU	BU	28	5	C	2	ES	NI	SRRR	-

ABREVIATURAS DE LA TABLA: (En el orden en que aparecen en la misma)

(-) No figura el dato.

UNIDAD, Unidad militar de destino.	REG: Regimiento. BON. Batallón. MIL.: Milicias. BLAN-BL: de blancos. INF: Infantería. ESC: Escuadrón. DRAG: Dragones. BRUSEL: Bruselas. CIA-CIAS: Compañía-Compañías; ARTILLER: Artillería. CUER: Cuerpo. DISC: Disciplinadas. N.ESPA: Nueva España. TO.CO: De todos los colores. CAB: Caballería. FRA: Frontera. BS.AS.: Buenos Aires. DOT: Dotación. PROV: Provincial. PARD: de pardos. ASAM: Asamblea. LEG.EX: Legión Extremeña. ORD.MI: Órdenes Militares. CUAT VILLA: Cuatro Villas; Isla de Cuba. ST.DOMING: Santo Domingo; PTO RICO: Puerto Rico; CUBA BAYA: Bayamo, Santiago de Cuba; VAL ARAGU: Valles de Aragón, Venezuela; BUEN AIRES: Buenos Aires; NUE ORLEAN: Nueva Orleans. Luisiana; PAN Y NATA: Natá, Panamá; STA.FE BOGO: Santa Fe de Bogotá; COR ORIZ JA: Córdoba, Orizaba y Jalapa, Nueva España; VALLEDUPA: Valledupar, Provincia de Santa Marta, actual Colombia; EXPEDICIÓN: Expedición de Pablo Morillo; LIM CALLA: Callao Lima.
GRA. Grado militar.	TCOR: Teniente Coronel; CAP: Capitán; AYU: Ayudante; TTE: Teniente; STTE: Subteniente; ALF: Alferez; CAD: Cadete. SGTO: Sargento; CIRU: Cirujano.

ED: Edad.	FOR: Soldado de Fortuna; LAB: Labrador; hijo de Labrador. HO: Honrada; NO: Noble. HU: Humilde. BU: Buena; FU: Hijo de funcionario; HID: Hidalgo; DEC: Decente. ILU: Ilustre.
CA: Calidad social.	FOR: Soldado de Fortuna; LAB: Labrador; hijo de Labrador. HO: Honrada; NO: Noble. HU: Humilde. BU: Buena; FU: Hijo de funcionario; HID: Hidalgo; DEC: Decente. ILU: Ilustre.
SAL: SALUD.	RO: Robusta; BU: Buena; RE: Regular; QU: Quebrantada.
E: Edad al ingreso en el ejército.	
AS: Años de servicio.	
I: Formas de ingreso en el ejército.	S: Desde cadete; C: Desde soldado; D: Directamente a cirujano.
P: Progreso en el escalafón.	Número: Número de ascensos alcanzados hasta lograr el grado que posee (solo en el ejército regular). A: Ha tenido grados tanto en el ejército regular como en las milicias; M: Solo ha alcanzado el grado actual en las milicias.
UN: Unidades por las que ha pasado.	E: Por varias en Europa; ES: Solo en la que está; A: Por varias en América.
CM: Campañas militares en las que ha participado.	EA: Campañas en Europa y América; E: Campañas en Europa; A: Campañas en América; SA: Escaramuzas en América; NI: Ninguna experiencia bélica.
CALIF: Calificaciones Militares.	En este orden: Valor; Aplicación, Capacidad y Conducta. Valor: A: Acreditado; S: Se le supone.
Resto de calificaciones:	B: Buena; R: Regular; M: Mala.
C: Estado civil.	C: Casado; S: Soltero; V: Viudo.

NOTAS EN LA TABLA

- 1 - En la década de los 80 continúa en el mismo grado y destino; tiene 51 años de edad y sigue soltero.
- 2 - En la década de los 80 continúa en el mismo grado y destino; se le anotan 16 años de servicio, y ha realizado acciones de guerra aunque no acredita el valor; sus calificaciones son **BBM**; está viudo.
- 3 - En la misma década cambia de unidad, pasando a las Compañías de Caballería de la Frontera de Santo Domingo, es decir, al ejército regular; continúa como teniente. En la década de los 80 sigue en la misma unidad y grado, con 21 años de servicio, calificaciones **BRB** y continúa soltero. En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado, tiene 55 años de edad y la salud quebrantada; acreditó el valor; mantiene la calificaciones y sigue soltero.
- 4 - Conocido también como Guardia Walona, de la Casa Real. Seguramente el regimiento con más prestigio del ejército.
- 5 - En la década de los 80 sigue en la misma unidad y grado; mismas calificaciones; continúa soltero.
- 6 - En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado; tiene 48 años; mismas calificaciones; sigue soltero.
- 7 - En la década de los 90 continúa en la misma unidad y grado; tiene 55 años y sigue casado. En la década de 1800 continúa igual.; misma calificaciones; sigue casado.
- 8 - En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 44 años, sus calificaciones son **RRB** y sigue casado.
- 9 - En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 40 años y mismas calificaciones; sigue casado.
- 10 - Chota y Celendín, localidades del Norte del Perú.
- 11 - En la década de 1800 continúa en la misma unidad y grado; tiene 44 años y mismas calificaciones; sigue casado.
- 12 - En la misma década cambia de unidad: pasa al Batallón Fijo de Caracas; sigue siendo sargento.